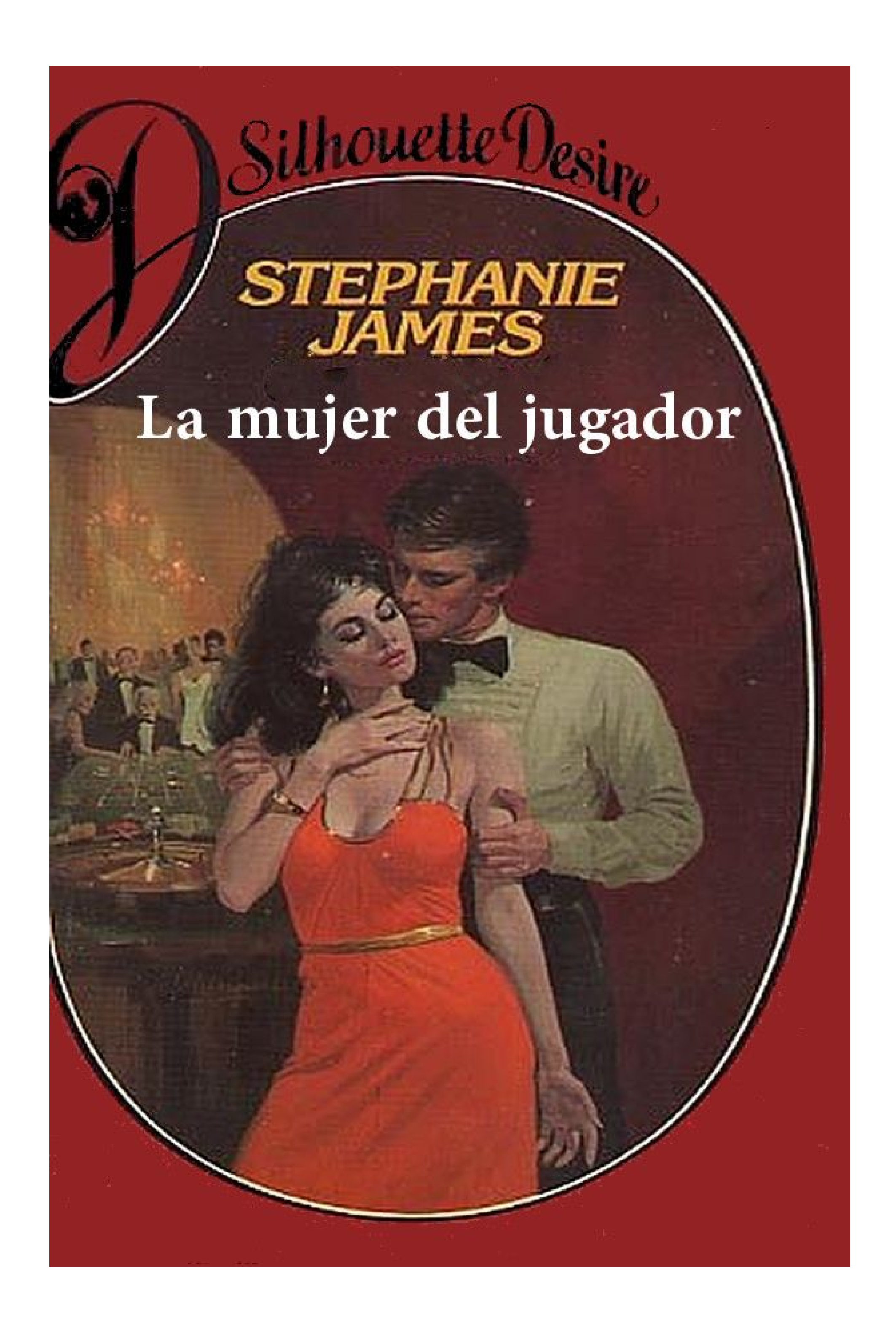

Silhouette Desire
STEPHANIE JAMES
La mujer del jugador

El peligroso Jordan Kyle vivía la vida a su manera; había establecido sus propias normas, apostaba por lo alto y estaba orgulloso de su solitaria existencia hasta que conoció a Alyssa Chandler. De día, Alyssa era una fría y contenida especialista en la teoría de la probabilidad y dedicaba todo su tiempo a los números; pero de noche se convertía en una criatura llena de belleza y pasión, la pareja perfecta para un hombre como Jordan.

¿Bastarían las caricias de Jordan para que Alyssa apostara por un futuro con él?

Originalmente editada por Silhouette con el título «Gambler's woman» en 1984 y acreditada a Stephanie James. Posteriormente en 2006 reeditada por Harlequin books con el mismo título a nombre de Jayne Ann Krentz.



Stephanie James

La mujer del jugador

Deseo especial - 14

ePub r1.0
LDS 13.02.17

Título original: *Woman*
Gambler’s
Stephanie James, 1984
Traducción: Jesús Gómez Gutiérrez
Publicado originalmente: Mills and Boon Desire (MD) - 115 /
Silhouette Desire (SD) - 115
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Capítulo 1

Cuando el hombre de ojos dorados y aspecto peligroso se materializó junto a la mesa donde Alyssa Chandler estaba jugando, pensó que sería una coincidencia. Pero desde un punto de vista estadístico, teniendo en cuenta el tamaño del casino y la cantidad de personas que deambulaban por él, resultaba bastante improbable que el mismo hombre se le acercara tres veces en el transcurso de una hora.

Alyssa conocía muy bien las leyes de la probabilidad y era consciente de ello. No podía ser una coincidencia. Aquel hombre la seguía por algún motivo, y ninguno de los motivos que se le ocurrían era bueno.

Había llegado el momento de marcharse.

Sonrió al *crupier* de la mesa de *blackjack*, alcanzó sus fichas por valor de cien dólares y se las guardó en el bolso de lentejuelas. A continuación, se lo puso al hombro, se dio la vuelta y se perdió entre la multitud con su vestido negro, en uno de cuyos ribetes plateados se reflejaba la luz de las lámparas de araña.

Pero el reborde del vestido no era lo único que reflejaba la luz en su persona. La diadema que llevaba en el pelo también captaba ocasionalmente las imágenes del casino.

Alyssa tenía una melena de cabello rubio que le caía hasta los hombros y enmarcaba un rostro de expresión inteligente y ojos como el mar al amanecer, entre verdes y grises. Y era la intensidad de aquellos ojos, combinada con el encanto de una boca que sonreía con facilidad, lo que la hacía parecer tan bella.

En realidad, toda su belleza provenía de su encanto. Incluso tenía pecas que le adornaban la nariz, pequeña y delicada, aunque aquella noche había hecho un esfuerzo vano por ocultarlas. Alyssa pensaba que las pecas no cuadraban bien con la imagen de dama elegante. A fin de cuentas, estaba en Las Vegas, llevaba el vestido más caro que se podía permitir y se había puesto unos zapatos de tacón alto a juego con el reborde del vestido.

Pero pecas al margen, su aspecto general encajaba a la perfección con la imagen que pretendía dar. Gracias a su metro setenta y uno de altura y a todo el tiempo que dedicaba a la natación, tenía un cuerpo tan esbelto como grácil. Las curvas de sus caderas y de sus pequeños pechos resultaban tentadoras; no eran voluptuosas en la escala típica de Las Vegas, pero cualquier observador las habría notado.

Alyssa era consciente de la imagen que proyectaba; sabía que aquella noche tenía un aspecto refinado y discreto. En condiciones normales, habría dado por sentado que el hombre de los ojos dorados se había acercado tres veces porque se sentía atraído por ella. La gente no iba sólo a Las Vegas por probar suerte en sus casinos, sino también por la ilusión de tener una aventura romántica.

Sin embargo, él no se había fijado en su cintura estrecha y sus hombros desnudos. Se había dedicado a observarla con detenimiento mientras jugaba al *blackjack*, y la miraba con tanta intensidad que se habría sentido más segura si hubiera sido una mirada de deseo físico.

Al fin y al cabo, el deseo no era un problema; Alyssa sabía que si él se hubiera acercado con intención de ligar y la hubiera molestado, los empleados del casino la habrían ayudado enseguida.

Pero aquel hombre no estaba allí para ligar. No tenía intención de probar suerte con ella. Sencillamente, la estaba vigilando.

Se preguntó si sería un empleado del casino. El local estaba lleno de personas que realizaban seguimientos de las mesas y de las máquinas tragaperras para asegurarse de que nadie hacía trampas. La mayoría eran fácilmente identificables porque no hacían el menor esfuerzo por ocultar su profesión; pero eso no significaba que no hubiera vigilantes de incógnito.

Alyssa se abrió paso entre los clientes del establecimiento. Casi

todos pertenecían a una categoría bien recibida por la dirección del casino: eran perdedores que, aunque empezaran ganando, saldrían de allí con menos dinero del que tenían al entrar.

Pero había una categoría distinta y mucho menos apreciada: la de las personas excepcionales que no sólo ganaban de vez en cuando, sino constante e inevitablemente.

Y Alyssa era de ese tipo de personas.

Ella siempre ganaba.

Sin embargo, poseía la inteligencia necesaria como para controlar su avaricia y no llamar la atención de los empleados de los casinos. Ocasionalmente, perdía para disimular; y cuando ganaba, se contentaba con cantidades pequeñas. Pero al domingo siguiente, cuando se marchara de Las Vegas, tendría mil dólares más que antes.

Estaba decidida a seguir adelante con su plan. No en vano, el fin de semana anterior había hecho lo mismo en California y también se había marchado de allí con mil dólares en el bolso, conseguidos en varios casinos.

Al llegar a los escalones que separaban la zona de juegos y el bar, frunció el ceño. No había hecho nada para llamar la atención de los vigilantes; pero de todas formas, le convenía ser cauta. Si la dirección del casino sospechaba de ella, le prohibiría la entrada. Quizá había llegado el momento de pedir un taxi y dirigirse a otro local.

Cruzó el vestíbulo tranquilamente. Iba tan sumida en sus pensamientos que no vio que el hombre de los ojos dorados apareció de repente tras un grupo de personas y caminó hacia la salida para bloquearle el paso.

Cuando se topó con él y lo miró a los ojos, se quedó sin respiración.

—No tiene nada de qué preocuparse —dijo el hombre con una voz profunda, rasgada y muy inquietante—. No trabajo para el casino.

Alyssa se sintió aliviada, pero su alivio se transformó rápidamente en incertidumbre. Si no trabajaba para el casino, la situación podía ser más peligrosa de lo que había supuesto.

—Pues no entiendo por qué me importuna con eso. No es asunto mío —dijo ella—. Y ahora, si me disculpa, le agradecería que me

dejara pasar.

Él no se movió.

—Permítame que la invite a una copa.

Los ojos dorados del desconocido se clavaron en ella. Alyssa tuvo la absoluta certeza de que rechazar su invitación habría sido un error.

Tras mirarlo unos segundos sin decir nada, decidió capitular y averiguar lo que pretendía. Podría haber salido corriendo, pero habría llamado la atención, y no le convenía. Así que inclinó la cabeza levemente y se dirigió al bar.

Él la siguió. Era una sombra alta y silenciosa que, al llegar a la zona de las mesas, la tomó del brazo y la invitó a tomar asiento.

El contacto de sus dedos largos y elegantes le causó un escalofrío de placer. Automáticamente, se preguntó qué podían hacer aquellos dedos en el cuerpo desnudo de una mujer. Sin embargo, borró la imagen de su mente y mantuvo el aplomo.

—¿No va a jugar más esta noche? Me he dado cuenta de que ha estado tomando agua mineral, pero si no va a jugar más quizá le apetezca una copa… —dijo él con educación.

Alyssa se estremeció. Hasta sabía lo que había estado bebiendo.

—Pues sí, esta noche ya he terminado. Tomaré un licor de *whisky*.

—¿Solo? ¿O con hielo?

—Solo, por favor.

La cortesía del desconocido la estaba poniendo nerviosa. Esa actitud tan agradable, tan fríamente refinada y tan urbana habría sido sospechosa en cualquier hombre.

Mientras él pedía las copas a la camarera, Alyssa aprovechó la ocasión para observarlo con un poco más de detenimiento.

Tenía el cabello de color castaño oscuro, ligeramente largo por detrás. Era de rasgos fuertes y bien definidos, con una nariz tan recta como su mandíbula. Y sus ojos, que le habían llamado la atención por su belleza y porque escondían totalmente sus emociones, resultaron ser de un tono ámbar claro que se parecía mucho al del oro.

Alyssa pensó que tendría poco menos de cuarenta años y se alegró de acabar de cumplir los treinta. Al menos, todavía no le habían salido las canas que adornaban las sienes de su perseguidor.

En cuanto a su indumentaria, llevaba un esmoquin negro muy elegante, una camisa blanca y una pajarita del color de la chaqueta y de los pantalones. Sin embargo, su ropa no le interesó tanto como el cuerpo que ocultaba, que se adivinaba perfectamente formado.

Alyssa ya se había dado cuenta de que era mucho más alto que ella, a pesar de que sus zapatos de tacón alto la acercaban al metro ochenta de altura.

Cuando la camarera se marchó, él se giró hacia ella y le dedicó una sonrisa extraordinariamente formal y educada.

—Al igual que usted, yo tampoco bebo alcohol cuando trabajo. Pero teniendo en cuenta que ya hemos terminado nuestra dura jornada laboral, me ha parecido que nos merecíamos algo más interesante que dos botellas de agua.

—Discúlpeme, pero no sé de qué me está hablando ni por qué me ha invitado a tomar una copa —afirmó ella, pasando a la ofensiva.

—Oh, lo siento mucho —dijo él, sin el menor arrepentimiento en la mirada—. Creo que aún no me he presentado… Me llamo Jordan Kyle.

Él arqueó una ceja, invitándola a darle su nombre a cambio.

—Yo me llamo Alyssa —dijo sin más.

Jordan Kyle esperó un momento.

—¿Sólo Alyssa?

—¿No le parece bastante?

Él suspiró.

—Antes hablaba en serio. No debe tener miedo de mí. No trabajo para el casino.

La camarera llegó en ese momento con sus copas.

—¿Y se supone que debería sentirme mejor por eso? ¿Qué me importa a mí dónde trabaje? —preguntó—. Le aseguro que no he hecho trampas en las mesas de juego.

—No, pero ha estado ganando. Para ser exactos, ha estado ganando cuando y donde le convenía —declaró.

Alyssa apretó la mano alrededor de su copa de licor de *whisky*, pero no mostró ningún otro síntoma de tensión.

—También he perdido un poco.

—Ah, sí, es verdad. Y también ha perdido cuando le convenía.

—¿Me está acusando de hacer trampas?

—Oh, no, ni mucho menos —respondió con suavidad—. La he observado toda la noche y sólo la podría acusar de transformar lo que debería ser un simple juego en un negocio. No hay muchas personas en el mundo que puedan hacer eso, Alyssa. Lo sé muy bien.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque da la casualidad de que yo me dedico a lo mismo.

Alyssa se dijo que debía mantener la calma, que no tenía motivos para ponerse nerviosa y que no debía admitir nada.

—Estoy segura de que al casino le encantaría saberlo, señor Kyle, pero sigo sin entender por qué me lo cuenta a mí.

El dudó un momento, la miró de nuevo y sonrió. Fue una sonrisa breve, pero suficiente para que Alyssa tuviera la extraña sensación de que aquel hombre era como ella, de que compartía su sentido del humor y de que la invitaba a reírse del mundo.

—Bueno, ahora ya sé por qué no juega al póquer. Tiene mucho talento, pero sus ojos la traicionarían en todas las manos.

—¿Quién es usted, señor Kyle?

Él alcanzó su copa de *whisky* y echó un trago.

—Ya se lo he dicho. Sólo soy otro profesional —respondió—. ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Las Vegas?

—Tengo intención de marcharme este fin de semana —dijo—. Al contrario de lo que usted supone, no soy una jugadora profesional. Tengo un trabajo en California y vengo a Las Vegas por el mismo motivo que los demás… para divertirme.

—Y por el dinero, por supuesto, como todos los demás. ¿Cuánto ha ganado esta noche? ¿Doscientos dólares? —se interesó.

Alyssa se recostó en la silla e intentó parecer tranquila, pero su pulso se había acelerado.

—Creo que eso no es asunto suyo… —contestó.

—Puede que no, pero su estilo me gusta. No es avariciosa. Y mientras siga así y no cometa el error de presumir ante terceros sobre sus habilidades, le irá bien —comentó—. Sin embargo, convendría que al cabo de un tiempo se olvide de Las Vegas y continúe en otra parte. No hay que arriesgarse demasiado.

—¿En otra parte? —preguntó ella.

—Sí, en Atlantic City, en Montecarlo, en las Bahamas, en Puerto Rico… El mundo está lleno de oportunidades para personas como nosotros, Alyssa —afirmó—. ¿O es que todavía no se ha dado cuenta?

—Me temo que no he viajado mucho —le confesó—. Pero, dígame, ¿acaso está sugiriendo que me marche de la ciudad?

Él sacudió la cabeza y sonrió con humor.

—Veo que sigue sin fiarse de mí… —dijo—. Créame, ni soy empleado del casino ni sugiero que se marche de la ciudad. Sólo quiero una cosa: que pase un rato conmigo.

Capítulo 2

—¿Por qué? —preguntó Alyssa, más confusa que nunca.

Se preguntó si al final iba a resultar que aquel hombre pretendía ligar con ella. También cabía la posibilidad de que todo aquello no fuera sino una estratagema bastante rebuscada por parte del casino, pero le pareció muy improbable; si los directivos del establecimiento se hubieran dado cuenta de lo que hacía, la habrían echado a la calle sin contemplaciones. En Nevada, los casinos eran la ley. Podían hacer lo que quisieran.

—Porque resulta que esta noche estoy solo y que usted se encuentra en la misma situación. Además, parece que tenemos varias cosas en común —respondió él con calma—. ¿Se le ocurre un motivo mejor?

Los ojos dorados de Jordan Kyle admiraron su cuello y sus hombros desnudos. Alyssa sintió un calor repentino que le sorprendió.

Nunca había ligado con nadie en Las Vegas; iba a ganar dinero y se mantenía alejada del sexo opuesto. Por otra parte, la mayoría de los hombres con quienes se cruzaba en los casinos eran personas que le resultaban poco interesantes o jugadores compulsivos.

Sin embargo, aquel hombre era distinto. Parecía saber lo que hacía en las mesas de juego, y sentía curiosidad por él.

—Sólo he ganado un par de cientos —confesó—. Cualquiera puede tener un poco de suerte. No es para tanto.

Él le lanzó una mirada enigmática.

—¿Quiere que le diga cómo he sabido que lo suyo no es suerte?

Aunque francamente, no estoy seguro de poder explicárselo. Supongo que me he dado cuenta porque juega con una calma fuera de lo común, como si no tuviera duda alguna del resultado. Además, he notado que se muestra tan satisfecha cuando gana como cuando pierde, lo cual significa que pierde a propósito… Como puede imaginar, me ha llamado la atención y he decidido observarla.

Alyssa se estremeció al recordar la sensación de aquella mirada vigilante.

—¿Cree que lo ha notado alguien más? —preguntó, nerviosa.

—No —aseguró con una sonrisa—. Entre toda la gente que nos rodea, no hay nadie que pudiera haberlo notado. Hay que ser un profesional para reconocer a otro profesional, Alyssa.

Jordan alzó su copa a modo de brindis y añadió:

—Acepte mi invitación y quédese un rato conmigo. Los casinos pueden ser sitios muy solitarios para personas como nosotros.

—Yo no me siento sola —dijo ella, en un susurro.

—Yo sí —afirmó tranquilamente—. Y me encantaría charlar de cosas intranscendentes con alguien que comprende lo que soy.

Alyssa tragó saliva, insegura. Tenía la sensación de que la estaba seduciendo, aunque le pareció una idea ridícula porque Jordan Kyle era el tipo de hombre al que, en circunstancias normales, no habría hecho ningún caso. Para ella, los casinos eran sitios de fantasía llenos de gente de fantasía. Aquello no formaba parte de su vida. No era el mundo real.

—No lo conozco —dijo ella.

—Pero me conocerá —le prometió—. En cuanto deje de preocuparse por lo que no soy, se dará cuenta de lo que soy.

—¿Y qué es? —preguntó, completamente hipnotizada por su encanto.

—Quédese conmigo y lo descubrirá —murmuró él.

Alyssa frunció el ceño.

—No estoy interesada en acostarme con nadie, señor Kyle. No he venido a Las Vegas en busca de un amante.

—Descuide, sé que no está en Las Vegas por amor. Pero, dígame, ¿cuánto dinero pretende ganar? —preguntó.

Por algún motivo, Alyssa se sintió en la necesidad de decírselo.

—Mil dólares —respondió, desafiándolo a que se riera de ella.

Jordan Kyle no se rió. Se limitó a asentir como si fuera lo más normal del mundo y preguntó:

—¿Y puedo saber si está ahorrando para algo especial?

Ella le dedicó una sonrisa.

—Sí, para el primer plazo del Porsche rojo más impresionante que haya visto en su vida.

Los ojos de Alyssa se iluminaron. No necesitaba un deportivo. No era ninguna necesidad. Pero necesitaba tener un objetivo para el dinero que estaba ganando.

Su objetivo inicial, el que la había llevado por primera vez a Las Vegas, se había satisfecho cuando consiguió el dinero suficiente para pagar las deudas de su amiga Julia. Sin embargo, no tardó en descubrir que el mundo nocturno de los casinos le encantaba.

—¿Y usted? —contraatacó.

—¿Quiere saber si estoy ahorrando para algo en especial? No, esto es mi forma de vida. La verdad es que hace tiempo que me compré mi propio Porsche —ironizó.

Alyssa sonrió y pensó que Jordan Kyle se estaba convirtiendo en una amenaza para ella. Las Vegas era un mundo de ilusiones; y por primera vez, tenía la sensación de que podía pertenecer realmente a ese mundo.

—¿Qué más ha comprado con sus ganancias, Jordan?

Él se encogió de hombros.

—Una casa en la costa de Oregón, el Porsche que ya he mencionado, la ropa que llevo, los billetes de avión para Reno y Montecarlo… básicamente, todo lo que he tenido desde que dejé el ejército. Esto es mi trabajo, Alyssa. ¿No lo entiende? El juego es mi forma de vida.

Ella parpadeó, perpleja.

—¿En serio? ¿Se dedica exclusivamente a jugar?

—A jugar y a ganar —puntualizó—. No podría dedicarme al juego si no ganara.

—¿Y a su familia no le importa?

Alyssa pensó que si su padre hubiera sabido que terminaría de jugadora profesional, se habría llevado un disgusto terrible. Seguramente, hasta la habría desheredado. Pero esas preocupaciones carecían de sentido, porque había muerto.

—No tengo familia directa. Mis padres fallecieron cuando yo era

muy joven —le explicó—. ¿Su familia sabe lo que hace?

Alyssa sacudió la cabeza.

—No, mis padres se divorciaron hace años. Yo me crié con mi padre porque mi madre se marchó a vivir con otro hombre; pero mi padre se mató en un accidente hace un par de años y desde que se divorciaron no mantengo una relación estrecha con mi madre.

—Comprendo.

—Y dígame… ¿ganar no le resulta difícil?

—No más que a usted —respondió.

—Pero ¿no hace trampas nunca?

—Hacer trampas en un buen casino sería mucho más complicado que ganar con nuestro método —observó—. Y menos fiable.

—Por no mencionar que también sería más peligroso… Tengo la impresión de que los vigilantes que andan por ahí no serían precisamente comprensivos con un tramposo.

—Bueno, se limitan a hacer su trabajo. Los casinos de Nevada no son como los de otras zonas; suelen ser razonablemente honrados y procuran que sus clientes también lo sean.

—¿Cómo no van a ser honrados? Estadísticamente, se quedan con una media del veinte por ciento del dinero de los jugadores. Todos los días —le recordó.

—¿Cuánto tiempo lleva viniendo a Las Vegas, Alyssa?

Ella tardó unos segundos en responder.

—Hace unos meses, decidí aprovechar lo que sé de estadística y matemáticas. A decir verdad, me quedé atónita. Conozco bien las leyes de la probabilidad, pero cuando empecé a jugar me di cuenta de que tenía una especie de intuición con estas cosas. Sinceramente, jamás habría imaginado que me resultaría tan fácil.

—Porque no es nada fácil. O por lo menos, no lo es para la mayoría de la gente —dijo él—. Además, gana porque tiene la sensatez necesaria para no dejarse dominar por la avaricia y para no llamar la atención. Juega de forma muy inteligente.

—¿Y usted? ¿Cuántos años lleva en esto?

Alyssa se había quedado algo sorprendida con su confesión de que vivía del juego. Kyle debía de conocer la estadística y las matemáticas tan bien como ella. Y obviamente, también tenía intuición.

—Ni siquiera recuerdo cuando empecé… Crecí en un barrio donde todo el mundo jugaba a los dados y a las cartas. Además, las matemáticas se me dieron bien desde pequeño.

—¿Incluso en el colegio? —preguntó, con curiosidad creciente.

Alyssa se inclinó hacia delante, alcanzó su copa y se la llevó a los labios mientras esperaba su respuesta.

—No se me daban mal, pero lo mío es más intuitivo que otra cosa. Si hablamos de formación académica, sospecho que usted me gana.

Ella se encogió ligeramente de hombros.

—Estudié Estadística e hice la carrera de Matemáticas —admitió.

—¿Dónde trabaja?

—Trabajo en California —contestó, sin querer dar más explicaciones.

—En California —repitió él—. Y de vez en cuando, se acerca a Las Vegas.

—En efecto.

Jordan echó un trago de *whisky*, la miró a los ojos y declaró:

—¿Quiere pasar el fin de semana conmigo? Me gustaría conocerla mejor. No sé si será consciente de ello, pero usted es probablemente la única mujer del mundo con quien puedo mantener una conversación de verdad.

Alyssa se estremeció y se puso a la defensiva.

—Hace un momento afirmó que sólo quería estar un rato conmigo.

—Está bien, me contentaré con eso. Pero al final de la velada, volveré a repetir mi oferta —le prometió.

—No se puede negar que es un hombre muy persistente… —dijo ella, intentando mantener la calma—. Sin embargo, le confieso que me asusta.

—Lo sé, pero usted me parece una mujer atrevida. No olvide que la he estado observando durante dos horas… Venga conmigo esta noche y le enseñaré mi mundo.

—Ya he visto su mundo.

—No, sólo lo conoce de forma superficial; viene, juega un poco y se marcha. Si viene conmigo esta noche, le enseñaré mucho más.

Él dejó su copa y se levantó de repente.

—¿Jordan? —preguntó ella, insegura.

Jordan la miró y la tuteó por primera vez.

—No temas, querida colega. Seremos tú y yo contra el mundo. ¿Es que no lo ves? No somos como el resto de la gente que viene a Las Vegas; jugamos con nuestras propias normas y también nos podemos divertir con nuestras propias normas.

Él la tomó de la mano, la levantó de la silla y la sacó del bar.

—¡Jordan, por favor! —protestó ella.

Alyssa no supo si reír o gritar y pedir ayuda. Pero antes de que pudiera tomar una decisión, se encontró en el interior de uno de los taxis que esperaban junto a la entrada.

Jordan se sentó a su lado, dio la dirección de otro casino al taxista y cerró la portezuela. Al oír la dirección del casino, Alyssa se sintió más segura y se relajó. A fin de cuentas, era un establecimiento famoso y lleno de gente.

—No debería acompañarte… Ni siquiera sé si tienes buenas referencias —ironizó ella.

—Me temo que, en mi negocio, las referencias serían desastrosas. Procuro cultivar el anonimato —dijo él, entre risas—. La única garantía que puedo darte es mi palabra de jugador profesional. Descuida, cuidaré de ti.

—¿Sueles hacer este tipo de cosas?

—¿A qué te refieres? ¿A secuestrar a los colegas? No, no lo había hecho nunca. Pero es la primera vez que me encuentro a un colega como tú.

Segundos después, el taxi se detuvo frente a un edificio muy iluminado. Salieron del vehículo y Jordan la llevó al interior.

Cuando llegaron a la zona de las máquinas tragaperras, él sacó una moneda, se la dio y dijo:

—Échala en esa máquina.

Alyssa lo miró con sorpresa.

—¿Juegas a las máquinas tragaperras? Pero si todo el mundo sabe que ganar en ellas es tan difícil como ganar la lotería… Las probabilidades son prácticamente inexistentes. Los dueños de los casinos las manipulan para que sólo den lo que ellos quieran.

—Mi querida Alyssa —dijo él con dulzura—, yo no juego en las tragaperras para ganar dinero.

—Entonces, ¿por qué…?

—Juego en ellas por divertirme, por probar suerte.

—¿Por probar suerte? —preguntó ella, anonadada—. ¿Acaso crees en la suerte?

—Si llevaras tanto tiempo en este mundo como yo, te habrías dado cuenta de que, tanto si te gusta como si te disgusta, la suerte es un elemento constante en el universo —respondió—. Mete esa moneda, Alyssa. Esta noche me siento afortunado.

Alyssa sonrió, metió la moneda en la ranura y tiró de la palanca.

Las ruedas giraron y se detuvieron. Automáticamente, dos monedas de veinticinco céntimos cayeron en la bandeja.

Ella las alcanzó y se las entregó a Jordan con una floritura.

—Sus ganancias, *milord* —dijo.

—Ya te lo había dicho. Esta noche me siento afortunado. Pero no hemos venido a este casino a trabajar, sino a divertirnos.

Jordan la tomó nuevamente de la mano y se perdieron entre la multitud.

Más tarde, Alyssa supo que jamás olvidaría aquella noche. Fue como si un sueño se hubiera hecho realidad. Caminó por la ilusión exótica de Las Vegas del brazo de un hombre que también parecía una fantasía. Ni siquiera apostaron en las mesas, aunque de cuando en cuando se detenían, observaban a los jugadores y charlaban sobre las distintas clases de juegos y de personas.

Poco a poco, se fue creando entre ellos una especie de camaradería, de complicidad. Jordan veía el mundo de las cartas y de los dados exactamente igual que Alyssa, como un problema complejo de probabilidades que se podía manipular hasta cierto punto cuando se poseían los conocimientos matemáticos necesarios. En lugar de ser víctimas de los caprichos de la fortuna, ellos la controlaban.

Compartían el mismo talento. Y por supuesto, se creó un vínculo.

Mientras caminaba con él, Alyssa se dio cuenta de que la consideraba una compañera intelectual en el mundo deslumbrante y fastuoso de los casinos.

Sólo quedaba por saber si también la consideraba una compañera en un sentido romántico.

Pero la duda quedó resuelta cuando llegaron a la pista de baile y la tomó entre sus brazos.

Capítulo 3

Jordan apretó los labios contra el cabello de Alyssa antes de hablar.

—¿Ya podemos hablar sobre el fin de semana? ¿O, al menos, sobre el resto de la noche? Supongo que, a estas alturas, ya sabrás lo que quiero de ti.

Alyssa se sorprendió cuando Jordan le puso la mano en la espalda y se dio cuenta de que le temblaba ligeramente. Era un hombre que sabía ocultar sus emociones, acostumbrado a llevar la máscara de refinamiento, educación y frialdad que necesitaba en el mundo de los casinos. Si su mano había temblado un momento, debía de ser porque ella tenía la capacidad de hacerle perder el control.

—Prefiero que nos concentremos en el presente —respondió.

A pesar de sus palabras, Alyssa le pasó los brazos alrededor del cuello y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Crees que el futuro dejará de existir solo porque tú insistas en limitarte únicamente al presente? —preguntó él, acariciándole la espalda.

—El futuro llegará cuando tenga que llegar.

—Desde luego. Pero las personas que trabajamos con las leyes de la probabilidad, las personas como tú y como yo, sabemos que el futuro siempre es un factor a tener en cuenta —dijo él, en tono de broma.

—¿Por qué lo dices? ¿Porque las matemáticas del azar descansan en el concepto de un futuro infinito? —dijo ella con humor—.

Puede que sea cierto que el resultado probable del giro de una ruleta sólo se puede calcular porque, al menos en teoría, el número de giros puede ser infinito… pero yo no soy una ruleta.

—¿Eso significa que no puedo calcular la probabilidad de que esta noche termines en mi cama? —quiso saber.

—Exactamente. Ahorra tu energía para las mesas de juego, donde siempre se aplican las leyes de la probabilidad.

Alyssa alzó la cabeza y sus ojos brillaron con picardía. Cuando entreabrió los labios, la mirada de Jordan se clavó en su boca.

El beso fue tan inevitable como inesperado para ella. Jordan no mostró sus intenciones; simplemente, reconoció la oportunidad que se le presentaba y decidió aprovechar el golpe de suerte.

Alyssa se llevó una gran sorpresa. No había previsto que la besara; por lo menos, no allí ni tan pronto.

Al parecer, el futuro ya había llegado.

Y la envolvió por completo. Se sintió como si sus sentidos giraran en la ruleta a la que se había referido poco antes; como si, de repente, estuviera a merced de la fortuna.

No pudo hacer otra cosa que dejarse llevar por las sensaciones. El contacto de la boca de Jordan era firme, cálido y exigente. No pudo hacer nada salvo permitir que el jugador profesional determinara las normas del juego.

Poco a poco, Jordan le fue echando la cabeza hacia atrás mientras exploraba sus labios con la lengua. Sin embargo, sus manos no dejaron de acariciarla en ningún momento; seguían en su espalda, volviéndola loca.

—Alyssa, mi dulce jugadora… —susurró—. ¿Sabes lo que me haces? ¿Sabes lo que me has estado haciendo durante toda la noche? Nunca había deseado a una mujer tan repentina y completamente como te deseo a ti.

La pasión apenas contenida de sus palabras afectó tanto a Alyssa como el contacto de sus manos y de sus labios. Justo entonces, Jordan se apartó lo necesario para besarla en la frente y ella aprovechó la ocasión para besarle el cuello.

Jordan gimió y la abrazó con más fuerza.

—¿Jordan?

—No digas nada, cariño. Has dicho que no querías saber nada del futuro, que prefieres concentrarte en el presente —le recordó—.

Pues hazlo.

Alyssa supo que la estaba seduciendo y se quedó desconcertada. Tenía treinta años y nunca se había encontrado en una situación como ésa; ni siquiera durante su breve y desastroso matrimonio con un matemático. Siempre se había contenido; siempre intentaba mantener el control de las situaciones y, en consecuencia, jamás había experimentado la sensación de una seducción real, verdadera.

Le pareció fascinante e hipnótico, aunque también peligroso.

Por fin, Jordan dejó de besarla y Alyssa se sintió como si hubiera bebido demasiado.

Sin embargo, no tuvo que preocuparse por volver a la mesa; él le pasó un brazo alrededor de la cintura y la condujo hasta ella.

Cuando la camarera apareció, le pidió dos copas.

—Traiga un licor de *whisky* para la señorita y un *whisky* para mí —dijo.

—¿Pretendes que pierda la cabeza con el alcohol? —preguntó Alyssa.

Jordan, que se había sentado a su lado, la tomó de la mano.

—No, no pretendo que te emborraches —aseguró.

Él le besó la mano durante unos segundos antes de soltarla. Ella sonrió, apoyó un codo en la mesa y dijo, con humor:

—¿También besas las manos? Creo que pasas demasiado tiempo en Europa.

—Alyssa, ¿vas a jugar conmigo toda la noche?

—¿Por qué no? Los dos somos especialistas en juegos —ironizó, excitada.

Él asintió. Sabía que sólo estaba coqueteando con él.

—Como quieras, pero debes saber que esta noche siento la necesidad irrefrenable de ganar —contraatacó Jordan.

—¿Insinúas que vas a hacer trampas?

—¿Crees que será necesario?

—Sí, no, quién sabe. Pero acabamos de conocernos, Jordan… ¿de verdad crees que me voy a acostar contigo?

—Sí, no, quién sabe —remedó él—. Sólo sé que te deseo; o para ser exactos, que esta noche te necesito. Ven conmigo, Alyssa. Vamos arriba.

—¿Arriba?

—Sí, me alojo en el hotel de este casino.

—Pero yo me alojo en el hotel del casino donde nos hemos conocido… —dijo ella, confusa y entusiasmada a la vez.

—¿Qué importa? Si necesitas algo, yo te lo suministraré —le aseguró—. Arriésgate y confía en mí, por favor.

—Yo nunca me arriesgo cuando no puedo calcular todas las probabilidades.

—Yo tampoco, pero me encuentro en el mismo caso que tú: tampoco las puedo calcular contigo —afirmó—. Como ves, jugaremos en igualdad de condiciones.

—Con una incertidumbre absoluta sobre el resultado final —dijo ella.

—¿Nunca te has preguntado lo que significa jugar de verdad, sin la posibilidad de prever la última carta de la baraja?

—Ésa es una idea inquietante —admitió.

—Pero tú eres una jugadora, ¿no? Ven conmigo, Alyssa, y descubre lo que la suerte nos depare.

Capítulo 4

Jordan no esperó respuesta; parecía saber que la había convencido, porque pagó la cuenta la tomó de la mano y la levantó.

Después, sin pronunciar una sola palabra, la llevó hacia los ascensores del casino, que estaban en el extremo opuesto de la planta.

En un silencio tenso y sensual, ascendieron hasta los pisos más altos del hotel. Cuando llegaron a su destino y Alyssa vio el pasillo decorado al estilo de Las Vegas, dudó.

—Te recomiendo que no pienses en el futuro, cariño. Piensa únicamente en lo mucho que te necesito esta noche, ¿de acuerdo? —dijo él.

Jordan la acompañó hasta la puerta de una de las habitaciones.

—Jordan, yo…

—Tendrás que perdonarme por la habitación. Desde luego, no es la que yo habría elegido, pero no me dejaron otra opción.

—¿La habitación? —preguntó ella, confusa—. Pero…

Alyssa no terminó la frase. Jordan abrió la puerta en ese momento y se quedó pasmada con lo que vio.

—Oh, Dios mío. Ni siquiera sabía que tuvieran habitaciones como ésta. La mía es normal y corriente —acertó a decir.

—En Las Vegas se puede conseguir cualquier cosa si pagas la suma necesaria, pero te doy mi palabra de que yo no pedí esto. El recepcionista afirmó que era lo único que les quedaba —explicó.

Él la llevó al interior. Todo estaba decorado en tonos rojos, incluso las cortinas que ocultaban la ventana y las vistas de la

ciudad.

Además, una de las paredes estaba completamente cubierta de espejos e incluso había uno, redondo, justo encima de la cama, que tenía la misma forma.

—Ardo en deseos de echar un vistazo al cuarto de baño —dijo Alyssa entre risitas.

La risa sirvió para que se relajara y se sintiera mejor, de modo que se aferró a ella como a un salvavidas.

—Me temo que el cuarto de baño es tan chabacano como todo lo demás. Pero bueno, nadie ha dicho nunca que la gente de Las Vegas tenga buen gusto.

—¿Y pretendes convencerme de que no pediste esta habitación con la idea de seducir a alguna mujer?

Jordan se ruborizó.

—Nada más lejos de mi intención —se defendió—. ¿Cómo iba a saber que te iba a conocer esta noche?

Él se acercó entonces y la besó. Inmediatamente, Alyssa se olvidó de la decoración, del casino, del futuro y del pasado.

En ese momento no existía otra cosa salvo Jordan Kyle y la pasión que le ofrecía.

Ni siquiera le importaba si era o no era una ilusión; en cualquiera de los casos, había decidido dejarse llevar.

Con todas las consecuencias.

—Jordan, oh, Jordan…

Jordan se alejó un momento de sus labios para besarla en el cuello. Alyssa se estremeció y llevó las manos a sus brazos.

—No pienses en nada. Concéntrate en nosotros —ordenó él.

Toda la parte delantera del cuerpo de Alyssa estaba firmemente apretada contra el cuerpo de Jordan, que le acarició la espalda y descendió lentamente hasta su trasero para volver después a su cintura.

—Yo… yo no pretendía que pasara esto —susurró ella, embriagada por su aroma.

—Lo sé, cariño. Lo sé.

Las manos de Jordan encontraron la cremallera del vestido y la empezaron a bajar. Ella sintió el aire fresco en la piel y se excitó más aún, pero cuando se vio en los espejos de la pared, se puso nerviosa.

—Jordan, espera, espera. Todos esos espejos…

—Quiero verte, Alyssa. Quiero verte entera.

Él le puso una mano en la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos antes de besarla otra vez.

Alyssa estaba tan completamente hechizada por sus caricias que permaneció inmóvil cuando su vestido cayó al suelo.

Justo entonces, se acordó de la ropa interior que se había puesto. Era tan atrevida que iría perfectamente a juego con la decoración del lugar.

Sintió vergüenza del aspecto que debía de tener con un sostén minúsculo y unas braguitas prácticamente inexistentes e intentó dar un paso atrás. Las dos prendas, de encaje negro, no eran más que parte del disfraz que se ponía para sentirse mejor en el mundo de fantasía de Las Vegas.

Nunca había imaginado que las vería un hombre.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

Ella se ruborizó.

—Nada, es que… bueno, no quiero que pienses que suelo llevar ropa interior como ésta. Simplemente, me pareció que quedaba bien con el vestido y…

Jordan sonrió.

—Comprendo. Pensaste que quedaba bien con el vestido y que el vestido quedaba bien con el casino, ¿verdad? No te preocupes, cariño. Estás verdaderamente preciosa. Aunque no pretendieras que te vieran con esas braguitas y ese sostén.

—Sí, es exactamente así —declaró con nerviosismo—. Te aseguro que no lo pretendía en absoluto, y te confieso que me da un poco de vergüenza. Además, hablar de cosas tan íntimas con un desconocido…

—Yo no soy un desconocido, Alyssa… —contraatacó—. Tú y yo somos almas gemelas. Incluso diría que ya nos conocemos mejor que la mayoría de la gente. Y te prometo que, cuando amanezca, nos conoceremos aún más.

Alyssa cerró los ojos y gimió de placer cuando Jordan le quitó el sostén y le acarició los pezones. Tímidamente, le pasó los brazos alrededor del cuello, se apretó contra él y lo besó.

Su parte más racional intentó interrumpirla y poner en duda la conveniencia de hacer el amor con un hombre al que apenas

conocía, pero la despreció.

Aquella noche, todo parecía adecuado. El hombre, su estado anímico, la fantasía de Las Vegas.

Ya tendría ocasión, más tarde, de volver a ser la misma Alyssa Chandler de siempre.

A fin de cuentas, había pocas posibilidades de que se le volviera a presentar una ocasión parecida. Tenía que aprovecharla.

Jordan le seguía acariciando los pezones. Se los acariciaba con movimientos circulares que los pusieron duros y tensos, ansiosos de recibir más atención.

Alyssa volvió a gemir y apretó instintivamente los senos contra sus dedos. Después, llevó las manos a su chaqueta con intención de quitársela.

—Sí, por favor —le rogó Jordan—. Desnúdame, por favor. Tócame, abrázame… Lo… lo he estado deseando desde que te vi.

Alyssa obedeció. Le quitó la chaqueta del esmoquin y desabrochó los botones de la camisa blanca, aunque tardó más de la cuenta porque Jordan no interrumpió sus caricias en ningún momento.

Cuando apartó la camisa y contempló su pecho ancho y fuerte, dejó escapar un suspiro de apreciación.

—Oh, Jordan —dijo—. Eres perfecto. Absolutamente perfecto.

Le acarició el vello del pecho y él sonrió.

—Me has robado la frase, preciosa. Se supone que eso te lo tendría que decir yo. Tú eres la única persona perfecta de este lugar. Eres un toque de magia en un mundo lleno de sordidez e imitaciones.

Jordan se apretó contra ella y frotó el pecho contra sus senos.

—¿Qué me estás haciendo, Jordan? —preguntó Alyssa, fuera de sí.

—Se llaman juegos de prestidigitación —murmuró—. Ahora lo ves, ahora no lo ves; ahora lo ves…

Jordan descendió hasta sus braguitas, se las bajó y dejó que cayeran al suelo.

—Y ahora, te veo —continuó—. Te veo entera.

Alyssa sintió sus manos en el trasero y supo que la estaba mirando en los espejos de la pared.

Pero, lejos de incomodarla, aquello la excitó más.

—No juegas limpio —protestó.

—En la prestidigitación no hay juego limpio. Todo es magia.

—¿Qué sabes tú de la magia?

—Sé todo lo que hay que saber de juegos de cartas, Alyssa; pero si te vas a sentir mejor, te aseguro que no estoy haciendo trampas contigo. Jugamos en las mismas condiciones, con las mismas normas. Puedes ver tanto de mí como yo de ti, cariño… Porque es cierto que sigo medio vestido, pero eso no es culpa mía.

Alyssa miró su reflejo y se sorprendió al verse desnuda en brazos de un hombre que seguía siendo un desconocido a todos los efectos. La imagen de la piel morena de Jordan, que contrastaba vivamente con su propia palidez, le pareció fascinante. Casi tanto como la pierna que él le acababa de introducir entre los muslos.

De repente, se sintió insegura.

—Espera, Jordan. Espera, te lo pido por favor. Vamos demasiado deprisa y no puedo pensar con claridad. Esto no es lo que había pensado.

—Ninguno de los dos lo habíamos previsto —le recordó con su voz ronca—, pero va a ocurrir de todos modos. Hace un rato, te dije que la suerte es un factor más en el universo. No te resistas a ella, cariño mío. No quiero que te resistas a ella.

—Espera, Jordan… —insistió.

Alyssa se quiso apartar, pero él la besó de nuevo y le acarició el cuello, borrando inmediatamente sus dudas.

—No puedo esperar. Te he estado esperando durante demasiado tiempo.

Jordan se desabrochó el cinturón de los pantalones y se desnudó a toda prisa, antes de que ella pudiera reaccionar y librarse de su hechizo.

—Oh, Jordan…

Él llevó una mano a su pubis y empezó a explorar sus secretos.

—Cariño, estás tan caliente, tan húmeda, tan dispuesta a mí… —murmuró él—. No me niegues lo que necesito. Deja de preocuparte por el futuro, del que ya me encargo yo. Concéntrate en el presente.

Alyssa asumió el hecho de que ya no podía pensar con claridad. Sus dudas, instigadas por el sentido común, desaparecieron definitivamente cuando Jordan la empezó a acariciar entre las

piernas.

Nunca había sentido nada parecido. No podía rechazar la magia de sus manos.

—Estamos hechos el uno para el otro —continuó él, apretando su erección contra ella—. Encajamos perfectamente… ¿no lo ves?

Ella volvió a contemplar la escena en los espejos de la pared y sintió otra oleada de excitación. Después, le clavó las uñas en los hombros y le arrancó un gemido.

—No sé quién ha barajado las cartas del destino esta noche —declaró Jordan—, pero sea quien sea, desde luego que sabía lo que estaba haciendo. Sólo me ha dado ases.

Alyssa soltó un suspiro ahogado y cerró los ojos. Jordan la había levantado del suelo y la llevaba hacia la cama redonda, donde la dejó.

Cuando volvió a mirar, se encontró otra vez ante su reflejo; pero en esta ocasión no fue en los espejos de la pared, sino en el espejo del techo.

—Oh, no…

Jordan alzó la mirada y le dedicó una sonrisa de admiración y deseo.

Alyssa se ruborizó, pero sin sentir vergüenza. Al fin y al cabo, ella también lo deseaba; lo deseaba más de lo que había deseado a nadie.

Extendió los brazos hacia él, que se tumbó a su lado.

—Alyssa, cariño mío…

Ella se olvidó del espejo del techo, de la cama redonda y de la decoración a todas luces excesiva de la habitación. Olvidó que se encontraba con un hombre al que había conocido horas antes y del que sólo sabía que poseía conocimientos matemáticos a la altura de los suyos.

Sin embargo, lo único que importaba en ese instante era que se deseaban el uno al otro. El futuro había dejado de existir. El destino había repartido las cartas y estaba más que dispuesta a aceptar el reto.

Su cuerpo se estremeció y se retorció bajo las caricias de Jordan. Tenía sensaciones tan intensas que supo que las manos de aquel hombre permanecerían para siempre en su memoria. La tocaba de forma exquisita, delicada y llena de fuerza a la vez.

Ansiosa por devolverle una parte del placer que le daba, Alyssa empezó a explorar los contornos de su espalda, de arriba abajo. Incluso se atrevió a clavarle las uñas en el trasero, arrancándole un gemido.

Jordan la apretó contra la cama y le succionó un pezón. Después, le acarició cada centímetro del cuerpo y le separó los muslos valiéndose de una rodilla, mientras le susurraba palabras increíblemente eróticas que, en otras circunstancias, le habrían horrorizado completamente.

—Hazlo, Jordan. Hazlo ahora, por favor… —dijo, arqueando las caderas.

El la agarró de la muñeca y llevó la mano de Alyssa a su pene.

Ella supo lo que le estaba pidiendo. Quería una demostración de que había asumido su papel, de que era consciente de lo que hacía en aquel juego peligroso.

Quería que se entregara por completo.

Alyssa aceptó el desafío y acarició su sexo antes de invitarlo a que la penetrara.

—Oh, Dios mío, Alyssa…

Fueran cuales fueran sus intenciones, Jordan no pudo jugar las cartas de un modo tan lento y martirizante como Alyssa había adivinado. Cuando separó las piernas un poco más y alzó el pubis para recibirlo, él perdió el control y la penetró.

—Jordan…

Él se empezó a mover con toda su energía, dejándola sin más opción que dejarse llevar. En ese momento, Alyssa supo que, aunque se hubieran conocido por simple casualidad, Jordan no quería que lo olvidara.

Se había comportado como un perfecto caballero desde el primer segundo, pero ya no le quedaba un ápice de caballerosidad. Le hacía el amor con una pasión irrefrenable, como si quisiera dejarle un recuerdo permanente.

Alyssa se entregó sin inhibiciones. Se aferró a él, cerró las piernas sobre su cintura y le pasó los brazos alrededor del cuello. Tuvo la impresión de que Jordan era un *crupier* que enseñaba las cartas tan deprisa que no le dejaba tiempo para calcular todas las probabilidades.

No podía hacer otra cosa que aceptar las cartas que le daba y

jugar con ellas.

Y de repente, se encontró con demasiadas cartas en la mano. Su tensión llegó a un punto insoportable y las cartas imaginarias salieron volando a su alrededor.

Había llegado al orgasmo.

Segundos más tarde, Jordan se deshizo dentro de ella y se quedó tumbado, en silencio.

Alyssa se sintió más femenina y más satisfecha que nunca. Jamás habría imaginado que un hombre le pudiera dar tanto placer.

Pero entonces, cometió el error de abrir los ojos.

—Oh, vaya…

—¿Qué pasa, cariño?

A regañadientes, Jordan apartó la cabeza de sus senos y la miró a los ojos.

—Nada, no pasa nada —respondió ella con humor—. Pero no mires el espejo del techo.

Al ver su reflejo, Alyssa había tenido la impresión de que estaba contemplando a otra mujer.

A una mujer apasionada y atrevida; pero también a una mujer real, que se había acostado con un hombre real en un mundo real.

Aquello ya no era ninguna fantasía.

—No tengo intención de mirar —dijo él—. ¿Para qué? La visión de mi espalda no me satisface demasiado, y en cuanto a ti, prefiero mirarte de cerca y directamente… Estás preciosa, Alyssa. Perfecta.

—Pues ya que lo mencionas, tu espalda es mucho más interesante de lo que piensas.

Alyssa le pellizcó el trasero.

—¡Ay! ¿Ésa es tu forma de demostrar admiración? Entonces, te quitaré las vistas.

Jordan la puso de lado, alcanzó la sábana y cubrió sus cuerpos. Cuando Alyssa volvió a mirar el espejo, sólo vio una imagen recatada, sin desnudos.

Después, echó un vistazo a su alrededor y sonrió.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó él.

Alyssa estalló en carcajadas.

—Acabo de caer en la cuenta de que el Porsche que me quiero comprar es del tono de la habitación. Así que, pensándolo bien, creo que cambiaré de color.

—No, no hagas eso. Cómprate el rojo, por favor —rogó—. Así, cuando te subas a él, te acordarás de esta noche.

Ella volvió a soltar una incontenible carcajada.

Definitivamente, no corría el peligro de olvidar a aquel hombre.

No lo olvidaría, jamás, en ninguna circunstancia.

Pero, al mismo tiempo, se dijo que pasara lo que pasara durante el fin de semana debía asegurarse de que ninguna otra persona del mundo real descubriría el mundo de fantasía que se había creado. Si se corría a la voz y llegaba a oídos inadecuados, su estilo de vida y su carrera profesional estarían en peligro.

Jordan debió de notar su preocupación, porque de repente tomó su cara entre las manos y la besó con dulzura en los labios.

—¿Jordan?

Los ojos de Jordan se iluminaron de repente, como si adelantaran la promesa de otra escena de pasión.

—Acabo de afirmar que la visión de mi espalda no me parece especialmente interesante… En cambio, ahora mismo siento bastante curiosidad por la tuya.

—¡Jordan! —protestó.

Él apartó la sábana y tiró de ella para que se pusiera a horcajadas. A continuación, sus manos se cerraron en la cintura de Alyssa, animándola a descender y a tomarlo.

Alyssa obedeció y, en esa ocasión, se olvidó del color del Porsche que se quería comprar y del riesgo de perder su empleo.

Sólo quería disfrutar del fin de semana.

Sólo quería entregarse otra vez a sus fantasías eróticas y al hombre que le había devuelto la vida.

Capítulo 5

Cuando Alyssa abrió los ojos a la mañana siguiente, vio que Jordan Kyle estaba buscando algo en su bolso, completamente desnudo. Había dejado sus ganancias de la noche anterior encima de la mesa y se dedicaba a mirar su cartera con curiosidad.

—Buenos días, Alyssa Meredith Chandler de Ventura, localidad de California. Y feliz cumpleaños, aunque sea con retraso… —declaró, mirando su carné de conducir—. Según esto, cumpliste los treinta la semana pasada.

Alyssa se quedó helada y se preguntó cómo podía haber sido tan estúpida. Al verlo así, llegó a la conclusión de que se había convertido en víctima de un ladrón profesional que se dedicaba a seducir a las mujeres para quitarles el dinero después.

Jordan notó su cambio de actitud y frunció el ceño. Los ojos de Alyssa, de un color entre gris y verde, ya no tenían calor alguno; su alegría había desaparecido y sólo quedaba una sombra de cautela y de preocupación.

Dejó la cartera junto al dinero, se llevó una mano a la mandíbula y se la frotó.

—Vaya, debería haberme afeitado anoche, antes de que hiciéramos el amor. Te he dejado enrojecida la cara… pero te ruego que me disculpes; cuando llegamos a la habitación, no podía pensar con claridad.

Él caminó hacia la cama y ella lo miró con desconfianza. A la luz del día, le pareció más peligroso que nunca. En ausencia del envoltorio refinado de su esmoquin, no quedaba en él ningún rastro

de caballerosidad.

De repente, tuvo miedo.

—Alyssa Meredith Chandler —repitió Jordan—. De treinta años y unos cuantos días. Vecina de la localidad californiana de Ventura y ejecutiva de una empresa de investigaciones estadísticas que se llama Yeoman Research.

Él se inclinó sobre Alyssa y puso las manos en la cama, atrapándola entre sus brazos.

—Y afortunadamente está soltera —añadió.

—¿Siempre cotilleas los bolsos de las mujeres a la mañana siguiente? —preguntó ella, mostrando una valentía que no sentía en absoluto.

—Anoche te deseaba demasiado como para arriesgarme a hacer preguntas. Pero cuando me he despertado esta mañana me he dado cuenta de que sabía muy poco de ti; incluso cabía la posibilidad de que estuvieras casada —explicó—. Necesitaba respuestas y sabía que no me las querías dar. Por lo menos, ahora sé que no estás casada.

—¿Y si lo estuve?

—¿Lo estuviste?

—No, ya no —respondió—. ¿Y tú?

—No —dijo él—. Además, supongo que es un poco tarde para preocuparnos por nuestro estado civil. Aunque más vale tarde que nunca.

—Entonces, ¿sólo sentías curiosidad por mí? ¿No tenías intención de quitarme el dinero y desaparecer?

Jordan arqueó una ceja.

—No me digas que me has tomado por un vulgar ladrón. ¿Has pensado que quería robarte las ganancias de anoche?

—Sí, admito que esa idea se me ha pasado por la cabeza. A fin de cuentas, no sé más de ti que tú de mí —le recordó.

El la miró en silencio durante unos segundos.

—Sí, en eso tienes razón. Ayer me dije que todas las preguntas se responderían por sí mismas cuando nos acostáramos; y hasta cierto punto es cierto, porque tengo la impresión de que te conozco mucho más que anoche. Pero hay demasiadas preguntas por responder… cuando me he despertado y he abierto los ojos, he tenido miedo de ser un segundo plato, de que estuvieras con otro

hombre.

—Dudo que tú puedas ser segundo plato de nadie —dijo con sarcasmo.

—Yo también lo dudo. Pero me acosté contigo sin saber siquiera tu apellido, y cabía la posibilidad.

—Comprendo. En tal caso, no te importará que actúe del mismo modo que tú y que eche un vistazo a tu cartera, ¿verdad?

Alyssa se llevó una sorpresa con su reacción. Pensaba que se negaría, pero Jordan cruzó la habitación, sacó la cartera del bolsillo de los pantalones, volvió a la cama, se la dio y esperó pacientemente a que ella terminara de cotillear.

Se sintió bastante incómoda. No estaba acostumbrada a mirar las carteras de otras personas. Pero la miró de todas formas.

Su permiso de conducir estaba a nombre de Jordan Kyle y tenía una dirección de Oregón. Alyssa vio su fecha de nacimiento y calculó los años. Tenía treinta y nueve; había acertado al suponer que estaba cerca de los cuarenta.

—Vaya, no hay nada sobre tu trabajo —observó—. Si no tienes un empleo, ¿cómo consigues que los bancos te den tarjetas de crédito?

Él sonrió con humor.

—Al principio es difícil; pero los bancos dejan de hacer preguntas cuando tienes una cuenta suficientemente jugosa.

—Lo recordaré.

—¿Para qué? Tú no tienes ese problema. Tienes un trabajo de verdad, un empleo honrado. Los bancos adoran a las personas como tú.

Alyssa lo miró, sorprendida por el tono de curiosidad de su voz. Parecía intrigado y desconcertado a la vez; quizá, incluso envidioso.

—Tengo la sospecha de que los bancos te quieren más a ti que a mí —declaró ella—. Seguro que tu cuenta es mucho más abultada… al fin y al cabo, yo sólo acudo al juego para equilibrar mi presupuesto.

Jordan la miró y preguntó:

—¿Qué le dices a la gente cuando apareces con algo demasiado caro para el sueldo que ganas? ¿Cómo justificarás la compra del Porsche cuando consigas por fin el dinero?

—Si alguien pregunta, diré que he tenido suerte en la Bolsa.

—¿Por qué no dices la verdad?

Él le lanzó una mirada tan intensa que se puso nerviosa.

—Eso sería imposible. La verdad me costaría el empleo.

—¿Bromeas? ¿Por qué te iba a costar el empleo?

—Porque Yeoman Research, la empresa para la que trabajo, tiene acuerdos con las administraciones públicas y con empresas de primer nivel. Si descubrieran que juego de forma habitual, me considerarían poco fiable y vulnerable a una posible extorsión de la competencia —respondió.

—¿No exageras un poco?

—En absoluto. Me creerían capaz de vender sus secretos y me despedirían de inmediato o me trasladarían a un puesto de importancia menor, lo cual sería casi peor para mí.

—¿Por qué sería peor?

—Porque estoy a punto de que me asciendan. Con un poco de suerte, el mes que viene me nombrarán directora de mi departamento. He trabajado duro y me lo merezco. Mi trabajo me gusta mucho.

—¿Es mejor que ganar dinero en los casinos?

—Las dos cosas me gustan —puntualizó—. Quiero tener las dos.

—Pero no se puede tener todo siempre, Alyssa. Podría salir mal.

—Saldrá bien.

Alyssa le lanzó la cartera y él la alcanzó al vuelo, demostrando que su capacidad visual y su coordinación física eran excelentes.

—Y ahora, si ya has terminado con el interrogatorio —continuó—, me gustaría vestirme y volver a mi hotel.

—No te puedes marchar todavía.

—¿Por qué no? —dijo ella, alzando la barbilla en un gesto de desafío.

—Porque aún no has visto la ducha del cuarto de baño… Es tan chabacana como todo lo demás —la informó con humor.

Muy a su pesar, Alyssa sonrió de oreja a oreja.

—Tenía la sensación de que esta mañana estabas enfadado conmigo, Jordan. Por eso he dicho que me quería marchar.

Sus ojos dorados brillaron.

—Creo que estaba más enfadado conmigo que contigo. Me he despertado con demasiadas preguntas y demasiadas preocupaciones en la cabeza; pero, créeme, no tenía ninguna intención de librarme

de ti.

Alyssa no supo si sentirse aliviada o más inquieta que antes. Se sentó en la cama y tiró de la sábana para cubrir su desnudez.

—¿Es verdad que estabas preocupado?

—Por supuesto. ¿Te parece extraño que quisiera saber el apellido de la mujer con quien había hecho el amor?

Alyssa se ruborizó, pero no apartó la mirada de sus ojos.

—Tenía la impresión de que ese tipo de detalles son irrelevantes en Las Vegas. De hecho, anoche no parecías muy preocupado por mi apellido.

—Porque las prioridades me lo impidieron. Anoche sólo quería llevarte a la cama y hacerte mía… Te deseé desde que te vi jugando con tanta astucia y frialdad. Decidí que estabas hecha para mí, que eras mi alma gemela.

—Jordan…

—Sin embargo, acostarme contigo no resolvió todos los problemas. Por satisfactorio que fuera, me dejó más hambriento de respuestas… y también más nervioso —continuó él—. Pero el nerviosismo es completamente inadmisible en mi profesión. Rompe la concentración y te vuelve vulnerable.

—Entiendo.

Sin advertencia previa, Jordan se tumbó sobre ella y la apretó contra el colchón.

—Dudo que lo entiendas, mi querida jugadora. ¿Tienes idea de lo que se siente cuando te despiertas un día y piensas que la mujer que te gusta podría estar con otro hombre? ¿Que tal vez tengas un marido que te espera pacientemente en Ventura?

Violentamente consciente de la calidez del cuerpo de Jordan, Alyssa lo miró y se perdió en la profundidad de sus ojos dorados.

—¿Por qué te preocupaba tanto que estuviera casada?

Jordan le dio un beso en los labios.

—Porque no quiero ser tu amante. Ahora que te he encontrado, quiero ser el único hombre de tu vida —contestó—. Te pido disculpas por haber mirado la cartera sin tu permiso, pero me alegra saber que estás soltera.

—¿Y si no lo hubiera estado?

—Pero lo estás. Y los jugadores profesionales no se preocupan por posibilidades inexistentes; la realidad ya es bastante compleja…

Lo que me lleva a la otra cuestión. Ahora ya sé que no tienes un marido en Ventura, pero ¿hay alguien más en tu vida?

—Haces muchas preguntas.

Alyssa estaba asombrada. Había supuesto que Jordan sería como cualquier persona que se acostaba con un desconocido una noche y que a la mañana siguiente lo olvidaba, pero se comportaba como si quisiera mantener una relación seria con ella.

—No te quejes. Tú tienes la parte fácil; sólo tienes que responder.

—¿Preguntar es lo difícil?

—No, preguntar no es lo difícil; pero la ignorancia es terrible. Supongo que no estás saliendo con nadie porque nadie se quedaría tan tranquilo mientras su pareja se marcha sola a Las Vegas, pero si hay otra persona, dímelo.

—Tengo treinta años, Jordan. Si estuviera con alguien y quisiera marcharme a Las Vegas, me marcharía. Soy una mujer adulta y no necesito el permiso de los demás —replicó ella, molesta—. Y ahora, te agradecería que dejaras el interrogatorio para después del desayuno. Me muero de hambre.

—Te daré el desayuno cuando respondas a mi pregunta.

Ella suspiró.

—Jordan, no me parece que tus preguntas tengan ninguna importancia. Nos conocimos anoche, hace unas horas, y no nos volveremos a ver cuando me marche el domingo… Pero ya que estoy hambrienta, que estás encima de mí y que pesas mucho, te diré que en este momento no tengo una vida amorosa precisamente animada. No, no hay ningún otro hombre. Y, no, no hay nadie que me esté esperando.

Jordan la observó cuidadosamente durante unos segundos y asintió.

—De acuerdo. Entonces, desayunemos —dijo—. Pero ven conmigo a la ducha… te gustará; es tan hortera como todo este lugar.

Él hizo ademán de levantarse, pero ella le puso una mano en el hombro y preguntó:

—¿Y tú?

Jordan ladeó la cabeza y sonrió.

—Empezaba a pensar que no yo no te importaba tanto como

para preguntar sobre mi vida privada. No, cariño, ni estoy casado ni estoy saliendo con nadie. Los jugadores profesionales no suelen tener relaciones estables.

Alyssa suspiró y sonrió.

—Bien, si no me vas a robar las ganancias de anoche, supongo que puedes acompañarme a ese cuarto de baño tan particular.

El la miró con alegría y ella notó cierta sorpresa en su expresión, como si le extrañara sentirse tan feliz. Alyssa lo comprendió perfectamente; los jugadores profesionales vivían en un mundo fascinante y lleno de emociones, pero también irreal hasta cierto punto. Jordan no estaba acostumbrado a ser feliz de verdad.

—Imagino que te habrás llevado un buen susto cuando te has despertado y me has visto hurgando en tu cartera —dijo él tras besarla en la frente—. Lo siento mucho, cariño. En compensación, haré algo más que acompañarte al cuarto de baño; te ayudaré a ducharte.

—Oh, muchas gracias… —se burló.

Jordan la tomó en brazos y cruzó la habitación con ella a pesar de sus protestas, que no fueron demasiado insistentes.

El cuarto de baño estaba decorado con tonos rojos y dorados; también tenía una pared cubierta de espejos, y la bañera era tan grande que cabían dos personas y aún sobraba espacio.

Además, el agua salía por unos orificios decorados alrededor con imágenes de mujeres desnudas.

Ducharse con Jordan iba a ser más emocionante de lo que había previsto.

Capítulo 6

Alyssa no se equivocó. Pasó una hora entera antes de que salieran de la habitación y bajaran al bar del hotel a desayunar.

—Habría llamado al servicio de habitaciones para que nos subieran el desayuno —dijo él cuando ya estaban sentados—, pero son lentos y tengo hambre.

—¿Son lentos? Pensaba que el servicio de este tipo de establecimientos sería muy eficaz —observó Alyssa, alcanzando su taza de té.

Jordan, que estaba mirando el menú, rió.

—Lo hacen a propósito. Saben perfectamente que si el servicio es lento, la gente terminará por bajar —explicó él.

—Ah, ya entiendo. Y cuando estén abajo, se dejarán el dinero en el bar, en el restaurante o en las mesas del casino.

—En efecto. Por si no te habías dado cuenta, todos los caminos de los hoteles de Las Vegas pasan necesariamente por la zona del casino. Lo tienen bien pensado.

A pesar de ser temprano, el sonido de las máquinas tragaperras les llegaba con toda claridad. Algunas de las mesas de juego estaban cerradas, pero otras permanecían abiertas y había bastantes clientes. Alyssa pensó que serían madrugadores o gente que no se había acostado todavía.

Sonrió para sus adentros y bajó la cabeza. Como no tenía más ropa, llevaba el mismo vestido de la noche anterior.

—Tengo que ir a mi hotel. Cualquiera que me vea pensará que soy uno de esos jugadores que no se acuestan nunca.

A diferencia de ella, Jordan había tenido ocasión de cambiarse. Se había puesto una camisa de rayas, bastante conservadora, y unos pantalones de vestir. Aún tenía el pelo húmedo, y su aspecto era tan relajado y tranquilo que nadie habría adivinado su profesión.

—Deja de preocuparte por eso —dijo Jordan—. Aquí, nadie se fija en los demás.

Sin embargo, cuando terminaron de desayunar, Jordan salió con ella a la calle y la acompañó a su hotel en un taxi porque, según dijo, quería que recogiera su bañador.

Ya estaban en el ascensor del hotel de Alyssa cuando comentó:

—Se me ha ocurrido que podríamos pasar la tarde en la piscina. Sería una forma excelente de recuperar energías para afrontar la jornada. Si trabajamos juntos, tendrás tus mil dólares antes de la medianoche y luego te llevaré a ver algún espectáculo.

Alyssa se quedó helada, con las llaves de su habitación en la mano.

—¿Qué significa eso de que trabajemos juntos? Jordan, no necesito que me ayudes para conseguir mi Porsche.

La sonrisa de Jordan desapareció.

—Sé que no necesitas mi ayuda, Alyssa; pero ahorraríamos tiempo si permites que te eche una mano.

Alyssa pensó que tenía razón y que se estaba excediendo con su desconfianza. Si trabajaba sola, necesitaría toda la noche y parte del domingo para llegar a la cifra de mil dólares; con la ayuda de Jordan, en cambio, lo lograría enseguida.

Sin embargo, la idea de ganar dinero con él después de haber sido su amante le resultaba inadmisible.

—No, Jordan, no insistas. Agradezco tu intención, pero no necesito que me ayudes.

Ella metió la llave en la cerradura y abrió.

Jordan la siguió al interior y cerró la puerta. Después, la agarró por los hombros y la miró a los ojos mientras la acariciaba con unas manos que eran tan profesionales en el arte de dar placer como en el de barajar cartas.

Alyssa pensó que sus manos también podían causar dolor si se lo proponía. Estaba segura de que Jordan Kyle podía ser un hombre peligroso en determinadas circunstancias.

—Alyssa, no intento pagarte por el fin de semana. Sólo quiero

ayudar.

Ella respiró hondo.

—Aunque no sea esa tu intención, si aceptara lo parecería —alegó.

—Eso es ridículo.

—¿Ah, sí?

—Sabes perfectamente que es una tontería.

—Apenas te conozco, Jordan. No quiero mezclar el dinero con el placer —afirmó—. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, te has explicado con mucha claridad. Y también está bastante claro que eres una mujer obstinada, ilógica y obsesivamente desconfiada, pero si insistes en ser como eres…

—Insisto.

—Entonces, permitiré que te salgas con la tuya. De momento —puntualizó—. ¿Por qué no te cambias de ropa y dejamos de perder el día?

Alyssa suspiró. Se sentía como si hubiera encontrado una grieta por donde huir. Aunque no sabía de qué estaba huyendo.

Entre la ropa que se había llevado a Las Vegas había un bañador de rayas horizontales, blancas y negras; se lo puso y completó su atuendo con un vestido blanco que había comprado la semana anterior.

Cuando salió del cuarto de baño, Jordan le dedicó una mirada de admiración y una reverencia.

—¿En Ventura no hay nadie que conozca a la verdadera Alyssa?

—No, nadie sabe dónde paso últimamente los fines de semana, si es eso lo que querías decir —respondió.

—No has contestado a mi pregunta, pero lo dejaré pasar. Vamos, mi querida socia; encontremos una piscina y preparémonos para una dura jornada de trabajo.

Capítulo 7

Aquella noche, cuando entraron en el casino después de cenar, Alyssa pensó que su fantasía de Las Vegas había cambiado para mejor. Resultaba mucho más placentera en compañía de un hombre que realmente pertenecía a ese mundo.

Se separaron y cada uno se puso a trabajar por su cuenta. Al cabo de un rato, Alyssa se acercó a él y preguntó:

—¿Nunca te has sentido como una especie de tiburón que nada en las aguas de los casinos y se dedica a pegar bocados aquí y allá?

Jordan se acababa de levantar de una mesa de póquer, donde había ganado unas cuantas fichas.

—Sí, supongo que a veces. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien. Jugaré un poco más al *blackjack*. Luego nos podemos ir.

—Como quieras, pero esta noche ya he ganado bastante más de lo que necesitas.

—Seguiré de todas formas —insistió.

—Está bien, entonces sigue jugando. No me gustaría nada que esta noche te acuestes conmigo y creas que me siento con derecho por haberte pagado… —se burló.

Alyssa lo miró con cara de pocos amigos, pero no dijo nada. Había ganado una batalla y prefirió contentarse de momento.

Se dirigieron a la mesa de *blackjack*. Mientras ella jugaba, él la observó en silencio. No estaba acostumbrada a que la observaran en acción, pero la experiencia le resultó tan agradable que, cuando se levantó al fin con sus fichas, estaba muy contenta.

Vieron un espectáculo de *cabaret* en el hotel de Jordan y después

se dirigieron a un club para tomar una copa.

Jordan notó el buen humor de Alyssa y alzó su copa de coñac a modo de brindis.

—Por la única mujer que conozco con quien puedo hablar de trabajo.

Ella aceptó el brindis.

—Doy por sentado que volverás a Las Vegas el fin de semana que viene —continuó él.

Alyssa se puso tensa. No esperaba esa pregunta. Además, tenía la costumbre de vivir en el presente; generalmente no hacía planes con antelación.

—¿Por qué lo das por sentado?

—Porque llevas un ritmo de ganancias tan modesto que tendrás que jugar muchas veces para poder pagarte ese Porsche. Y como Las Vegas es el lugar más cercano a Ventura para ir de casinos, supongo que vienes con regularidad. ¿Me equivoco?

Jordan había acertado en todo. Tanto que Alyssa se sintió como si ella fuera un mazo de cartas que él barajaba y repartía a su antojo. Y no fue una sensación agradable.

—No, no te equivocas. Tenía intención de volver pronto.

—Entonces, no te molestes con la reserva del hotel, ¿de acuerdo? Te alojarás conmigo.

Alyssa contuvo la respiración. Una parte de ella se alegró enormemente ante la perspectiva de volver a ver a Jordan, pero otra le aconsejaba cautela. Los acontecimientos se sucedían tan deprisa que no podía pensar.

—¿Vas a estar aquí el fin de semana que viene?

—Me quedaré un par de semanas más y después me iré a Oregón —respondió él.

—¿A tu casa?

—Sí, a lo más parecido que tengo a una casa… ¿Cuándo llegarás? ¿El viernes por la noche? —preguntó, cambiando de conversación—. Puedo ir a recogerte al aeropuerto.

Alyssa supo que la estaba presionando para que no tuviera ocasión de rechazarlo, pero era ella quien debía tomar la decisión.

—¿De verdad quieres pasar otro fin de semana conmigo?

—Sabes perfectamente la respuesta a esa pregunta. Te deseo, Alyssa; no creo que sea ningún secreto —ironizó—. ¿Y tú? ¿Quieres

pasar el fin de semana conmigo?

Alyssa lo miró a los ojos y le dijo la verdad.

—Sí.

—En tal caso, mañana reservaremos tu billete de avión y te acompañaré al aeropuerto. Y el viernes que viene te estaré esperando.

—¿Reservarás la misma habitación? —preguntó con picardía.

—Bueno, intentaré que me den una que sea aún más interesante. Para sorprenderte, ya sabes —respondió.

—Oh, no te molestes. La que tienes ahora ya es bastante sorprendente.

—Si tanto te gusta, deberíamos subir y ver qué otras maravillas nos ofrece.

Jordan dejó la copa en la mesa y se levantó. Estaba decidido a acostarse con ella, y Alyssa se sentía tan inmersa en la magia de aquella ilusión que no habría protestado aunque hubiera querido.

Aceptó su brazo y salieron del bar. Al pasar ante la mesa de bacará, Jordan miró a las mujeres con vestidos de noche y a los hombres con esmoquin y sonrió.

—No se puede negar que el bacará es un juego muy elegante —dijo él.

—Pero no tiene más atractivos —le recordó ella—. Las normas son tan complejas que aún no he encontrado la forma de hacer dinero con él.

Jordan se encogió de hombros.

—Dudo que alguien la haya encontrado. Teóricamente, la casa sólo tiene una ventaja del uno por cien en el bacará, pero como la gente no entiende de matemáticas, pierde dinero en cantidades enormes. No sé por qué les gusta tanto.

—Por la imagen que da —comentó Alyssa—. Todo el mundo va tan bien vestido que tienes la impresión de ser especial y rico. En el mundo del juego, la ilusión lo es todo.

Jordan la miró.

—Eso es verdad; pero tú y yo sabemos ver más allá de la ilusión. Nuestra magia es posible porque conocemos las leyes de las matemáticas y tenemos talento con ellas.

—Sí, supongo que sí.

Ya habían entrado en el ascensor, y Alyssa se estremeció ante la

promesa inmediata de otra noche de amor. Aunque hablaran de juegos y de matemáticas, sólo pensaba en el placer que los esperaba. La perspectiva resultaba tan embriagadora, tan emocionante, que le costaba seguir su conversación.

Cuando salieron al pasillo, Alyssa trastabilló. Sólo fue un paso en falso, pero Jordan tardó menos de un segundo en pasarle un brazo alrededor de la cintura para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—Asombroso —dijo ella.

Jordan abrió la habitación y preguntó:

—¿Qué es asombroso?

—Tú.

Tras cerrar la puerta, él la abrazó y la miró a los ojos.

—¿Y puedo saber por qué te parezco maravilloso?

—Porque eres fuerte, sólido, real —contestó, pasándole los brazos alrededor del cuello—. Y se supone que las fantasías no son reales.

Jordan se puso serio de repente, pero Alyssa tardó un poco en darse cuenta porque en ese momento estaba admirando su boca.

—Alyssa…

—¿Sí?

—No cometas nunca el error de pensar que no soy real. No me incluyas en la categoría de las ilusiones; si lo haces, tardarás en darte cuenta de que estás jugando el primer juego real de tu vida. Y en ese caso te garantizo que perderás.

Alyssa no dio importancia a la advertencia de Jordan. Estaba tan encantada con aquel mundo de sensaciones que le pareció una broma.

Capítulo 8

El avión que la llevaba a Los Ángeles había llegado a los quince mil pies de altura cuando Alyssa se acordó de que al viernes siguiente tenía que organizar una fiesta. Automáticamente, se giró en el asiento y miró hacia Las Vegas, pero la ciudad del desierto ya estaba fuera de su alcance visual.

Supuso que Jordan habría tomado un taxi al salir del aeropuerto y que se dirigiría a su hotel para prepararse. A fin de cuentas, se podía afirmar que trabajaba en el turno de noche. Y cuando ella estaba con él, hacía lo mismo.

Sin embargo, la otra vida de Alyssa era completamente diferente. La ilusión de Las Vegas había terminado; a partir de ese momento se enfrentaba a otra semana como ejecutiva de una empresa de investigación estadística.

Miró la revista que tenía en el regazo y pensó que se había dejado dominar por su mundo de fantasía.

Era la primera vez que sucumbía de esa forma ante un hombre. Nunca había sido de la clase de personas que mantenían relaciones o aventuras esporádicas; pero, evidentemente, había cambiado. Había descubierto una faceta de sí misma que, hasta entonces, desconocía por completo.

No podía culpar a Jordan de lo sucedido. Aunque la hubiera hechizado, era una mujer adulta y responsable de sus actos; una mujer que, por otra parte, estaba acostumbrada a caminar junto al precipicio de la ilusión de Las Vegas.

Pero jamás se había encontrado con un peligro como el de

Jordan. En la fantasía de Alyssa no había hombres; no había tentación ni seducción ni sexo. Y eso también había cambiado, gracias a un hombre que no se parecía a ninguno de los que habían pasado por su vida.

Desde el desastre de su matrimonio con Chad Emerson, sabía que mantenerse alejada de las relaciones amorosas le costaría poco. Tenía muchas cosas que hacer y que conseguir en su carrera profesional. Pero a pesar de ello, de vez en cuando se acordaba de su año y medio de matrimonio y se sentía humillada por su propia estupidez.

Su padre había hecho todo lo posible por darle una buena educación; quería que Alyssa ocupara un lugar tan importante como el suyo en el mundo académico, así que se empeñó en que estudiara Matemáticas. A ella no le importó porque siempre le habían gustado, pero tuvo que renunciar a su deseo de estudiar matemáticas puras y concentrarse en las aplicadas, que no le gustaban tanto.

Alyssa sabía que su padre se sintió muy decepcionado cuando se demostró que nunca llegaría a ser tan buena como él en esa disciplina. Pero durante el último año de la carrera, creyó encontrar la forma de recuperar su respeto.

Fue entonces cuando Chad Emerson se fijó en ella.

Chad era un alumno brillante que estaba al tanto de la influencia de su padre; sabía que si Joseph Chandler se convertía en su suegro, tendría el camino despejado. A fin de cuentas, tener contactos era más importante que tener talento.

La empezó a cortejar con tanto ahínco que Alyssa quedó prendada de él. Cuando su padre lo conoció, se llevó una alegría; parecía pensar que, si su hija no tenía la inteligencia necesaria para ocupar su puesto entre los matemáticos de primera fila, al menos se casaría con alguien que lo conseguiría.

Deseosa de satisfacer a su padre y halagada por las atenciones de Chad, a quien siempre había admirado desde un punto de vista profesional, Alyssa respondió positivamente cuando le pidió que se casara con él.

Mientras pensaba en ello, se dio cuenta de que casi toda su vida había estado a expensas de los deseos de otros. Primero, de los deseos de su padre; y después de los de su esposo, a quien pagó los

estudios *post* universitarios para apoyarlo en su camino hacia la gloria.

Pero no reprochaba nada a Chad; estar con él y dedicarse a entretener a sus brillantes amigos había servido para que se sintiera un miembro más de la élite de los matemáticos, un mundo que siempre había adorado.

Durante un tiempo, Chad fue feliz con Alyssa, que había encontrado un empleo muy bien remunerado. Además, Joseph Chandler se desvivía por ayudar a su yerno y presentarle a las personas que debía conocer. Pero un año y medio después de la boda, a Chad le ofrecieron un puesto de profesor en la universidad. El mundo académico reconocía su talento y le abría sus puertas.

Chad conoció a una mujer que le pareció más adecuada que Alyssa para su nivel intelectual. Ya no necesitaba el apoyo de Joseph Chandler, de modo que pidió el divorcio, lo obtuvo y se casó con su nuevo amor, una profesional de talento indudable que lo ayudaría a seguir subiendo peldaños.

Desde entonces, Alyssa se había repetido una y mil veces que divorciarse de Chad fue lo mejor que le podía haber pasado. Nunca se había sentido totalmente cómoda en su mundo. Además, era consciente de que los había utilizado a su padre y a ella para abrirse camino.

Sin embargo, se llevó una decepción cuando sus amigos le dieron la espalda; habían estado a su lado porque se sentían atraídos por la inteligencia de Chad; sin él, no les servía.

Para empeorarlo todo, su padre se llevó una decepción añadida porque consideraba que no había sido capaz de retener a su esposo.

La reacción de Alyssa fue radical e inmediata. Si no tenía el talento necesario para triunfar en el mundo académico, les demostraría a todos que podía tener éxito en otros campos; concretamente, en un campo en el que sus conocimientos de las matemáticas resultaban tan convenientes como rentables.

Empezó a trabajar en el mundo de los negocios y se mostró más que capacitada para llegar a lo más alto. Tenía una aptitud natural para la estadística y las leyes de la probabilidad y estaba decidida a ser tan buena en su trabajo como su padre y Chad en los suyos.

Por desgracia, Joseph Chandler se mató en un accidente de automóvil cuando ella empezaba a demostrar sus verdaderas

habilidades, y Alyssa nunca llegó a saber si había recuperado el respeto de su padre. Pero lejos de desaparecer, su determinación de triunfar se hizo más fuerte. Y se había dedicado a ello en cuerpo y alma durante los dos años anteriores.

Más tarde, descubrió el mundo del juego a través de Ray y de Julia Burgess. Los casinos resultaron ser una válvula de escape perfecta para su tensión. De vez en cuando, se preguntaba qué habrían pensando Chad o su padre de haber sabido que las cartas y los dados eran el único campo de las matemáticas donde ella llegaba a la genialidad. Sin embargo, conocía la respuesta: se habrían enfadado.

La ilusión del juego le daba justo lo que necesitaba; liberaba el lado alegre, divertido y juguetón de su personalidad. Sus ojos sólo se iluminaban con malicia cuando estaba en un casino. Disfrutaba tanto que, a veces, cuando volvía al mundo real, aún llevaba en sus labios la sonrisa de jugadora.

Necesitaba huir del trabajo y de las obligaciones. Necesitaba entregarse a una fantasía que le permitía demostrar su talento.

Alyssa sabía desde el principio que el juego se podía convertir en una amenaza para su estilo de vida y para su carrera. Entonces se dio cuenta de que el truco consistía en mantener los dos mundos perfectamente separados. Y, además de haberlo conseguido, sentía cierta satisfacción por ello.

Pero el equilibrio se habría roto ese fin de semana. Jordan Kyle le había enseñado que algunas cosas importantes escapaban a su control. Había aparecido en mitad de su fantasía y la había hecho más real y en consecuencia más peligrosa de lo que habría creído posible.

Se preguntó qué opinión tendría de ella. En el fondo, Las Vegas era un lugar tan conservador y tradicionalista como todo el interior de Estados Unidos. Cuando una mujer jugaba, se daba por sentado que jugaba con el dinero de un hombre; de hecho, una mujer sólo podía ser una buscona, una prostituta, una esposa o una madre.

Sin embargo, Jordan Kyle parecía la excepción a la regla. Admiraba sinceramente sus habilidades, y Alyssa se preguntó si ése era el motivo por el que se había sentido tan atraída por él.

Cerró los ojos y rememoró el fin de semana. Ser consciente de que Jordan sabía lo que estaba haciendo y de que apreciaba su

talento para el juego había sido un incentivo maravilloso. Formaban una pareja de magos de las matemáticas que compartían secretos desconocidos para la mayoría.

Además, a la fascinación intelectual se le había sumado un grado de pasión física desconocido hasta entonces para ella. Jamás habría creído que se pudiera sentir tanto placer. Y la suma de los dos factores era tan adictiva que ardía en deseos de volver a Las Vegas el fin de semana siguiente.

Pero la fiesta del viernes era importante para su otra vida. Lo era porque debía entretener a su jefe y a su esposa, entre otras personas de su profesión; y también lo era porque vería a sus amigos y podría retomar su vida social.

Alyssa seguía pensando que Las Vegas era una fantasía y que no debía interferir en la realidad. Si los dos mundos se cruzaban, si se llegaba a saber que era una jugadora profesional, perdería todas las cosas por las que había trabajado tanto.

Suspiró, apoyó la cabeza en el asiento del avión y puso una mano sobre el bolso que contenía sus ganancias del fin de semana.

Decidió que llamaría por teléfono a Jordan para avisarlo de que no podría llegar el viernes; pero supuso que reservar un vuelo para el sábado por la mañana no sería un gran problema.

Cuando por fin llegó al aeropuerto de Los Ángeles y se subió a su coche, que había dejado en el aparcamiento, estaba agotada. Arrancó y se dirigió a Ventura. La agradable ciudad de la costa de California, situada entre Los Ángeles y Santa Bárbara, había sido su hogar durante cuatro años, desde que aceptó el empleo en Yeoman Research. A decir verdad, su sentía afortunada por haber encontrado una casa en la playa; ahora ganaba lo suficiente para permitirse ese lujo.

Al cabo de un rato, mientras aparcaba en el garaje de su casa, pensó con humor que, algún día, su otro trabajo le permitiría comprarse un Porsche. También lo podía conseguir si la ascendían en la empresa, pero no lo encontraba tan satisfactorio. Comprarse un deportivo con los beneficios del juego era más interesante.

Salió del garaje y entró en su hogar por la puerta de la cocina. La casa daba al océano, y en los días despejados se podían ver las islas del canal. Alyssa había escogido los muebles en función de las vistas, aumentando el ambiente costero con tonos blancos y

amarillos, plantas exuberantes y persianas venecianas que protegían el interior durante los cálidos días del verano.

Agotada y consciente de que el día siguiente sería duro, apagó las luces y se dirigió al dormitorio. Cuando se levantara, iría al banco a ingresar el dinero; y por la tarde, llamaría a Jordan y le explicaría el motivo por el que se iba a retrasar.

Estaba sorprendida por haber asumido su relación amorosa con tanta naturalidad. Pero más tarde, cuando se acostó, no albergaba la menor duda sobre sus deseos; el sábado subiría a un avión y regresaría a Las Vegas. Sencillamente, la atracción hacia Jordan Kyle era tan fuerte que no se podía resistir.

Aquella noche soñó con un hombre de ojos dorados y manos maravillosamente habilidosas. Y Alyssa se entregó al sueño como se había entregado a él.

Capítulo 9

El mundo que Alyssa llamaba «real» volvió con todas sus complicaciones cuando, a la mañana siguiente, entró en el despacho y vio que Hugh Davis estaba usando su tetera eléctrica.

No le molestó porque tuviera un sentido excesivo de la propiedad, sino porque Hugh Davis no le caía especialmente bien. Al fin y al cabo, era su contrincante directo en la lucha por el ascenso.

Sin embargo, apretó los dientes, sonrió y se acercó a saludar.

—Buenos días, Hugh. ¿Se ha vuelto a estropear la máquina de la oficina?

Alyssa dejó el bolso con los mil dólares en uno de los cajones de la mesa, lo cerró y se sentó. Llevaba un traje de color miel que además de enfatizar su figura, también enfatizaba su imagen profesional. Daba una imagen firme y distante, radicalmente distinta a la mujer de Las Vegas.

Hugh se dio la vuelta muy despacio, mientras servía el agua caliente en una taza, y le dedicó la mejor de sus sonrisas. Era obvio que se consideraba un hombre muy atractivo, pero Alyssa lo encontraba muy superficial y débil. Desde su punto de vista, Hugh tenía suerte de estar casado con una mujer de tanto carácter como su esposa, Cari; aunque en la oficina se rumoreaba que tenía una aventura con otra mujer.

—Buenos días, Alyssa… No, la máquina no se ha vuelto a estropear; pero ya sabes que no calienta bien el agua; he pensado que no te importaría que usara tu tetera —respondió—. ¿Qué tal el

fin de semana?

Alyssa sintió un escalofrío, pero lo disimuló. A fin de cuentas, todo el mundo preguntaba esas cosas por simple y pura educación.

—Bien, bien. ¿Y el tuyo?

—Ah, muy bien. Salí a navegar.

El tono de Hugh sonó algo distante, como si estuviera pensando en otra cosa. Alyssa desconfió de él, porque tenía la impresión de que últimamente la miraba demasiado. Sólo esperaba que no se hubiera encaprichado de ella.

—McGregor querrá el resultado del nuevo análisis estadístico que probamos hace unos días. Te recuerdo que el cliente lo quiere para mañana —dijo ella.

—No te preocupes; los datos están preparados y sólo hay que pasarlos al ordenador. Lo tendremos esta misma tarde. ¿Quieres que nos reunamos para discutirlo?

Alyssa alcanzó un bolígrafo y empezó a dar golpecitos en la mesa, impaciente. Le desagradaba la idea de reunirse con él, pero trabajaban juntos en el proyecto y tendrían que presentárselo juntos al cliente.

—¿Te parece bien a las tres? —respondió.

—Por supuesto. Salvo que prefieras que quedemos después del trabajo… —le ofreció él.

—No, prefiero hacer el trabajo en las horas de trabajo —afirmó ella.

—En eso no estoy de acuerdo contigo. En nuestra posición, conviene que los jefes sepan que estamos dispuestos a trabajar a cualquier hora. Además, se supone que un directivo de una empresa no está limitado a un horario de ocho horas.

—Me parece perfecto que tengas esa teoría; pero desde mi punto de vista, la mejor forma de demostrar compromiso laboral es hacer bien el trabajo y hacerlo a tiempo, sin necesidad de horas extraordinarias.

—Bueno, ya veremos quién impresiona más a McGregor, ¿no te parece? Pero no te preocupes demasiado, Alyssa; cuando consiga ese ascenso, recordaré lo que has dicho sobre los horarios laborales.

Hugh salió del despacho y cerró la puerta.

Alyssa frunció el ceño. No sabía si la última frase era una amenaza o una simple broma. Aunque Hugh resultaba hueco y

superficial en muchos sentidos, tenía una veta maliciosa.

En circunstancias normales, jamás lo habría invitado a la fiesta del viernes; pero si no lo invitaba, sus compañeros de trabajo notarían su ausencia y pensarían que lo había excluido porque competía con ella por el ascenso.

Suspiró y encendió el ordenador. Detrás de aquella pantalla estaba todo lo que le gustaba de aquel trabajo: la belleza de las matemáticas.

A mediodía, sacó el bolso del cajón y fue al banco a ingresar los mil dólares. Cuando llegó la hora de comer, se tomó un quiche lorraine y una ensalada y se empezó a animar ante la perspectiva de volver a oír la voz de Jordan.

Sin embargo, su alegría se evaporó cuando llamó más tarde a su hotel. La recepcionista le dijo que el señor Kyle no estaba en su habitación.

—¿Quiere dejar algún mensaje? —preguntó la mujer.

—No, gracias. Volveré a llamar después.

Alyssa miró la hora y pensó que estaría comiendo. Por otra parte, daba por sentado que Jordan no pasaba mucho tiempo en su habitación.

Tras considerarlo un momento, pensó que volvería a llamar y que le dejaría un mensaje si seguía sin volver.

Repitió la llamada a las nueve, con el mismo resultado; sin embargo, prefirió no dejar un mensaje porque había decidido llamar otra vez antes de acostarse, y albergaba la esperanza de poder hablar con él.

Lamentablemente, su último intento fue tan infructuoso como los anteriores. Alyssa supuso que estaría trabajando y decidió dejar el asunto para la mañana siguiente.

Dos horas después, el teléfono la sacó de un sueño profundo; pero se despabiló de inmediato, pensando que sería él, y levantó el auricular.

—¿Dígame?

Nadie respondió.

—¿Dígame? —repitió ella.

Como tampoco obtuvo respuesta, colgó el teléfono y lo desenchufó, pensando que se habrían equivocado o que sería algún gracioso que intentaba molestar.

Durmió de un tirón, sin más interrupciones. Y al día siguiente, volvió a llamar al hotel de Las Vegas.

—Lo siento. Según parece, el señor Kyle ya no se aloja en esa habitación —la informaron.

—¿Cómo dice?

Alyssa se estremeció de temor. La idea de ver a Jordan la había acompañado a lo largo de la semana y había llenado de alegría sus días y sus noches. Era una especie de promesa que mejoraba la realidad y que hasta conseguía que Hugh Davis le pareciera más tolerable. Pero al parecer, la promesa se había desvanecido.

—Si no desea nada más… —dijo en ese momento la recepcionista.

—No, por favor, no cuelgue aún. ¿Podría comprobar su lista de clientes? Acabo de caer en la cuenta de que el señor Kyle tenía intención de dejar su habitación anterior y reservar otra en ese mismo hotel.

—Por supuesto. Espere un momento.

Durante los segundos siguientes, Alyssa se mordió el labio inferior con nerviosismo. No era posible que Jordan se hubiera marchado. No podía serlo.

Además, su corazón se había acelerado tanto que casi se asustó. Hasta aquel momento no había sido consciente de la importancia que tenía para ella su relación con Jordan Kyle. No sabía cómo ni por qué, pero lo que aparentemente era una aventura sin complicaciones se había convertido en algo crucial; tanto, como para ponerla al borde de un ataque de nervios.

—¿Señorita?

—Sí, dígame…

—Parece que el señor Kyle se ha cambiado a otra habitación. Si tiene la amabilidad de esperar un momento, lo pondré con él.

Alyssa suspiró de alivio.

—Gracias.

Segundos después, la recepcionista volvió a hablar.

—Me temo que no responde…

Alyssa maldijo su suerte.

—¿Podría dejarle un mensaje?

—Desde luego.

—Dígale que Alyssa ha llamado y que tiene un compromiso

previo que le impide llegar el viernes, pero que estará allí el sábado por la mañana. Puede llamarme a este número de teléfono…

Tras darle el número y las gracias, cortó la comunicación, aliviada. No estaba especialmente preocupada; pensaba que Jordan recibiría el mensaje y que llamaría para saber lo que había pasado.

Aquella noche, cuando ya se había acostado y estaba leyendo un libro sobre la vida de Hipada, la matemática griega, el teléfono empezó a sonar. Alyssa dejó el libro a un lado y respondió a toda prisa.

—¿Sí? ¿Dígame?

Al igual que la noche anterior, no obtuvo más respuesta que el silencio.

Molesta, colgó y volvió a desenchufar el teléfono. Incluso pensó que, si seguía recibiendo esas llamadas, se pondría en contacto con la compañía telefónica. Cabía la posibilidad de que fuera algún perturbado.

Regresó al libro de Hipatia, una mujer increíblemente brillante que siempre había rechazado las ofertas de matrimonio con el argumento de que ya estaba casada con la verdad; lo cual, por supuesto, no había impedido que mantuviera varias relaciones amorosas de importancia.

Alyssa sonrió al pensar en la matemática y filósofa griega. Estaba convencida de que Hipatia no se había casado con nadie porque no había encontrado a un hombre que le gustara, que la comprendiera y que diera satisfacción a sus necesidades intelectuales y físicas. No en vano, era un personaje muy conocido en su época; una mujer adelantada a su tiempo que terminó asesinada por fundamentalistas religiosos.

Antes de quedarse dormida, se preguntó qué habría hecho Hipatia si hubiera tenido la suerte de encontrar su media naranja. Llegó a la conclusión de que habría mantenido una relación apasionada, pero sin llegar a casarse con él, ya que su ocupación era muy absorbente. Alyssa entendía bien el problema, sabía que la investigación y el estudio podían implicar un compromiso total.

Sin embargo, y por mucho que le gustaran las matemáticas, era consciente de que carecía de ese tipo de habilidad y dedicación. Si encontraba al hombre adecuado, incluso cabía la posibilidad de que se replanteara la decisión de no volver a casarse; siempre y cuando,

el hombre adecuado quisiera.

En ese momento, se acordó de que Jordan había comentado que la familia y las relaciones estables no estaban hechas para los jugadores profesionales. Y debía de saberlo bien, porque le faltaba poco para cumplir los cuarenta y no se había casado nunca. Además, ella no se podía casar con un jugador; si se casaba con él, perdería su trabajo en la empresa.

Por fin, se quedó dormida. Pero Jordan tampoco la llamó al día siguiente, miércoles.

Esperó su llamada hasta las diez en punto de la noche y decidió llamar otra vez al hotel de Las Vegas. Esperaba que la recepcionista no reconociera su voz, o que hubiera otra persona en recepción. No quería que la tomara por una pesada que perseguía a uno de los clientes del establecimiento.

Pero no tuvo tanta suerte.

—Ah, sí, señorita Chandler… No se preocupe; el señor Kyle recibió su mensaje. Se lo di anoche —explicó la mujer—. ¿Necesita alguna otra cosa?

—No, muchas gracias.

Alyssa colgó y se dejó caer en su sofá, de color blanco.

Kyle había recibido su mensaje la noche anterior y no la había llamado.

Se sintió dominada por temores nuevos; a fin de cuentas, lo conocía muy poco. Cabía la posibilidad de que mantuviera una relación con otra persona. Las Vegas estaba llena de mujeres preciosas y dispuestas a entregar sus favores a hombres como Jordan Kyle, con mucho dinero en el bolsillo.

Pero por otra parte, se dijo que no podía esperar que Jordan se atuviera necesariamente a sus normas y convenciones; ni que se quedara en el hotel por la noche para llamarla a casa, porque no le había dado el número del trabajo.

Cuando llegó la noche del jueves, ya se había convencido de que había encontrado a otra mujer. Estaba desesperada y lo odiaba al mismo tiempo, pero se resistió a la tentación de volver a llamar al hotel.

El viernes por la mañana, tomó la decisión de no ir a Las Vegas. Su orgullo no se lo permitía.

Y por fin, llegó la fiesta.

Alyssa había invitado a su jefe y a la mayoría de sus compañeros de trabajo. Con su eficacia habitual, había hecho los preparativos la noche anterior; pero salió antes del trabajo para dar los últimos toques.

—No es como si acabaras de perder al amor de tu vida —se dijo en voz alta mientras preparaba la ensalada de alcachofas, aguacate y papaya—. Sólo has pasado un fin de semana con ese hombre. En cierta forma, tengo suerte de que sólo haya sido un fin de semana.

Pero Alyssa no se sentía precisamente con suerte; entre otras cosas, porque no creía en la suerte.

Mientras ponía la mesa y abría dos botellas de vino, se acordó de que Jordan tenía la opinión contraria. Él creía en la suerte y le gustaba probarla, como había demostrado cuando le pidió que metiera aquella moneda en la máquina tragaperras.

Tras sacar los platos de pasta, el salmón ahumado y el pastel de champiñones, Alyssa miró la comida e intentó sentirse satisfecha con el resultado. Pero su cabeza estaba en otra parte, imaginando a Jordan en brazos de otra mujer.

Media hora antes de que los invitados empezaran a llegar, se dirigió al dormitorio con intención de vestirse. Al final, eligió una blusa de color blanco y negro, de seda, y la combinó con unos pantalones negros del mismo material. Después, se cepilló el cabello y se miró en el espejo, pero estaba tan angustiada que ni siquiera se vio.

Los primeros invitados llegaron antes de tiempo. Alyssa se alegró porque la obligarían a comportarse como una anfitriona perfecta y no tendría más remedio que olvidarse de Jordan Kyle.

—Le dije a Alice que llegáramos antes para poder disfrutar de la puesta de sol —explicó Dirk Banning con una sonrisa.

—Tienes una casa realmente preciosa —comentó Alice, mientras miraba la playa y el cielo—. Es perfecta para el verano…

Su jefe, David McGregor, llegó en compañía de una mujer elegante y de cabello canoso que resultó ser su esposa. Alyssa les estaba dando la bienvenida en la entrada cuando vio que Hugh y Cari Davis caminaban hacia la casa.

Alyssa tuvo la sensación de que Cari la miraba con cara de pocos amigos, pero no estuvo segura porque McGregor se acercó entonces y se puso a charlar con ellos. Su jefe, un hombre jovial que seguía

siendo atractivo a sus sesenta y tres años, no dejó caer ninguna insinuación sobre a quién prefería para el ascenso. Pero a ella no le extrañó; la actitud agradable y educada de McGregor ocultaba la inteligencia y el saber hacer de un hombre que llevaba muchos años en el mundo de los negocios.

En un determinado momento, Cari se giró hacia Alyssa. Su boca sonreía, pero sus ojos expresaban algo muy diferente.

—Veo que has cubierto todos los ángulos —afirmó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alyssa.

—Oh, nada. Sólo me refiero a que intentas asegurar tu futuro profesional con independencia de que seas tú o Hugh quien se lleve el ascenso —respondió con ironía.

Alyssa se quedó boquiabierta. Por suerte, Mildred McGregor las interrumpió para hacer un comentario sobre las vistas.

—Pues has llegado en el momento oportuno, a tiempo de ver la puesta de sol —dijo Alyssa a la mujer de su jefe—. Permíteme que te traiga una copa antes de que salgas al porche. ¿Qué te apetece tomar?

Mildred respondió y Alyssa se dirigió a la cocina. Mientras le preparaba la copa en cuestión, se preguntó a qué vendría la actitud de Cari. Nunca habían sido buenas amigas, pero siempre se habían llevado bien. Supuso que estaría ansiosa porque, obviamente, quería que su esposo se llevara el ascenso.

Tras dar su copa a Mildred, alcanzó las bandejas de canapés y salió al porche.

Al cabo de un rato, estaba charlando con una de las invitadas cuando el timbre de la puerta sonó.

—Discúlpame —se excusó ante su interlocutora.

Entró en la casa, cruzó el salón y caminó hacia la puerta principal con el ceño fruncido. No sabía quién podía ser. Como todos los invitados habían llegado, pensó que estarían haciendo ruido y que habrían molestado a algún vecino.

—Si hacemos demasiado ruido, le aseguro que…

Alyssa no llegó a terminar la frase. Se quedó sin habla.

—Buenas noches, cariño.

—¡Jordan! —exclamó, atónita.

—No te quedes ahí como si acabaras de ver un fantasma. Si no recuerdo mal, te advertí contra el error de pensar que yo era una

ilusión.

Justo entonces, Alyssa se dio cuenta de que Jordan no sólo se había presentado en su casa sin previo aviso, sino que además estaba enfadado.

Capítulo 10

Alyssa se humedeció los labios con la lengua y lo volvió a intentar.

—¿Es que no recibiste mi mensaje?

No se podía mover; seguía aferrada al pomo de la puerta, completamente intimidada por aquel hombre alto de chaqueta de ante negro, camiseta negra y pantalones oscuros. Hasta su cabello, castaño, le pareció negro en la penumbra del crepúsculo. Y sus ojos dorados brillaban como los faros de un vehículo en plena noche.

Sintió la necesidad de salir corriendo.

—Por supuesto que recibí tu mensaje. Por eso estoy aquí en lugar de esperarte inútilmente en la terminal de Las Vegas.

Jordan dio un paso adelante, obligándola a retroceder.

—No entiendo —acertó a decir ella—. Ni siquiera me has llamado por teléfono. Esperaba que me llamaras cuando recibieras el mensaje.

Él extendió un brazo y le acarició el cuello.

—No llamé porque estaba muy enfadado y no quería decirte ciertas cosas por teléfono. Prefiero hacerlo en persona.

—Pero…

—Me dije que debía olvidarte —la interrumpió—, que me habías mentido y que no tenías intención de volver a Las Vegas.

—¡Eso no es cierto! —protestó—. Pensaba ir el sábado…

—No te creo, Alyssa. Creo que sólo te has buscado una excusa para no verme.

—Te equivocas, Jordan; no era una excusa. Pero no deberías

estar aquí… estoy dando una fiesta para mi jefe y mis compañeros de trabajo —declaró, angustiada.

—Ah, sí, supongo que ése era el compromiso previo que tenías —ironizó.

—Por supuesto que lo es —afirmó con indignación—. Quedé con ellos hace dos semanas, pero me había olvidado por completo. Cuando lo recordé, te llamé al hotel para advertirte. Pero nunca estás localizable.

—Tengo muchas cosas que hacer —dijo, sin más.

—Sí, apuesto que sí —se burló.

—Eso es exactamente lo que estaba haciendo, apostar. Es mi profesión. Aunque supongo que también lo habrás olvidado, porque tu otra vida y tus otros compromisos te parecen más importantes que un hombre al que conociste en Las Vegas.

—Jordan, te dije la verdad. La fiesta no es ninguna excusa.

—Oh, eso ya lo sé; y también sé que no mientes al afirmar que se te había olvidado; pero lo recordaste al volver a Ventura porque tú crees que éste es tu mundo real y que Las Vegas y yo sólo somos una ilusión. Vas a jugar de vez en cuando y te diviertes un poco, pero luego regresas a tu trabajo, a tus amigos normales y a tus compromisos previos.

—Jordan…

—Esta vez has cometido un error, cariño. Esta vez has dejado atrás a un hombre que no quiere ser un amante de fin de semana. Si quieres algo de mí, tendrás que poner algo de tu parte y dedicarme espacios que no entren en conflicto con tus compromisos previos.

—¿Quieres dejar de decir eso?

—¿El qué? ¿Compromisos previos? Me limito a citar tus palabras; es la expresión que utilizaste cuando dejaste el mensaje en el hotel. Estaba en la nota que me dieron.

—¿No podríamos hablar más tarde? —le rogó.

Alyssa estaba desesperada. Había creído que podía separar sus dos vidas e impedir que se entrecruzaran, pero se había equivocado y ahora no sabía qué hacer.

—Desde luego. Hablaremos después de cenar —respondió él, mirando hacia el interior de la casa—. Por cierto, ¿qué hay de cena? Estoy hambriento.

—Jordan, no te puedes quedar a cenar. Mi jefe y mis

compañeros de trabajo están afuera, en el porche delantero.

—No, en eso también te equivocas. Uno de tus invitados camina hacia nosotros en este mismo momento.

Jordan entró en la casa, sonrió y saludó al hombre que se acercaba.

—Encantado. Soy Jordan Kyle. Me temo que me he retrasado un poco…

David McGregor estrechó la mano de Jordan y le devolvió la sonrisa.

—Pues tienes suerte, porque todavía no nos hemos comido los deliciosos canapés que Alyssa nos ha preparado. Yo soy David McGregor, el jefe de Alyssa en Yeoman Research.

Alyssa sintió vértigo. Sus dos mundos acababan de entrar en contacto. Si McGregor llegaba a saber que Jordan era un jugador profesional y que lo había conocido en Las Vegas, adonde ella iba casi todos los fines de semana, lo perdería todo.

Desesperada, intentó encontrar una forma de librarse del desastre. Y para su asombro, la encontró.

—Me alegra que hayas podido venir al final, Jordan —declaró con la mejor de sus sonrisas—. Sé que McGregor y los demás estarán encantados de conocerte.

Alyssa se giró hacia su jefe y siguió hablando.

—Jordan es un hombre tan ocupado que pensé que no vendría. Es un experto en la teoría de la probabilidad… a decir verdad, uno de los mejores en su campo. Estoy segura de que tendréis mucho de lo que hablar. Ahora está trabajando en un proyecto de investigación en Nevada.

—Ah, vaya, trabajas en el mismo campo que Alyssa —dijo McGregor.

—Sí, efectivamente. Tenemos intereses comunes.

Jordan la miró de un modo tan amenazador que ella tuvo miedo de que dijera la verdad para vengarse.

—¿Te apetece una copa, Jordan? —dijo a toda prisa—. Anda, ven conmigo a la cocina y te prepararé algo.

—Gracias, Alyssa. Ha sido una semana larga y extraordinariamente frustrante —murmuró—. Necesito una copa.

McGregor rió y dijo:

—Comprendo cómo te sientes, Jordan. A mí me suele ocurrir

con frecuencia… En fin, te veré en el porche. Pero no tardes mucho; ya queda poca luz, y las vistas de la casa de Alyssa son maravillosas.

McGregor se marchó y Alyssa llevó a Jordan a la cocina.

—Un *whisky* con soda estaría bien —le sugirió él.

Ella sacó una botella de *whisky* se dispuso a servirlo, pero Jordan notó que su mano temblaba y le arrebató la botella.

—Una marca excelente —dijo mientras se servía—. Y como esta noche estoy libre, no veo por qué no puedo divertirme con el resto de tus invitados. A fin de cuentas soy uno de los mejores de mi campo, ¿verdad?

Alyssa se lamió los labios, intentando pensar.

—Jordan, esto va a ser muy incómodo para los dos.

—No, ni mucho menos. Ardo en deseos de conocer a tus amigos… pero discúlpame; quiero salir al porche y unirme a tus invitados. No me perdería esas vistas por nada del mundo.

—Jordan, por favor…

Jordan no le hizo caso. Salió de la cocina y se dirigió al porche.

Alyssa se sentía atrapada. Conocía a Jordan y estaba convencida de que permitir su presencia en la fiesta sería catastrófico. Como permitir que un lobo se paseara tranquilamente entre un montón de aburridas y conservadoras ovejas.

Cuando llegó al porche, Jordan estaba enfrascado en una conversación con David McGregor y su esposa. Además, McGregor se dedicaba a presentarlo a todos los que se acercaban y les decía que era un experto en la teoría de la probabilidad.

Junto entonces, Cari Davis se acercó a ella y le dedicó una sonrisa más helada que el Polo Norte.

—Vaya, veo que no pones todos los huevos en una cesta. Muy inteligente de tu parte. Aunque siendo como eres una profesional —dijo con ironía—, estoy segura de que tendrás mucha experiencia en estos casos.

—¿Cómo? —preguntó Alyssa, perpleja.

—Me refiero a ti y al encantador señor Kyle. Supongo que tener dos hombres a tu disposición es más conveniente que tener sólo uno.

Alyssa no supo qué decir. Obviamente, Cari creía que mantenía algún tipo de relación amorosa con Hugh; pero no le dio ocasión de defenderse, porque se marchó al instante.

Durante los minutos siguientes, se dedicó a pasear de un lado a otro con la bandeja de canapés. Intentaba ser la anfitriona perfecta y no mirar hacia el pequeño grupo que se había formado alrededor de Jordan.

—Ah, estás aquí…

Al oír la voz de Mildred, se sobresaltó.

—Te estaba buscando —continuó la esposa de su jefe—. Acabo de conocer a tu amigo Jordan y me parece un hombre increíble. ¿Quién habría pensado que un matemático podía ser tan fascinante? Te confieso que en el colegio odiaba las matemáticas… pero tu Jordan es tan interesante como divertido.

—¿Divertido? —preguntó Alyssa con inseguridad.

—Sí, por supuesto que sí. Por lo visto, acaba de volver de un viaje al extranjero y ha regresado con un montón de historias a cual más entretenida. Pero discúlpame, quiero volver con el grupo. Adoro los chismes…

Alyssa se quedó con la bandeja en las manos, completamente asombrada. Jordan se estaba ganando a sus invitados, y por lo visto lo hacía tan bien que se había convertido en el centro de la fiesta.

Capítulo 11

Al cabo de una hora, Alyssa se sentía como si llevara toda una noche caminando sobre una cuerda floja, a punto de caer. Tenía la seguridad de que, en cualquier momento, Jordan le haría perder el equilibrio. Creía que diría la verdad sobre su doble vida y destrozaría su mundo.

De hecho, estaba tan nerviosa que, cuando invitó a la gente a pasar al comedor y servirse la cena en el bufé, ya se había tomado cinco copas de vino.

—Por favor, servíos lo que queráis —dijo con una jovialidad que no sentía en absoluto.

El grupo empezó a avanzar hacia la mesa del bufé. Jordan se encontraba entre los que alcanzaron primero los platos y los cubiertos para servirse; no había duda de que interpretaba su papel a la perfección.

Alyssa se puso al final de la cola, incapaz de sentir entusiasmo alguno por la pasta, el salmón y el pastel de champiñones. Ya se había servido un poco ensalada a regañadientes cuando la voz de Jordan a su espalda la hizo girarse.

—Permíteme que te sirva una copa de vino blanco para acompañar la ensalada —dijo.

Jordan alcanzó la botella y le llenó la copa con toda la maestría y la seguridad de aquellas manos, que le despertaron recuerdos eróticos.

—¿Qué ocurre, cariño? Te has ruborizado…

—No pasa nada —afirmó ella—. ¿Qué estás haciendo, Jordan?

—Pasarlo bien. O maravillosamente bien, si tengo que ser sincero, porque hacía tiempo que no asistía a una fiesta como ésta.

—¿Como ésta? Qué tonterías dices. Es una fiesta perfectamente normal y rutinaria.

—Puede que lo sea para ti, pero no para mí. No suelo estar con personas respetables de sueldos elevados que gozan de todos los beneficios del sistema. Y gracias a ti, creen que soy uno de los suyos… es más, están convencidos de que soy una especie de genio en mi campo.

—No te entiendo, Jordan; no entiendo nada de nada. ¿Cuánto tiempo piensas seguir con esta farsa? —preguntó, desesperada.

—Me estoy divirtiendo mucho, cariño. ¿No quieres que tus invitados se diviertan? Vamos, ¿por qué no vienes conmigo, nos sentamos en tu sofá y disfrutamos de la cena que has preparado? Huele muy bien. Al parecer, tienes talento para muchas cosas.

Alyssa no tuvo más opción que seguirlo al sofá y unirse a los invitados que se habían acomodado a su alrededor.

—La pasta es excelente, Alyssa —comentó Ned Grummond—. Tienes que darme la receta antes de que me marche.

La figura grande y rolliza de Ned demostraba que la gastronomía le interesaba bastante; pero un segundo después, cuando se giró hacia Jordan y lo interpeló, Alyssa supo que también tenía otros intereses.

—Así que eres experto en la teoría de la probabilidad, ¿eh?

—Sí, me gano la vida con algunos aspectos de ese campo —respondió Jordan con amabilidad.

—Debo confesar que yo nunca he sido bueno para las matemáticas; apenas soy capaz de comprender mis extractos bancarios. Pero siempre me han fascinado. Y siempre he admirado mucho a la gente con cabeza para los números —afirmó—. ¿A qué te dedicas en concreto, Jordan? ¿Qué hace exactamente un experto en la teoría de la probabilidad?

Varias personas miraron a Jordan con interés, esperando su respuesta.

Alyssa se estremeció. La había metido en un buen lío; si la contestación de Jordan no era satisfactoria, su jefe y sus compañeros de trabajo se iban a quedar pasmados.

—Creo haber mencionado antes que Jordan no puede dar

demasiados detalles sobre sus proyectos —intervino rápidamente, decidida a salvar la situación—. Ten en cuenta que trabaja para el Gobierno.

—No te preocupes por eso, cariño —dijo Jordan—. Puedo hablar sobre mi trabajo sin revelar secretos de Estado. Además, Ned ha formulado una pregunta muy interesante… y ya sabes que lo que más adoro es el mundo es mi profesión.

Alyssa lo miró con horror. No se le ocurría nada para evitar lo inevitable, así que dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—¿Seguro que no quieres más pastel de champiñones?

—No, muchas gracias, estoy lleno —contestó Jordan—. En cuanto a tu pregunta, Ned, me temo que la teoría de la probabilidad hunde sus raíces en un mundo con bastante mala fama, el mundo del juego.

Ned y varios invitados más rompieron a reír.

—Bueno, no lo había pensado, pero supongo que tendrá aplicaciones directas…

Jordan asintió.

—Exactamente. De hecho, se dice que fue la curiosidad de los jugadores la que llevó a las preguntas que, con el tiempo, dieron pie a la teoría en cuestión.

—¿Qué clase de preguntas? —se interesó Lucy Chavez.

—Oh, preguntas como las que ciertos jugadores formularon a Galileo hace siglos. Querían saber cómo era posible que, al lanzar los dados, se repitieran unos resultados más que otros —respondió —. Con el tiempo, la duda de los jugadores profesionales llamó la atención de los matemáticos que desarrollaron la teoría; pero a pesar de todo lo que sabemos, sigue siendo más fácil de explicar si utilizamos los juegos como ejemplo.

—¿Juegos como la ruleta? —preguntó Lucy.

—En efecto. Has puesto un ejemplo magnífico, aunque también valdrían el *blackjack* y muchos de los juegos más famosos. Se supone que, a estas alturas, la gente que juega profesionalmente debería conocer a fondo la teoría de la probabilidad; pero os sorprendería muchísimo saber hasta dónde llega su ignorancia —declaró.

Alyssa se atragantó con un trozo de pan. Jordan reaccionó con rapidez y le dio unas palmaditas en la espalda, pero la interrupción

no sirvió nada; se llevó una mano al bolsillo, sacó una moneda de veinticinco céntimos y siguió hablando.

—Os explicaré un caso bastante sencillo. Supongamos que lanzo esta moneda diez veces y que sale cara en diez ocasiones seguidas. Pues bien, mucha gente pensaría que la vez siguiente hay más posibilidades de que salga cruz, ¿no es verdad?

—Claro —intervino Ned Grummond—. Si ha salido cara tantas veces, es lógico pensar que hay más posibilidades de que después salga cruz.

Jordan sonrió mientras pasaba la moneda hábilmente de un dedo a otro.

—Eso es lo que en mi profesión llamamos la falacia de Montecarlo; pero la probabilidad de que salga cara o cruz es la misma en cada lanzamiento. Si damos por sentado que esta moneda no es defectuosa ni está trucada, carece de importancia que la lancemos por undécima, sexta u octava vez… la posibilidad de que salga cara o salga cruz es siempre del cincuenta por ciento. Eso no cambia nunca.

Alyssa se levantó del sofá como un resorte y preguntó:

—¿Alguien quiere postre?

—Magnífica idea, cariño —respondió Jordan, antes de girarse hacia su audiencia—. ¿Alguien tiene una baraja de cartas?

—¿Una baraja? —dijo Alyssa, horrorizada.

—Sí, una baraja, cariño. Seguro que tienes una en la casa; todo el mundo las tiene, ¿no es así? Lo pregunto porque hay aspectos de las matemáticas que se explican mucho mejor con unas simples cartas.

Alyssa no tuvo más remedio que seguirle la corriente.

—Está bien, veré si encuentro alguna por ahí.

Angustiada y roja como un tomate, se alejó hacia la cocina. No podía creer lo que estaba pasando. Todo aquello le parecía irreal.

Cuando reapareció con la tarta de queso y la baraja, estaba inmersa en un sentimiento de fatalidad inminente. Tenía la seguridad de que la velada terminaría de forma desastrosa; y paradójicamente, fue esa seguridad lo que la calmó. Si no podía hacer nada por evitar un final catastrófico, ¿por qué preocuparse?

Le dio a Jordan el mazo de cartas y se alejó un poco del grupo, para contemplar la escena a cierta distancia. Jordan empezó a

barajar y ella pensó que aquellas manos fuertes, de dedos largos, estaban a punto de destrozar su carrera.

—¿Dónde conociste a Kyle, Alyssa?

Era Hugh. Se le había acercado por detrás sin que se diera cuenta.

—¿Que dónde lo conocí…? Bueno, Jordan es un colega mío, Hugh. Nos conocimos por motivos profesionales hace algún tiempo —acertó a responder.

—¿En serio? Pues yo diría que su interés por ti es algo más que profesional… te ha llamado cariño varias veces.

—Ah, bueno, es que Jordan siempre ha sido muy informal con esas cosas —dijo, forzando una sonrisa.

Justo entonces, Jordan apartó la mirada de las cartas con las que estaba haciendo su demostración y la clavó en Alyssa, que reconoció su expresión y se estremeció.

Obviamente, le disgustaba que Hugh Davis estuviera con ella.

—Corrígeme si me equivoco —declaró su compañero, acercándose más de lo necesario—, pero algo me dice que vas a recibir una buena reprimenda cuando los invitados se marchen. Por muy simpático que parezca tu amigo Jordan, me ha lanzado una mirada que no es precisamente de amistad y camaradería.

Alyssa se apartó de él.

—Si me disculpas, Hugh, creo que a David le apetecería otro pedazo de tarta.

Al girarse hacia el bufé, se dio cuenta de que Jordan no era el único que había notado su proximidad con Hugh Davis. Cari, su esposa, había contemplado la escena con una expresión tan sombría que sintió un escalofrío.

Se preguntó si aquella pesadilla terminaría alguna vez.

Pero al final, terminó. Y para asombro de Alyssa, no tuvo el final catastrófico que había imaginado desde que Jordan Kyle entró en la casa.

Increíblemente, cuando los invitados se empezaron a marchar, se acercaron uno tras otro a Jordan para despedirse efusivamente de él. Habían quedado encantados.

—Espero volver a verte, Jordan —dijo McGregor con entusiasmo, mientras le estrechaba la mano.

McGregor lanzó entonces una miradita a Alyssa y añadió:

—Supongo que te quedarás aquí con ella…

—Creo que sí —afirmó, siguiendo su mirada y sonriendo con complicidad—. No tengo intención de alejarme ni un milímetro de esa mujer.

Alyssa se dio cuenta de lo que ocurría y frunció el ceño antes de girarse hacia Lucy Chavez y su acompañante para despedirse.

—Buenas noches, Lucy. Nos veremos el lunes. Gracias por venir.

—Ya sabes que tus fiestas siempre me han gustado —dijo la otra mujer, entre risas—. Pero nunca habría imaginado que ésta resultara tan educativa… Si mis profesores de matemáticas me hubieran explicado las cosas de un modo tan entretenido como el de tu amigo Jordan, no me habría saltado tantas clases.

Jordan, que se había acercado a ellas, le dio las gracias por el comentario. Y Alyssa notó que su agradecimiento era sincero. Las palabras de Lucy le habían parecido realmente halagadoras.

Cuando por fin se marcharon todos, Alyssa no tuvo más remedio que admitir que su amante de Las Vegas se había convertido en la atracción de la noche. Todos habían creído que, en efecto, estaban hablando con un experto en la teoría de la probabilidad.

Ninguno se había dado cuenta de que en realidad era un jugador profesional.

Lentamente, se giró hacia él, entrecerró los ojos y el sentimiento de fatalidad que había albergado se transformó en ira.

—Te crees muy listo, ¿verdad, Jordan? —bramó.

Jordan la miró en silencio durante tanto tiempo que Alyssa se preguntó qué estaría pensando. Pero no tardó en salir de dudas.

—No me creo muy listo; soy listo —puntualizó con humor—. Por si no lo recuerdas, me gano la vida por el procedimiento de ser listo.

—Jordan Kyle… —dijo Alyssa en tono de advertencia.

Él echó un vistazo a su alrededor y comentó:

—De modo que así es como vives cuando no te estás divirtiendo en Las Vegas. ¿Éste es tu mundo real?

—Parte de él.

Jordan asintió.

—Pues he disfrutado mucho con tu mundo real, Alyssa. Me ha encantado que me tomaran por un estudioso de las matemáticas… es la primera vez que la gente admira mis habilidades; normalmente

las rechazan porque les parece que mi trabajo es indigno —afirmó—. ¿Sabes?, me gusta la idea de repetir la experiencia.

—No… no lo dirás en serio —susurró ella.

—Lo digo muy en serio, Alyssa. No voy a permitir que me relegues al mundo de Las Vegas o al de Reno. Quiero estar en todas tus vidas; no quiero ser el hombre con quien te acuestas los fines de semana mientras llevas una existencia normal y aburrida en Ventura durante los días laborables. Además, sería injusto; si tú puedes ir a jugar a mi mundo, yo debería poder jugar en el tuyo.

—Escúchame. Comprendo que aún sigas enfadado por la forma en que retrasé nuestra cita, pero…

—¿Enfadado? —La interrumpió—. ¿No has oído lo que he dicho antes? Me lo he pasado muy bien. No estoy enfadado contigo.

Ella respiró hondo.

—Será mejor que hablemos de esto por la mañana.

Él se sentó en el sofá con un movimiento rápido y elegante.

—Excelente idea. Dejemos esta conversación para mañana —dijo—. Así nos podremos concentrar en la otra cuestión.

—Jordan…

—Pensaba que no querías saber nada de mí, Alyssa. Cuando he llegado a tu casa, no sabía si tenía derecho a decirte las cosas desagradables que se me habían pasado por la cabeza, pero puedes estar segura de que venía decidido a llevarte a la cama. Quiero que comprendas que mi papel en tu vida va a ser muy real.

Alyssa sintió pánico, pero ya era tarde para huir. Jordan se le adelantó, le pasó un brazo por debajo de las rodillas, puso el otro en su espalda y la alzó en vilo antes de que se pudiera mover.

Después, la llevó al dormitorio.

Capítulo 12

Alyssa tardó casi veinte segundos en recobrar todo el aplomo, y para era entonces ya era demasiado tarde. La había llevado al dormitorio y ella estaba atrapada entre sus brazos.

—¡Bájame! —exigió, clavándole la mirada—. Lo digo muy en serio, Jordan; bájame ahora mismo. ¡No tienes ningún derecho a tratarme de este modo! ¡No lo voy a tolerar! ¿Me oyes?

—Te oigo perfectamente. Pero dime, ¿siempre reaccionas de forma tan excesiva cuando las cosas no salen como tú quieres?

Jordan lo preguntó sin ironía, con curiosidad verdadera.

Alyssa se encontraba a punto de perder los nervios, pero no tanto por su atrevimiento como por el hecho de que la excitaba enormemente.

Acorralada, le clavó las uñas en los hombros. Y como le había metido las manos por debajo de la chaqueta, la tela de la camisa no bastó para reducir el dolor.

—¡Ay!

—Maldita sea, Jordan… no permitiré que me faltes al respeto. ¡Bájame de una vez!

Jordan abrió los brazos y la dejó caer sin más. Alyssa soltó un grito ahogado; pero su trasero no impactó en el suelo de la habitación, sino con el agradable y cómodo colchón de la cama, cubierta con una colcha de color arena, a juego con las vistas de la playa.

Después, él se inclinó sobre ella y apoyó los brazos a ambos lados de su cuerpo, atrapándola.

—Hoy vas a aprender unas cuantas cosas que, por lo visto, no entendiste el fin de semana pasado. La más importante de todas es ésta: si me quieres en tu vida, tendrás que admitirme realmente en tu vida. No me puedes relegar a los fines de semana y volver después a Ventura para coquetear con individuos como Davis.

—¡Yo no estaba coqueteando con él! —protestó—. ¡Pero si hubiera coqueteado con él, sería un asunto exclusivamente mío!

Alyssa se intentó incorporar, pero Jordan se lo impidió y la miró con la intensidad de un depredador.

Ella se preguntó qué había pasado con el jugador encantadoramente educado al que había conocido en Las Vegas, con el hombre que la había seducido por su elegancia, con el hombre que se había ganado el afecto de los invitados a la fiesta.

—No dejaba de mirarte, Alyssa; y no soy el único que se ha dado cuenta. Su esposa también lo ha notado —afirmó—. ¿Qué está pasando aquí? ¿Tienes una relación con Hugh Davis? ¿Te dedicas a acostarte con él en Ventura y conmigo en Las Vegas?

—Por última vez, Jordan Kyle… ¡No tengo una relación con ese hombre! Además, ¿quién eres tú para exigirme explicaciones? Para empezar, no sabía que tú y yo fuéramos pareja; y para continuar, podrías estar haciendo lo mismo de lo que me acusas y no lo sabría. ¿Qué haces durante la semana, si puede saberse?

—No hago nada. Sólo trabajo —se defendió.

—¿Y después del trabajo, qué? ¿Buscas compañía femenina para relajarte un poco? Lo pregunto porque eso fue exactamente lo que hiciste conmigo el fin de semana pasado —le recordó—. Las Vegas está llena de mujeres hermosas. Y casi todas adoran a los triunfadores, ¿no lo sabías?

—¿Estás celosa, Alyssa? —preguntó con perplejidad.

—¿Por qué iba a estar celosa? —rugió, enfadada—. ¡No estamos saliendo! ¡No nos debemos nada el uno al otro!

Alyssa intentó que su voz sonara fría y despreocupada, pero fracasó estrepitosamente. Cualquiera se habría dado cuenta de que Jordan había dado en el clavo.

Estaba celosa.

—En eso te equivocas, cariño —dijo él—. Quiero mantener una relación contigo y creo que tú también quieres estar conmigo. Si estoy en lo cierto, será mejor que pongas fin a lo que tengas con

Davis. Si pretendes que sigamos adelante, tendrás que comprometerte de forma seria. No voy a ser un ligue de fin de semana.

Jordan se apartó de repente y se quitó la chaqueta, que dejó en el respaldo de una silla, sin apartar los ojos de Alyssa.

Temporalmente libre, ella se sentó en la cama y se cubrió las piernas con la colcha, en un gesto de autoprotección. Se sentía incapaz de controlar la mezcla de ira y de deseo que recorría sus venas.

—Jordan, no puedo permitir que me hagas esto. No te puedes presentar en mi casa de repente y pretender hacer el amor conmigo. ¿Es que te has vuelto loco?

Jordan dejó su camisa sobre la chaqueta y se empezó a desabrochar los pantalones.

—Es posible que sí, que me haya vuelto loco —contestó—. He estado desesperado toda la semana. Incluso perdí mucho dinero el jueves por la noche; un dinero que no pensaba perder.

Alyssa parpadeó, consciente de la importancia que tenía su confesión.

—Yo… siento haber contribuido a que perdieras tu concentración —acertó a decir.

—No te preocupes; estoy decidido a recuperarla.

Jordan la miró. Sólo le quedaban los calzoncillos y los calcetines, aunque solventó el segundo problema con un movimiento rápido.

Alyssa tragó saliva mientras contemplaba su cuerpo duro, de músculos bien formados. Sintió la necesidad primaria de correr hacia él y acariciar todo su cuerpo. Además, la luz tenue de la lamparita de la mesilla de noche proyectaba sombras inquietantes sobre sus piernas y sobre el contorno de su pecho, ofreciéndole una imagen que la excitó insoportablemente.

—Jordan… espera, por favor. Tenemos que hablar. Hay demasiados malentendidos entre nosotros. Estás enfadado y yo también lo estoy —alegó—. Esto no va a solucionar ninguno de nuestros problemas.

Jordan llevó las manos a su cintura y la miró con humor.

—Supongo que podríamos acudir a un consejero matrimonial —dijo—. Pero me temo que no estamos casados.

—Déjate de bromas, ¿quieres? Esto es muy serio…

—Bueno, teniendo en cuenta el hecho de que no podemos contar con un mediador externo, tendremos que solventar nuestras diferencias al estilo antiguo.

Jordan se inclinó con intención de tumbarse con ella. Alyssa supo que ninguna de sus palabras le haría cambiar de opinión y saltó al otro lado de la cama.

—¿Acaso piensas huir? —preguntó él.

—No me amenaces, Jordan.

La respiración de Alyssa se había acelerado; pero no supo si se debía al miedo o a que le excitaba la posibilidad de que Jordan la persiguiera y la capturara.

En cualquier caso, Jordan se encontraba entre ella y la puerta. Sus posibilidades de escapar eran verdaderamente remotas, y él lo sabía.

Para su sorpresa, se sentó en la cama y se tumbó.

—Ni te estoy amenazando ni te voy a amenazar. Estoy aquí para hacer el amor contigo. Hay una gran diferencia entre las dos cosas.

Alyssa se humedeció los labios.

—¡No te acostarás conmigo mientras sigas siendo tan arrogante!

Él sonrió con ironía.

—Venga, ven aquí, cariño —dijo con dulzura.

Ella parpadeó, perpleja ante su cambio de tono. Súbitamente, volvía a ser el seductor de Las Vegas, el hombre que se la había ganado con su encanto natural.

—No, Jordan. Antes tenemos que hablar.

—Muy bien, pues hablemos —declaró él con voz ronca—. Habla conmigo y dime que entiendes hasta qué punto te deseo.

—¿Me deseas, Jordan? ¿Verdaderamente me deseas?

—Tanto como para tragarme el orgullo y venir a buscarte a Ventura.

—Qué interesante. Yo tengo la impresión de que ha sido precisamente tu orgullo lo que te empujado a venir —contraatacó.

—Si hubiera escuchado a mi orgullo, me habría quedado en Las Vegas. Pero tenía que verte, Alyssa. No soportaba la idea de que estuvieras con otro hombre.

Jordan la miraba con un deseo intenso que la atraía como si fuera un imán. Tal vez se habría podido resistir si él hubiera

insistido en comportarse con su arrogancia anterior, pero no podía hacer nada contra su sensualidad y su sinceridad.

Pensó que si aquella noche hubiera ido a Las Vegas, estarían haciendo el amor en ese mismo instante. Y se dijo que, en consecuencia, carecía de importancia que lo hicieran allí, en Ventura, en su casa.

—No hay ningún otro hombre, Jordan.

—¿Y Davis?

—Compite conmigo por el ascenso que te comenté. Sólo es un compañero de trabajo; ni siquiera es amigo mío —dijo en voz baja.

Él la miró unos segundos y asintió.

—Me alegra saberlo, porque tú eres la única mujer de mi vida, Alyssa.

—¿Lo dices en serio? Te confieso que me lo había preguntado. Al ver que no llamabas…

—No te llamé porque mi orgullo me lo impedía. Mi orgullo, no otra mujer.

—Oh, Jordan…

Él tendió una mano hacia ella.

—¿Vendrás a la cama ahora? —le preguntó.

—¿Sigues enfadado conmigo por no haber ido a Las Vegas?

—¿Acaso tengo aspecto de estar enfadado? —dijo, con el brazo aún extendido—. Ven aquí y deja que te demuestre lo que siento esta noche.

Las últimas dudas de Alyssa se disiparon bajo la mirada seductora de Jordan. Se arrodilló en la cama, extendió un brazo y lo tocó suavemente. Él la atrajo hacia sí y la abrazó con fuerza.

—No estoy enfadado —continuó él—. Ya no lo estoy. Te necesito demasiado… te he estado necesitando toda la semana.

—¿Es verdad que has perdido dinero en las mesas? —preguntó ella, en voz baja.

—Sí, pero esta noche no voy a perder. ¿Verdad, cariño?

Jordan le besó la muñeca y la bajó lentamente, hasta que Alyssa se encontró tumbada de espaldas en el colchón y con su cuerpo encima.

La calidez de su piel era como el fuego en una noche fría, tentador y lleno de promesas. Además, podía sentir la presión de su pene contra el muslo.

—Oh, Jordan, no he dejado de pensar en ti en ningún momento —le confesó.

—Y tú has estado en mi mente desde que subiste a ese maldito avión para volver a California —dijo él.

Jordan empezó a desabrochar los botones de la blusa de Alyssa; pero lo hacía tan despacio que ella le lanzó una mirada de impaciencia.

Él sonrió, aceleró el proceso y se inclinó para besarle un pecho por encima del sostén, de color blanco.

—Quiero darte una noche larga —añadió—. Quiero compensarte por todas las noches de soledad de los últimos días.

Ella se estremeció por el contacto de sus labios.

—¿Seguro que ya no estás enfadado?

Alyssa insistió con la pregunta porque no podía creer que su enfado hubiera desaparecido con tanta facilidad. A fin de cuentas, había notado la mirada de odio que lanzó a Hugh Davis cuando lo vio con ella.

—Te deseo demasiado para estar enfadado —declaró mientras llevaba las manos al botón de sus pantalones—. Sin embargo, esta vez me voy a asegurar contigo.

—¿A asegurarte? No te entiendo…

—Lo entenderás por la mañana.

Jordan la besó entonces y la dejó sin habla. Ella suspiró dentro de su boca y pensó que por fin tenía lo que había estado soñando toda la semana. Aquel hombre mezcla de magia y matemáticas era el amante perfecto.

Él le desabrochó los pantalones y se los quitó. Ella lo acarició una y otra vez, moviendo las manos sobre sus hombros, sobre su espalda, sobre sus costados, sobre su trasero. Estaba tan excitada que no se podía resistir.

—Esta noche no va a ser una ilusión, ¿verdad? —dijo él en un murmullo—. No va a ser un cuento de encajes negros y satén.

—Ni de habitaciones rojas como las de un burdel antiguo —comentó ella—. Aunque puede que lo eches de menos…

—Siempre recordaré esa noche con cariño, pero no, no echo de menos la decoración de una fantasía. Lo único que me importa de ella es la parte real, tú.

Jordan la besó de nuevo y metió una mano entre sus piernas.

Alyssa gimió al sentir el movimiento de sus dedos y arqueó las caderas de forma instintiva.

—Eres fuego, Alyssa. Eres fuego bajo mis manos.

Ella no habló. Era demasiado consciente de sus caricias y su cuerpo estaba demasiado atrapado en la tela de araña que Jordan había tejido.

—No he hecho otra cosa que soñar con esto —continuó—. Haz que mis sueños se vuelvan realidad.

Alyssa cerró la mano sobre su pene y él soltó un grito ahogado. Con manos inseguras, exploró su dureza, y aquella vez le arrancó un estremecimiento.

En respuesta, Jordan la besó en el cuello e introdujo un dedo por debajo de sus braguitas.

—Jordan… —rogó ella.

Él murmuró algo oscuro y sensual y bajó la cabeza para succionarle uno de los pezones. Después, cuando Alyssa estaba ardiendo de deseo, empezó a descender por su cuerpo sin dejar de lamerla.

—Te quiero toda para mí. Toda —declaró—. Me vuelves loco.

—Quiero hacerlo, Jordan. Quiero hacerlo ya. Te necesito.

Él no le hizo caso. Siguió lamiendo y besando su piel.

—Dime que eres mía. Dímelo, cariño.

Las palabras de Jordan, pronunciadas con tono de orden, la estremecieron y la hicieron dudar. Unos minutos antes, le había dicho que quería asegurarse con ella. Alyssa no había entendido lo que significaba, pero empezaba a pensar que la quería rendida a sus pies.

—Jordan…

—¡Dímelo!

—¡Sí! ¡Soy tuya! Te deseo tanto…

Jordan miró a la mujer que estaba bajo sus brazos, a la mujer que acababa de admitir lo mucho que lo deseaba, y supo que no podía refrenarse más.

Llevaba toda la semana esperando ese momento. Una parte de él quería alargar el juego y atormentarla durante horas antes de concederle la satisfacción; pero la necesitaba demasiado para posponer lo inevitable.

—Dímelo otra vez —le susurró—. Dime que sabes que eres mía,

que me perteneces.

Jordan sólo pretendía sentirse más seguro. Desde que Alyssa regresó a Ventura y lo dejó solo en Las Vegas, se había sentido tan dominado por la incertidumbre que necesitaba oír aquellas palabras, saber que él no era una fantasía para ella.

—Sí, Jordan, soy tuya —respondió apasionadamente—. Por favor, sé mío.

—Oh, Alyssa.

Cuando por fin la penetró, Alyssa contuvo el aliento. Su cuerpo reaccionó a la dulce invasión con una satisfacción absoluta, como si reconociera su deseo y su necesidad de un hombre que, a todos los efectos, debería haber sido un completo desconocido.

Pero no lo era.

Alyssa se dio cuenta de que allí, entre sus brazos, Jordan era nada más y nada menos que su otra mitad, su media naranja.

Hicieron el amor con tanta pasión que ella se preguntó cómo era posible que existiera algo tan intenso. Jordan se entregaba como si no estuviera dispuesto a admitir otra cosa que una rendición absoluta e incondicional por su parte.

Cuando llegaron las primeras oleadas del orgasmo, Alyssa cayó en la cuenta del poder que Jordan tenía sobre sus sentidos. Y tuvo miedo. Hasta el punto de que logró pronunciar una protesta.

—No, Jordan, no…

Él debió de entender el sentido de sus palabras, porque la besó suavemente para acallar sus temores. Pero siguió moviéndose del mismo modo, saboreando la evidencia del orgasmo de Alyssa y alargándolo tanto como le fue posible. Sólo entonces, satisfecho al fin, se dejó llevar.

Alyssa se quedó aferrada a él, en silencio.

Minutos más tarde, oyó que Jordan pronunciaba su nombre varias veces, rítmicamente, como en una letanía.

—Alyssa, Alyssa, Alyssa.

Ella abrió los ojos y descubrió que la estaba admirando. Sus cuerpos seguían pegados y cubiertos de sudor, dominados por un letargo delicioso.

—Te he asustado —dijo él.

—Un poco, sí.

—¿Por qué?

—Porque me he sentido…

Alyssa dejó de hablar un momento para buscar las palabras adecuadas.

—No entiendo cómo es posible que me seduzcas con tanta facilidad —continuó—. Sencillamente, no lo entiendo.

Jordan la acarició.

—Por si no lo sabías, a mí me ocurre lo mismo.

—Pero eres un hombre. Es distinto.

—¿Distinto? No, no es distinto en absoluto. A mí también me sorprende y a veces me asusta que me seduzcas de ese modo.

—¿Que te asusta? —pregunto ella, sorprendida—. No, no es posible. Eres un seductor… seguro que todo esto es algo deliberado y perfectamente calculado. Es la segunda vez que me seduces, y las dos veces me he sentido como si me hubieras atrapado en una tela de araña y no tuviera ninguna oportunidad de escapar, como si ya no tuviera el control de los acontecimientos ni de mi propio cuerpo.

—Eso es normal, Alyssa; es igual que el juego cuando no puedes calcular las probabilidades —murmuró—. Pero tú controlas tu mundo laboral y tu fantasía de Las Vegas hasta tal punto que tienes miedo cuando te encuentras con algo que escapa a tu control.

Alyssa supo que Jordan tenía razón. Y no encontró fuerzas para negarlo.

—Es curioso… cuando nos conocimos, me sedujiste con tanta facilidad como hoy; pero cuando me marché, tuve la impresión de que volvía a tener el control —le confesó—. Tú formabas parte de mi mundo de fantasía, de un mundo que dejaría atrás cuando volviera a California. Aún me sentía relativamente a salvo.

Jordan la tomó de la mano.

—¿Éstas insinuando que me querías allí, limitado a Las Vegas, para poder mantener la distinción entre el mundo real de tu vida en Ventura y la ilusión de tu vida como jugadora?

Alyssa suspiró y asintió.

—Sí, supongo que sí.

—Y cuando esta noche he aparecido en tu puerta, te has dado cuenta de que tus dos mundos estaban a punto de chocar —afirmó.

—En efecto.

—Ya te advertí, antes de que te marcharas de Las Vegas, de que no me tomaras por una ilusión —dijo.

—Sí, lo sé.

—Durante la fiesta, me di cuenta de que estabas muy asustada… Sabía que te había puesto en una situación comprometida al presentarme en Ventura sin avisar, pero estaba enfadado contigo porque me habías relegado. Sin embargo, esperaba encontrarte con otro hombre, no en mitad de una fiesta. Me quedé tan sorprendido como tú; supongo que no habría sabido qué hacer si no se te hubiera ocurrido la idea de presentarme como un experto en la teoría de la probabilidad… —le confesó.

—Pues has interpretado muy bien el papel.

—Me he divertido mucho, es verdad. Me he divertido tanto en tu casa, haciéndome pasar por lo que no soy, como tú en Las Vegas, jugando a ser una profesional.

—No es lo mismo —protestó—. Tú…

—Es exactamente lo mismo —la interrumpió—. Te sentías segura en Las Vegas porque sabías que ibas a regresar a Ventura y a tu vida normal. Pero esta noche, cuando hemos hecho el amor, te has dado cuenta de que ya no podías separar los dos mundos y te ha entrado miedo.

Ella no dijo nada.

—Comprendo tu temor, Alyssa —siguió diciendo—, pero no puedes meterme en una caja y enviarme de vuelta. Ahora soy el único amante de tu vida. Y me voy a asegurar de serlo en tus dos mundos.

Capítulo 13

Alyssa no sabía qué decir. Estuvo dando vueltas a la cabeza, incapaz de formular una frase, hasta que el sonido omnipresente del mar se filtró poco a poco en su consciencia junto con la luz del amanecer.

Entonces, parpadeó y se concentró en la sensación desacostumbrada de sentir un cuerpo caliente contra ella. Los recuerdos de la noche la asaltaron de repente y se encontró admirando los rasgos de Jordan, que se había quedado dormido.

No sabía lo que le estaba haciendo. Sólo sabía que encendía su pasión del modo más seductor posible y que jugaba tan bien con sus emociones como a las cartas. Había hecho el amor con ella como si quisiera dejarle claro que ya no lo podía expulsar de su vida, que ahora formaba parte de sus dos mundos.

Por enésima vez, tuvo miedo de perder su empleo en Yeoman Research si se llegaba a saber que, además de acostarse con jugadores profesionales, compartía con ellos la pasión por jugar. La gente no lo entendería; pensaban que los jugadores eran personas peligrosas, de mala reputación y poco dignos de confianza; personas a las que nunca se les ofrecían cargos de responsabilidad.

Se levantó de la cama y alcanzó su albornoz amarillo.

Necesitaba recuperar el control. No se podía arriesgar a volver a vivir una situación como la de la fiesta. Si Jordan insistía en invadir su mundo real, más tarde o más temprano se le acabaría la suerte y la descubrirían.

La suerte.

No había creído en ella hasta que conoció a Jordan. Pero empezaba a creer. Y si se aceptaba la premisa de que la suerte existía, también se aceptaba que podía ser buena o mala. En tal caso, conocer a Jordan Kyle debía de haber sido un golpe de mala suerte.

Alyssa no se dio cuenta del resentimiento que albergaba aquella mañana hasta que entró en el cuarto de baño y se metió en la ducha.

Estaba furiosa. El hombre que dormía en su habitación no tenía derecho a invadir su espacio y desbaratarlo todo. No tenía derecho a tener tanto poder sobre sus sentidos. No tenía derecho a despertar su pasión de un modo tan incontrolable. No tenía derecho a arrebatarle el control de su vida cuidadosamente estructurada y organizada.

Debía escapar de la trampa.

Cuando cerró el grifo y salió de la ducha, tenía la impresión de ser un animal acorralado. Se puso el albornoz, abrió la puerta y descubrió que Jordan se había despertado y que la observaba con una sonrisa de satisfacción.

—Buenos días, cariño. Te levantas muy temprano… ¿es parte de tu rutina habitual?

Alyssa supo que la apelación a sus rutinas no era más que una forma deliberada e indirecta de reafirmar que ahora formaba parte de su mundo.

Ella se acercó al armario y sacó unos vaqueros y una camisa azul de manga larga, sin mirarlo en ningún momento a los ojos.

—Será mejor que te vistas —se limitó a decir.

Él gimió.

—Detecto cierto tono de aspereza en tu voz.

—No te quejes. Al menos, no me has descubierto hurgando en tu cartera.

—Eso es injusto… aquella mañana estaba desesperado —se excusó.

Alyssa desapareció con la ropa en el cuarto de baño.

Jordan esperó a que saliera, ya completamente vestida, antes de apartar la sábana y levantarse de la cama.

Al verlo desnudo, ella lo miró un momento y salió de la habitación.

Mientras se alejaba, pensó que debía ser educada y prepararle el desayuno. Además, sería una ocasión perfecta para hablar con él y aclarar las cosas. Aquello no podía seguir adelante. El riesgo era excesivo. Había cometido un error al dejarse llevar por el deseo.

El timbre de la puerta principal sonó justo cuando acababa de cortar un pomelo. Se preguntó quién podía ser a esas horas y cómo iba a explicar la presencia de Jordan. No le agradaba la idea de admitir que, además de ser un supuesto colega profesional, también era su amante.

Cuando abrió, se encontró delante de Ray Burguess.

—Ray… ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó, sorprendida—. No te esperaba. ¿Cómo están Julia y el niño?

Los ojos azules del joven brillaron.

—Están perfectamente, no te preocupes —respondió—. He venido por asuntos de negocios.

De repente, se llevó una mano al bolsillo y sacó un cheque.

—Son mil dólares. Esta semana he vendido tres cuadros, y ya sabes que cuando se trata de pagar mis deudas, tú siempre estás la primera de la lista.

Ella lo miró con asombro.

—¡Mil dólares! Ray, no puedo aceptarlo. Además, no lo necesito… no te preocupes por el dinero —declaró.

—Alyssa, quiero que te lo quedes, de verdad. Si no me hubieras echado una mano hace unos meses, no habría conseguido nada. Insisto en que aceptes el cheque. Por favor.

Ray dio un paso adelante y le dio un beso en la mejilla.

—Pero descuida, no volveré a pedirte dinero otra vez —añadió con humor—. De hecho, el mes que viene recibirás otro cheque como ése.

Justo entonces se oyó la voz de Jordan. Y estaba muy enfadado.

—Si no te marchas de aquí ahora mismo, te echaré yo. Y si intentas volver el mes que viene con otro cheque, acabaré contigo.

Capítulo 14

Ray y Alyssa se giraron hacia Jordan. Hubo un momento de silencio mientras ella intentaba encontrar palabras para exigirle una explicación, pero Ray, ansioso por calmar las aguas, se adelantó.

—No te preocupes —murmuró con una sonrisa—. Alyssa sólo es amiga mía. Soy un hombre felizmente casado… hasta tengo un hijo.

—Estar casado y tener un hijo nunca ha sido un impedimento para mantener otro tipo de relaciones —dijo Jordan, con desconfianza—. Pero esta mujer es mía. No sé lo que os traéis entre manos, pero a partir de ahora, no aceptará tu dinero.

—¡Basta ya, Jordan! —bramó Alyssa—. ¡No sabes por qué me ha dado el cheque! Esto es un asunto entre Ray y yo. No tiene nada que ver contigo.

—Todo lo tuyo tiene que ver conmigo… —alegó.

—Te equivocas, pero ya hablaremos en un momento más oportuno. Ahora, te agradecería que vuelvas dentro y dejes de meterte en situaciones que no te conciernen.

—Permíteme que te lo explique otra vez —intervino su amigo—. Me llamo Ray, Ray Burguess, y estoy aquí porque…

—Me da igual quién seas —dijo Jordan—. Te quiero fuera de la casa de Alyssa y fuera de su vida. ¡Y llévate tu cheque!

—¿Cómo te atreves a comportarte de ese modo? —preguntó ella, enfurecida—. ¡Ray es amigo mío y no voy a dejar que le grites y le faltes al respeto!

—No estoy gritando, pero tu amigo tendrá un buen problema si no se marcha inmediatamente. ¿Te ha quedado claro, Ray?

—Si te tranquilizas un poco, te explicaré lo que pasa —dijo Ray.

—No estoy de humor para oír explicaciones; además, el cheque que le acabas de entregar lo explica todo. Lárgate de aquí.

—Esto es increíble —dijo Alyssa—. Por favor, disculpa a Jordan por su comportamiento, Ray… será mejor que te marches. Te llamaré más tarde. Y no te preocupes.

—No, no lo llamarás —le ordenó Jordan.

Alyssa lo miró con ira.

—Llamaré a quien yo quiera. Tú no eres mi dueño.

Después se giró hacia Ray y añadió, intentando mostrarse más calmada:

—Por favor, márchate. No pasa nada. En serio.

—Pero… no puedo marcharme y dejarte a solas con un tipo tan irracional como ése, Alyssa. ¿No lo ves? Es un peligro —declaró su amigo con preocupación.

—Sí, lo sé —dijo ella—. Pero descuida, estaré bien.

—¿Seguro?

—Estará bien —afirmó Jordan—. Sigue su consejo y márchate.

—Si le pones una mano encima, te juro que…

—Ya le he puesto las manos por todo el cuerpo. Y no voy a permitir que otro hombre goce del mismo placer. ¿Lo has entendido?

—¡Jordan! —exclamó Alyssa, visiblemente ruborizada—. ¿Cómo puedes decir algo así? ¿Cómo te atreves a…?

—Esto ya ha ido demasiado lejos. Me quedaré aquí hasta que sepa lo que está pasando —afirmó Ray.

—Ray, te lo ruego… vete —rogó ella—. No corro ningún peligro, de verdad. No te preocupes por mí; sé cuidar de mí misma.

Su amigo la miró con inseguridad.

—¿Estás segura, Alyssa? Si quieres, puedes venir a mi casa. O puedo quedarme contigo hasta que este tipo se tranquilice y…

—Podéis hablar de mí como si no estuviera presente, pero lo estoy —les recordó Jordan—. Lárgate de una vez, Burguess. Y a partir de ahora, mantente alejado de ella.

Alyssa había cerrado los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas.

—Márchate, Ray —dijo.

Ray frunció el ceño.

—¿Seguro? —preguntó.

—Seguro.

—Bueno, pero al menos quédate con el cheque…

La voz de Jordan sonó como el restallido de un látigo.

—¡No!

—Ray, llévate el cheque contigo. Es verdad que no lo necesito —dijo ella, ansiosa por sacar a su amigo de aquella situación.

Ray asintió a regañadientes y se alejó poco a poco hacia su coche, pero lanzando miradas de preocupación a su amiga.

Alyssa no cerró la puerta hasta que se subió al vehículo y desapareció en la distancia. Después, se giró hacia Jordan y lo empezó a golpear en el pecho. Se había comportado de una forma tan irracional y desmedida que era lógico que su amigo se hubiera negado a marcharse y a dejarla sola.

—Estás decidido a destrozarme la vida, ¿verdad?

—Alyssa, yo…

Alyssa lo miró con tristeza.

—Has hecho el ridículo y me has hecho quedar en ridículo a mí. Espero que estés satisfecho, porque nunca me había sentido tan humillada.

Él se mantuvo en silencio.

—¡Y ni siquiera has sido capaz de atenerte a razones! —continuó—. ¡Oh, no, claro que no! Ya habías llegado a tu conclusión y tenías que mostrarte como el animal rabioso que eres… No sabías lo que pasaba y, sin embargo, te has atrevido a interferir y a dejarme en mal lugar ante un amigo.

—Pero si era más que obvio… —Se intentó defender él—. ¿Quién se cree ese tipo para pensar que te puede comprar con mil dólares al mes? ¿A cuántos más les estás sacando dinero? ¿Qué diablos está ocurriendo en tu vida, Alyssa? ¿Andas tan necesitada que no te basta con tu sueldo y tus ganancias de Las Vegas y tienes que hurgar en los bolsillos de otros hombres?

Alyssa le pegó una bofetada con tanta fuerza que resonó por todo el salón.

Jordan se quedó inmóvil durante unos segundos. Luego, lanzó un brazo hacia delante con la velocidad de una serpiente, la agarró de la muñeca y la atrajo hacia él con tanta fuerza que Alyssa no se pudo resistir.

—¿Quién es Ray Burguess? —rugió—. ¿Qué está haciendo en tu vida?

Alyssa encontró el valor necesario para responder. Estaba realmente asustada; tenía miedo de Jordan Kyle, pero había cometido el error de agredirlo y ya no podía escapar de él. No le quedaba más remedio que explicarle la situación.

—Yo descubrí Las Vegas gracias a Ray y a su esposa —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si me sueltas, te lo explicaré todo.

Jordan miró su delicada muñeca y la soltó. Le había dejado una marca roja.

Alyssa se frotó la piel con la otra mano.

—La esposa de Ray es muy amiga mía. Compartimos piso durante un par de años en Los Ángeles. Es tres años más joven que yo…

—Sigue. Te escucho.

—Conoció a Ray hace aproximadamente doce meses, cuando vino a Ventura a visitarme. Los dos son artistas y se enamoraron en cuanto se vieron. Julia se casó con él al cabo de unos meses, cuando descubrió que se había quedado embarazada.

—Continúa.

—Como iba diciendo, son artistas; pero estaban empezando y por entonces no tenían ingresos fijos ni seguro médico. ¿Sabes lo que cuesta dar a luz en un hospital? Te pueden cobrar hasta tres mil dólares o más… y aunque no tenía nada, Ray quería que su mujer recibiera el mejor tratamiento posible.

—Oh, Dios mío… —murmuró Jordan, entrecerrando los ojos—. ¿Me estás diciendo que te pidió un préstamo?

—No sabían a quién acudir. Ray no quería pedir dinero a sus familiares porque siempre han desaprobado su forma de vida. En cuanto a Julia, ni siquiera tiene una familia que la pueda ayudar.

Alyssa se dirigió hacia la cocina mientras hablaba y Jordan la siguió.

—Y tú los ayudaste, claro.

—Sí, pero entonces no tenía tanto dinero. Mis ahorros estaban invertidos en la Bolsa, y la Bolsa está últimamente tan mal que vender las acciones habría sido un negocio desastroso. Una noche, los tres estábamos jugando a las cartas y hablando sobre lo que

podíamos hacer, cuando se me ocurrió una idea.

—Jugar para ganar dinero…

—Efectivamente. Estábamos jugando por divertirnos, sin apostar nada; pero me di cuenta de que siempre ganaba todas las partidas y empecé a pensar en mis conocimientos sobre las cartas, los dados y las probabilidades. Además, era evidente que tenía intuición para esas cosas… aunque no estoy segura de que esa intuición tenga mucho que ver con las matemáticas. Al fin y al cabo, hay montones de matemáticos que no tienen éxito alguno en el juego.

La expresión de Jordan se relajó un poco.

—Lo sé. Y no es necesario que expliques esa sensación de que sabes qué carta va a salir después. La conozco perfectamente. Me gano la vida con ese tipo de intuición.

Alyssa alcanzó el pomelo que había cortado y lo puso en dos platos que dejó en la mesa. Desde la ventana se veían las olas que rompían una y otra vez en la playa; normalmente le parecía una escena maravillosa, pero aquella mañana no estaba de humor.

—Sigue con tu historia —dijo él.

—No hay mucho más que decir. Ardía en deseos de averiguar si efectivamente podía ganar dinero con ello, pero huelga decir que no se lo conté a nadie. Tomé el primer vuelo a Las Vegas con doscientos dólares en el bolso y al final de la semana había conseguido tres mil. Estaba realmente sorprendida; en el fondo, no esperaba tener éxito.

Alyssa se detuvo un momento antes de continuar.

—Cuando volví al lunes siguiente, llamé por teléfono a Ray y le dije que había ganado una suma pequeña en la Bolsa y que estaría encantada de compartir mis beneficios con ellos para que pudieran pagar el hospital —explicó—. El bebé nació la semana pasada… Ha sido una niña, y la han llamado Alyssa.

A pesar de encontrarse en plena batalla con Jordan, ella sonrió. Se había llevado una gran alegría cuando Ray y Julia le dijeron que pensaban ponerle su nombre a la niña.

—Es todo un detalle por su parte —comentó él—. Me refiero a lo de ponerle tu nombre… nadie ha hecho eso conmigo.

Alyssa lo miró a los ojos y descubrió que la observaba con una comprensión profunda. En ese momento, se dio cuenta de que Jordan no era el único que había renunciado a tener una familia por

culpa de su forma de vida. A ella le pasaba lo mismo; estaba tan preocupada por tener éxito en su empresa que todo lo demás le importaba muy poco.

Para su padre y para su ex marido, tener prestigio y gozar del reconocimiento de sus colegas de profesión era sinónimo de tener éxito en la vida; para ella, el éxito consistía en tener un buen salario, un buen empleo y una casa en la playa. Pero el éxito siempre exigía sacrificios. Y empezaba a pensar que tal vez había sacrificado demasiadas cosas por él.

Indudablemente, Jordan también había renunciado a cosas importantes y había hecho sacrificios parecidos al suyo. Se preguntó si alguna vez se arrepentía de sus decisiones.

—Bueno, ésa es toda la historia —concluyó.

—No, no es toda la historia.

—¿A qué te refieres?

—A que conseguiste el dinero que necesitabas para tus amigos, pero no te detuviste ahí. Seguiste viajando a Las Vegas.

—Por desgracia, me temo.

—Eso depende de cómo se mire. ¿Por qué volviste, Alyssa?

—¿Quieres saber por qué?

—Lo sé de sobra, pero prefiero escucharlo de tu boca.

—Volví a Las Vegas porque me divertía muchísimo. Volví porque me ofrecía la oportunidad de escapar a otro mundo cuando lo necesitaba.

—A un mundo de fantasía.

—¿Qué tiene de malo?

Jordan tardó unos segundos en responder.

—Nada, supongo que no tiene nada de malo. Pero admite que es un poco imprudente… incluso peligroso en algunos sentidos.

—No me digas —ironizó—. Acabo de descubrir lo peligroso que puede llegar a ser.

Él se encogió de hombros.

—Pero mi mundo te divierte, ¿verdad?

—Sí —admitió.

—¿Lo ves? Somos iguales. Tú te diviertes en mi mundo y, anoche, yo me divertí mucho en el tuyo.

Alyssa parpadeó, confundida ante el rechazo que ese hecho le inspiraba. Sabía que Jordan había disfrutado de la fiesta; había

notado la alegría en sus ojos cuando respondía a alguna pregunta de sus invitados o les contaba una historia que encontraban hilarante. Interpretar el papel de matemático respetable había sido un desafío y un placer para él.

En realidad, a ella no le molestaba que lo hubiera disfrutado; lo que le molestaba, le preocupaba y le intrigaba era que una parte de ella se alegrara de su felicidad. A pesar de su enfado y de su inquietud, se sentía curiosamente satisfecha por haberle ofrecido la posibilidad de divertirse con un personaje nuevo.

Pero no quería profundizar en sus pensamientos, de modo que cambio de conversación:

—Bueno, ¿te vas a disculpar por lo que has hecho?

—¿Por echar a tu amigo y faltaros al respeto a los dos cuando lo único que pretendía era pagarte una deuda? Sí, supongo que en circunstancias normales, me disculparía; pero después de la bofetada que me has dado hace unos minutos, creo que estamos empatados —afirmó.

—¿Empatados? Qué generoso eres —se burló.

—Lo sé. Ten cuenta que soy un caballero. Y ahora, gracias a ti, también soy un respetable erudito —declaró en tono de broma.

Ella frunció el ceño.

—Está bien… —continuó Jordan—. Lamento haber perdido los estribos hasta el punto de no daros la oportunidad de que os explicarais. Pero debes admitir que la situación resultaba bastante sospechosa. A partir de ahora, si necesitas dinero, pídemelo.

—¡No necesito dinero! ¡No necesito ni tu dinero ni el de nadie! —bramó, enfurecida—. Soy perfectamente capaz de pagar mis facturas. Tengo un trabajo excelente y una afición muy rentable que me permite ciertos caprichos.

—Una afición que te incomoda —le recordó—. Tal vez deberías dejar de jugar; así no correrías el riesgo de que tus dos mundos se crucen.

Jordan miró su medio pomelo y añadió:

—¿No hay nada más?

—¡Ni esto es un hotel ni yo trabajo para el servicio de habitaciones!

—Vaya, parece que esta mañana no estás de muy buen humor…

Jordan se dedicó a abrir los armarios de la cocina hasta que

encontró una caja de cereales. Después, localizó una taza y una cucharilla y sacó el cartón de leche del frigorífico.

—¿Qué voy a hacer ahora con Ray y Julia? —se preguntó Alyssa —. No quiero que me devuelvan ese dinero. A mí no me costó nada… sólo tuve que ir a Las Vegas y jugar un rato.

Él se encogió de hombros, se sentó en la mesa y se sirvió una ración generosa de cereales.

—Ése es uno de los problemas de ganar dinero con el juego. Si lo quieres mantener en secreto, no puedes explicar su procedencia —observó él—. No sé… podrías decirles que se lo queden como regalo para la niña.

—Podría, pero Ray y Julia son bastante orgullosos. Les costó aceptar mi ayuda, y si rechazo ese cheque…

—Pues diles la verdad.

—No, no, eso no es posible. Nadie sabe lo de mis viajes a Las Vegas. Si se lo cuento a alguien, cabe la posibilidad de que la información llegue a oídos de personas que sacarían conclusiones apresuradas al respecto.

—¿Personas como McGregor?

—Sí.

—Llevar una vida doble es complicado, ¿verdad? —dijo con ojos brillantes—. Realmente interesante, pero complicado.

—Maldita sea, Jordan, esto no tiene ninguna gracia —protestó.

El teléfono empezó a sonar. Con un movimiento brusco, Alyssa se levantó de su silla, cruzó la cocina y contestó la llamada.

—¿Dígame?

—Buenos días, Alyssa. No sabía si te encontraría en casa.

Era McGregor, su jefe.

—Buenos días, David. ¿Qué se te ofrece a estas horas?

—Mildred y yo estábamos hablando sobre lo bien que lo pasamos anoche y nos preguntábamos si tu amigo Jordan sigue en la ciudad.

Alyssa no se dejó engañar por el tono amable de su jefe; llevaba mucho tiempo con él y sabía que nunca hacía nada sin una buena razón. Además, era la primera vez que la llamaba por teléfono un sábado y a una hora tan temprana.

Frunció el ceño y se preguntó qué pretendería.

—Sí, sigue en Ventura —respondió.

—¡Excelente! —exclamó McGregor—. Si está en Ventura y no tenéis nada que hacer esta tarde, quedáis formalmente invitados a jugar unas partidas de *bridge* en nuestra casa. ¿Te parece bien a las dos? Prepararé una barbacoa… bueno, si es que Jordan y tú sabéis jugar al *bridge*.

—Sí, por supuesto que sabemos —respondió.

Alyssa no se podía negar. David McGregor no tenía la costumbre de invitar a sus empleados a jugar al *bridge* y a disfrutar de una barbacoa en su propia casa.

Nuevamente, se preguntó por sus posibles intenciones. Sólo se le ocurrió una explicación: que McGregor quisiera volver a ver a Jordan para interrogarlo con más detenimiento.

—Te agradezco mucho la invitación… estaremos encantados de ir —continuó—. Por favor, dile a Mildred que llevaré una ensalada.

David McGregor se despidió de ella y cortó la comunicación. Alyssa colgó el auricular y se quedó mirando la pared.

—¿Puedo saber qué ocurre? —preguntó Jordan.

—¿Juegas al *bridge*?

—No si puedo evitarlo.

—Pues no podrás evitarlo. Y es culpa tuya, totalmente tuya.

—¿Culpa mía, dices? ¿De qué estás hablando?

—Me acaba de llamar mi jefe para invitarnos a una barbacoa y a jugar al *bridge* en su casa con él y su esposa. ¿Sabes lo que eso significa?

Jordan terminó la última cucharada de sus cereales y alcanzó la cafetera.

—Significa que nos invitan a una barbacoa y a jugar al *bridge* —respondió—. Si no te apetece, ¿por qué no te has negado?

—¡Porque no me puedo negar! —exclamó, disgustada—. McGregor nos quiere en su casa, y como yo quiero conseguir ese ascenso, no tengo más remedio que aceptar su invitación.

—Lo comprendo, pero ¿por qué dices que es culpa mía?

—Porque me ha invitado por ti.

—¿Por mí? —preguntó mientras se servía una taza de café.

—Sí, maldita sea, por ti. Te van a someter a una investigación en toda regla, Jordan. Has despertado la curiosidad de David McGregor. Es obvio que quiere conocerte más a fondo —comentó.

—¿Insinúas que sospecha algo?

—No, dudo que sospeche. Anoche hiciste un trabajo magnífico con tu interpretación de respetable erudito, como tú dices.

Jordan sonrió.

—Muchas gracias. No me salió nada mal.

Alyssa se acercó a él y frunció levemente el ceño.

—Creo que quiere saber qué planes tienes conmigo.

—Ah, vaya, es eso… —dijo Jordan con humor—. ¿Quiere saber si tengo intención de llevarte conmigo y alejarte de Ventura?

—Es posible. Si me cree a punto de casarme y de dejar la ciudad, querrá estar seguro antes de tomar una decisión sobre el ascenso.

—Sí, probablemente. Es lo más lógico.

—Tienes que dejar bien claro que tú no supones ninguna amenaza.

Jordan la miró con sorpresa.

—¿Una amenaza?

—Vamos… sabes lo que quiero decir. McGregor debe quedarse con la seguridad de que no me voy a marchar de Ventura, lo cual es cierto. Jordan, si no te portas bien esta tarde y me ayudas a salir de este lío, te prometo que te arrancaré tu pellejo de jugador y lo clavaré en la puerta de mi casa, ¿me he explicado con claridad?

—Meridiana —dijo.

Alyssa contempló la expresión pícara de su rostro y desconfió.

—Lo digo en serio, Jordan Kyle. Si destruyes las posibilidades que tengo de ascender, yo… no te lo perdonaré nunca —afirmó.

—No te preocupes. Comprendo la situación.

Ella se recostó en la silla y lo miró sin tenerlas todas consigo. Al parecer, la idea de comer y jugar a las cartas con McGregor y su esposa le resultaba divertida; probablemente la veía como otra oportunidad para volver a ser un matemático respetable.

—Ah, y en lo que respecta a la partida de *bridge*…

—¿Sí?

—Supongo que seremos pareja y que jugaremos contra ellos. Pero tenemos que perder, Jordan. ¿Está claro?

—Si es lo que quieres…

—No perderemos con descaro. Se lo pondremos algo difícil, para que no desconfíen, y dejaremos que disfruten de su victoria.

—¿Vamos a jugar con dinero?

—No, claro que no. Pero esto tiene que quedar claro: jugaremos

aparentemente bien y perderemos.

—De acuerdo. ¿Te apetece un café?

—No, ya me tomé uno antes.

—Entonces, vamos a dar un paseo por la playa. Puede que la brisa marina contribuya a mejorar tu humor —observó.

Jordan se levantó, la agarró de la muñeca y tiró de ella antes de que Alyssa pudiera protestar; pero mientras caminaban hacia la puerta, se dijo que tal vez tuviera razón. Un paseo por la playa serviría para que se aclarara las ideas y para que recobrara el aplomo y la frescura que iba a necesitar durante la comida con los McGregor.

—Hacía mucho tiempo que no estaba en la playa… —dijo él cuando salieron.

—¿Por qué? Dijiste que tu casa está en la costa…

—Y lo está, pero no estoy mucho tiempo en ella. Sólo es una dirección adonde me envían las cartas, el sitio al que voy cuando no trabajo.

Se pusieron a caminar junto a la orilla. Jordan no la había soltado, pero su afirmación despertó la curiosidad de Alyssa.

—¿Consideras que tu casa no es un hogar para ti?

Él se encogió de hombros.

—No, no es como tu casa para ti. Dime, ¿cuánto tiempo llevas en Ventura?

—Casi cuatro años.

—Cuatro años —repitió, pensativo—. ¿Y cuándo te divorciaste?

—Cuando tenía veinticuatro años, más o menos.

—¿No te has planteado la posibilidad de casarte otra vez?

—Oh, no. He estado demasiado ocupada.

—Ah, sí… tu famosa carrera —ironizó.

—¿Hay algo malo en querer labrarse un futuro? Si no recuerdo mal, tú también te dedicas en cuerpo y alma a tu trabajo. Dijiste que no te habías casado nunca.

—Es verdad. Siempre he creído que el matrimonio no encajaba con mi forma de vida. Ten en cuenta que muy pocas mujeres entenderían que su esposo sea un jugador profesional… Necesitaría una mujer que lo entendiera de verdad; una mujer a quien no le preocupen los horarios intempestivos, los viajes de hotel en hotel y el hecho evidente de que marido nunca gozará del respeto o la

admiración de sus amigos y su familia.

—Sí, es complicado.

—La mayoría de la gente considera que jugar está bien si es un divertimento ocasional, pero no ve con buenos ojos a los jugadores profesionales. Creen que los que van continuamente a los casinos sólo pueden ser ludópatas.

—Bueno, en general, lo son. Pero tú no encajas en el cliché del jugador compulsivo. Simplemente, has decidido dedicarte a un negocio que conoces a fondo y para el que tienes talento.

Alyssa defendió a Jordan porque, por motivos obvios, comprendía muy bien su situación. Si sus compañeros de trabajo y sus amigos descubrían que era una jugadora habitual, pensarían que ella también era una especie de enferma.

—Sea como sea, tienes que admitir que no soy un buen partido —observó Jordan—. En eso también somos iguales. Tú no estás con nadie porque tu vida gira alrededor de tu profesión y yo no estoy con nadie por el mismo motivo.

—Supongo que se podría decir que sí…

—Hay algo que no entiendo, Alyssa. Es decir, me alegré enormemente cuando supe que no estabas casada y que no salías con nadie, pero siento curiosidad… ¿por qué has sacrificado el amor por tu carrera?

—Bueno, yo… es difícil de explicar.

—Inténtalo.

Jordan lo dijo de un modo tan dulce y seductor que Alyssa no tuvo más remedio que confiarle sus motivos. Pero sabía que, de haber estado en otras circunstancias, su respuesta habría sido física; la excitaba tanto que quería tocarlo todo el tiempo.

Le habló de su ex marido, de su padre y de lo mucho que se había esforzado por ganarse su respeto. Y cuando terminó con la historia, añadió:

—La capacidad de trabajo no compensa la falta de talento. Por lo menos, en su mundo.

—¿Y en el mundo de los negocios? —preguntó él.

—Sí, en ese mundo es más útil. O puede que mis capacidades se reconozcan más, no sé… En cualquier caso, terminaré ganando mucho más dinero que mi padre y que Chad. Puede que no sea un genio, pero tendré éxito; mucho éxito.

Su tono de voz se volvió más firme conforme hablaba. Estaba segura de que conseguiría sus objetivos.

Si su fantasía de Las Vegas no los destrozaba antes.

—¿Y el juego? ¿Cómo encaja en ese futuro de éxitos profesionales?

Ella suspiró.

—No encaja. Cometí un error al dejarme seducir por las cartas y los dados.

—¿Por las cartas y los dados? ¿O por mí? —preguntó él—. ¿Lamentas haberme conocido, Alyssa?

Ella dejó de caminar y lo miró.

Deseó decir que lo lamentaba profundamente, pero no tuvo corazón para mirar aquellos ojos dorados y confesar su disgusto y su arrepentimiento. Él había formulado la pregunta con un fondo de vulnerabilidad que la desarmó por completo.

—Será mejor que volvamos a casa, Jordan. Le he prometido a los McGregor que les llevaría una ensalada.

Alyssa se giró y volvió sobre sus pasos.

Él la siguió, obediente.

Capítulo 15

David y Mildred McGregor tenían una impresionante mansión junto al mar, con un muelle en el que permanecía anclado un yate.

Jordan se apoyó en la barandilla y admiró la embarcación. David McGregor se enorgullecía tanto del barco que les cantó todas sus excelencias, y Jordan escuchó atentamente, como si le interesara de verdad.

Alyssa, que los estaba observando desde la ventana de la cocina, tuvo que admitir que se estaba portando muy bien.

Se giró y se acercó a Mildred McGregor con el refrigerio que estaba preparando para jugar al *bridge*.

—Me alegra que Jordan y tú hayáis venido. Sé que hemos llamado con poco tiempo de antelación, pero a David se le ocurrió durante el desayuno y pensé que era una buena idea —explicó la mujer.

—Te agradezco mucho que nos hayáis invitado —murmuró.

Todo iba bien, pero Alyssa seguía preocupada.

Aunque McGregor estuviera hablando con Jordan sobre el yate, conocía a su jefe y sabía que hasta sus preguntas más inocentes tenían doble intención.

—¡Ya está todo preparado! —gritó Mildred a los dos hombres, y miró a Alyssa—. Estoy deseando jugar, ¿sabes? A David y a mí nos encanta el *bridge*. Jugamos al menos una vez a la semana.

Jordan entró en la casa en ese momento y sonrió.

—¿Eso es una amenaza, Mildred? ¿Insinúas que Alyssa y yo estamos a punto de enfrentarnos a una pareja de profesionales?

Alyssa cerró los ojos, visiblemente nerviosa.

—Oh, vamos, sólo será un juego entre amigos… Querida, no tienes nada de qué preocuparte —dijo Mildred, con una sonrisa.

McGregor se sentó a la mesa, alcanzó el mazo de cartas y empezó a barajar.

—Exacto, Alyssa. Sólo será un juego entre amigos, no nos jugamos nada… —afirmó—. Por cierto, Jordan me estaba contando que es la primera vez que viene a Ventura.

—Sí, sí, es verdad —dijo Alyssa—. O al menos, es la primera vez que viene a visitarme.

—Espero volver mucho más a menudo —afirmó Jordan con un brillo de humor en los ojos—. La costa es muy bonita en esta zona.

—Pero supongo que el trabajo te impedirá venir con frecuencia… —comentó McGregor, que ya había terminado de barajar.

—Bueno, no necesariamente. Venir en avión desde Nevada no es ningún problema y, por otra parte, espero que Alyssa vaya a visitarme de vez en cuando.

Alyssa le lanzó una mirada de advertencia mientras todos recogían las cartas que McGregor había empezado a repartir.

Se sentía aliviada; sabía que, cuando se pusieran a jugar, dejarían de hablar de otras cosas.

La partida resultó mucho más apasionante de lo que había imaginado. Jordan y ella hacían una pareja perfecta; se adivinaban mutuamente las intenciones y habrían podido ganar a McGregor y a su esposa con facilidad. Era como si se pudieran leer el pensamiento.

Una experiencia verdaderamente íntima.

—¿Y desde cuándo trabajas para esa empresa de Nevada, Jordan? —preguntó McGregor durante la segunda mano.

Alyssa contuvo la respiración y esperó su respuesta.

Jordan alcanzó la copa que Mildred le había servido y echó un trago. Alyssa sabía que no bebía nunca cuando estaba jugando, pero aquel día había hecho una excepción; a fin de cuentas, era una partida amistosa.

—En realidad, llevo muy poco tiempo —respondió—. Ya sabes cómo son los contratos de obra y servicio… te llaman para uno y antes de que te des cuenta estás con otro.

McGregor asintió.

—Comprendo. Entonces, supongo que viajarás mucho…

A Alyssa no le gustó la actitud de su jefe.

Por sus preguntas, era obvio que pretendía saber si Jordan era una presencia temporal en su vida o si, por el contrario, tenía intención de llegar más lejos y llevársela de Ventura.

Como quería evitarse problemas, decidió intervenir en la conversación.

—Pobre Jordan… siempre está yendo de aquí para allá —dijo—. Justo lo contrario que yo. A mí me encanta vivir en un sitio fijo y dedicar todo mi tiempo a mis amigos y a mi trabajo; de hecho, creo que me enamorado completa e irreversiblemente de Ventura.

—Te entiendo perfectamente, querida —declaró Mildred—. A mí me ocurre lo mismo.

Mildred McGregor empezó a hablar de su trabajo en el museo local y con los artistas de la zona. Su entusiasta monólogo sirvió para llevar el vacío entre la segunda y la tercera partida e impidió que David volviera a presionar a Jordan.

Sin embargo, Jordan no estaba preocupado por David McGregor; a decir verdad, estaba fascinado con la forma en que Alyssa había intervenido para quitárselo de encima.

Pero sabía que lo había hecho porque tenía miedo de lo que él pudiera decir, así que la castigó de la forma más sencilla posible: ganando la mano siguiente.

Alyssa lo miró con cara de pocos amigos porque se suponía que debían perder. Él entrecerró los ojos y respondió con una mirada intensa que no dejaba lugar a dudas; si volvía a interferir en sus conversaciones con David, él volvería a ganar.

Los minutos siguientes fueron una tortura para Alyssa. Su jefe retomó el interrogatorio a Jordan, que siguió con respuestas ambiguas y poco comprometedoras.

Estaba tan nerviosa que no podía prestar atención a las cartas.

Pero Jordan no se dejó atrapar por David. Se limitó a decir lo que ya le había dicho, que efectivamente viajaba mucho y que, sin embargo, eso no iba a impedir que viera a Alyssa con frecuencia.

—No puedo estar mucho tiempo lejos de ella —comentó en un determinado momento, con una amplia y pícara sonrisa.

Todo iba perfectamente hasta que Mildred McGregor complicó

la situación con la pregunta más directa que se había formulado hasta entonces. A diferencia de su esposo, ella no intentaba recabar información para sacar conclusiones y no tenía necesidad de andarse con pies de plomo; lo suyo era simple y pura curiosidad romántica.

—¿Cuándo os vais a casar? —dijo—. Es evidente que Jordan y tú os queréis mucho, y doy por sentado que os gustaría vivir juntos.

Alyssa se estremeció y miró a Jordan, que estaba barajando porque le tocaba repartir.

—Bueno, todavía no nos hemos planteado el matrimonio… —respondió Alyssa—, pero a mí me gustaría que se quedara a vivir en Ventura. Al fin y al cabo, yo no puedo viajar con él por todo el mundo; aquí tengo mi trabajo y a mis amigos.

De repente, Jordan dejó de barajar y preguntó con sorpresa, como si no hubiera oído la palabra hasta entonces:

—¿Matrimonio?

—¿Y por qué no, cariño? —respondió ella en voz baja, satisfecha de haberlo confundido—. ¿Se te ocurre alguna razón por la que no debamos casarnos, dadas las circunstancias?

Jordan perdió el control hasta tal punto que la baraja se le cayó de las manos y las cartas se esparcieron por toda la mesa.

Naturalmente, todos lo miraron sorprendidos; pero Alyssa supo que el más sorprendido de los cuatro era él mismo. No podía creer que sus dedos mágicos, acostumbrados a barajar y a repartir cartas con la habilidad de un profesional, lo hubieran traicionado de esa forma.

—Oh, disculpadme —se excusó él, visiblemente avergonzado—. Llevo mucho tiempo sin jugar al *bridge* y…

McGregor soltó una carcajada.

—¿Seguro que ha sido por eso, Jordan? ¿No habrá sido por la propuesta de matrimonio de nuestra querida Alyssa? —ironizó.

Jordan recogió las cartas y sonrió con humor.

—Sí, debo reconocer que me ha sorprendido; pero solamente porque no esperaba que le pareciera una buena idea… Hoy en día, convencer a una mujer para que se case contigo es prácticamente imposible.

—¿En serio?

—Sí. La verdad es que llevaba días intentando encontrar la

forma de declararme… y de repente, me lo propone ella misma en mitad de una partida de *bridge*.

Alyssa contuvo la respiración, súbitamente asustada por el resultado de su pequeña maldad. El tiro le había salido por la culata.

—Comprendo que te haya sorprendido, Jordan —declaró David McGregor—. Pero ahora que ya lo sabes, ¿te la vas a llevar?

Alyssa se quedó completamente helada. Si la respuesta de Jordan era inadecuada, ella perdería su ascenso. McGregor no querría ascender a una mujer que estaba a punto de casarse y marcharse con su marido a otra ciudad.

Jordan notó su tensión y tardó unos interminables segundos en responder a su jefe.

—No, ni mucho menos —declaró con tranquilidad—, yo jamás alejaría a Alyssa de Ventura; sé que adora su trabajo… Además, el sitio donde vivamos no es relevante para mí. Me da igual Ventura que otro sitio. Lo que más me importa es donde esté ella.

—¿No te parece absolutamente maravilloso, David? —intervino Mildred con alegría—. ¿Te das cuenta de que hemos contribuido indirectamente a que Jordan y Alyssa decidan casarse? Es tan emocionante…

—Bueno, tengo la impresión de que eso era inevitable, querida —respondió su esposo—. Es evidente que se quieren mucho.

David se giró entonces hacia Jordan y añadió:

—¿Verdad, Jordan?

—Verdad, David.

—En cualquier caso, creo que deberíamos celebrarlo —dijo Mildred—. Voy a buscar la botella de champán que había reservado para una ocasión especial.

Horas después, cuando ya habían salido de casa de los McGregor y se encontraban en el coche, Jordan lanzó una mirada a Alyssa y dijo:

—Tus amigos son unos jugadores magníficos.

Ella se estremeció.

—¿A qué te refieres?

—A que David y su esposa nos han estado presionando toda la tarde para saber qué planes teníamos —contestó—. Yo diría que se han tomado nuestra relación de un modo muy personal, ¿no crees?

—Ya te lo había advertido. David está a punto de tomar una decisión sobre el ascenso del que te hablé; cuando te conoció el otro día en la fiesta y se dio cuenta de que yo te interesaba, decidió que necesitaba más información —explicó—. Era obvio que aprovecharía la partida de hoy para sonsacarte.

Jordan sonrió sin apartar la mirada de la carretera. Sus manos manejaban el volante del coche que había alquilado con seguridad y destreza.

—El interrogatorio de David no me ha incomodado en ningún momento —le confesó—, pero tu propuesta de que nos casemos… ¿Cómo se te ha ocurrido decirlo delante de los McGregor? ¿Por qué lo has hecho?

Alyssa notó que no lo preguntaba con preocupación, sino con simple curiosidad.

—No lo sé; supongo que por varias razones. Estabas insinuando que querías mantener una relación conmigo y me preocupó lo que los McGregor pudieran pensar… Mildred es una mujer muy conservadora; no le parece bien que la gente viva junta sin casarse… Y en cuanto a David, ni siquiera sé lo que piensa al respecto.

—Ah, comprendo…

—Además, pensé que merecías sentirte acorralado después de haberte regocijado toda la tarde con tu personaje de matemático respetable.

Jordan asintió.

—Así que decidiste darme una lección… Supongo que me lo merecía; pero creo que los McGregor no tienen derecho a meterse en tu vida y juzgar lo que haces. En mi mundo, nadie se atrevería a interrogar a otra persona de ese modo; lo único que se espera de la gente es que respete la etiqueta y el protocolo del juego y pueda cubrir sus pérdidas.

Alyssa estaba de acuerdo con él, pero las cosas eran como eran.

—No estamos en tu mundo —le recordó.

—No, ya veo que no. A pesar de ello, me reafirmo en lo dicho —declaró—. Los McGregor juegan más sucio de la cuenta.

Ella nunca se lo había planteado de ese modo. Si alguien se lo hubiera preguntado, habría dicho que el mundo de juego era más duro y más sucio que el de su vida normal.

Pero gracias a Jordan, había empezado a ver las cosas de forma diferente.

—Es posible que tengas razón. Sin embargo, tengo que jugar con las normas de mi mundo —alegó.

—¿Seguro? —preguntó él—. Cuando vas a Las Vegas, organizas las cosas de tal modo que tú estableces las normas o las manipulas a tu antojo.

Alyssa suspiró.

—Pero aquí no tengo tanto control… Esto es distinto, Jordan.

Dejó de hablar unos segundos y añadió:

—Lamento haberte puesto en una situación incómoda. Es que empezaba a perder la paciencia.

Jordan se encogió de hombros en un gesto de despreocupación.

—No me molestó; simplemente, me sorprendió que fueras tan explícita. Si sólo fuéramos novios, tendrías menos problemas para ocultar la verdad sobre mí; a fin de cuentas, la gente tiende a conceder cierta intimidad a las parejas de enamorados… pero al decir que nos vamos a casar, es normal que alguien sienta curiosidad y quiera saber de dónde he salido y qué hago exactamente para vivir.

—No me había dado cuenta… —admitió.

—De todas formas, ya es tarde para echarse atrás. Ahora no tenemos más remedio que seguir adelante con el juego.

Alyssa sintió una inseguridad repentina.

—¿Estás insinuando que nos casemos de verdad? —Acertó a preguntar.

Capítulo 16

Jordan la miró y respondió con una dureza que no le había oído antes.

—No, no estoy insinuando que nos casemos. Nunca he considerado la posibilidad de casarme con nadie; pero si me lo planteara, tendría que ser con una mujer que no se sienta en la necesidad de ocultar mi profesión a sus amigos y a sus compañeros de trabajo —le recriminó.

—Jordan, yo…

—Voy a ser franco contigo, Alyssa. Me divierte interpretar ese papel en tu mundo porque es algo excepcional, pero no estoy dispuesto a interpretarlo todos los días. Además, no saldría bien; como he dicho antes, alguien sentiría curiosidad, investigaría un poco y destruiría toda la farsa —afirmó.

—Pero quieres tener una aventura conmigo, ¿verdad? —preguntó con angustia, temiendo que la abandonara.

—Sí, supongo que lo único que puedo tener contigo es eso, una aventura —ironizó—. Descuida… sé que tú no estás más dispuesta a casarte conmigo que yo a encadenarme a una esposa que se sienta avergonzada de mi trabajo.

—¡Eso no es justo! —exclamó—. ¡Eres tú quien siempre se ha opuesto a las relaciones serias! Me dijiste que un jugador no se puede permitir esos lujos.

—Sí, eso es cierto.

—¿Entonces?

—No sé por qué estamos discutiendo, Alyssa. A pesar de lo que

has dicho esta tarde delante de tu jefe, los dos estamos de acuerdo en que el matrimonio no es una opción viable. Tal vez deberíamos cambiar de conversación.

Alyssa parpadeó, molesta con sus propias incongruencias. Por una parte, quería llevarle la contraria y decir que nada impedía que se casaran; por otra, estaba de acuerdo con él.

Se sentía tan insegura que lo maldijo para sus adentros, aunque ni siquiera supo por qué. Al fin y al cabo, la situación estaba bajo control. Jordan se marcharía pronto a Las Vegas y ella sólo tendría que decirle a McGregor que se habían separado y que ya no se iban a casar.

Naturalmente, se lo diría después de que tomara una decisión sobre el ascenso, para evitarse problemas con su posible reacción.

—¿Qué tal lo he hecho esta tarde, cariño? —preguntó él de repente—. ¿Habrán notado que nos hemos dejado ganar?

Justo entonces llegaban a su casa. Jordan detuvo el coche en el vado y ella respondió:

—No, no han notado nada. Hemos estado perfectos.

—Sí, ¿verdad? Y podríamos haber ganado fácilmente… Hacemos buena pareja hasta con las cartas —afirmó.

Los dos salieron del coche y caminaron hacia la puerta principal.

—Lo importante es que los McGregor se han divertido muchísimo —observó ella.

—Por supuesto. Eso es siempre lo importante.

Ella entrecerró los ojos.

—Te recuerdo que ése era el objetivo de nuestra cita vespertina.

—No me mires así, Alyssa. Si exceptuamos tu metedura de pata con lo del matrimonio, todo ha salido a pedir de boca.

Alyssa abrió la puerta y él se dirigió directamente a la cocina.

—Necesito beber algo —dijo—, pero algo fuerte. ¿No tienes una botella de coñac por alguna parte? Me apetece tomar una copa antes de que nos acostemos.

Alyssa se quedó en mitad del salón, oyendo cómo abría y cerraba los armarios de la cocina. Ya era de noche. Se iban a acostar. Juntos.

La perspectiva la excitó y la irritó al mismo tiempo. Necesitaba estar sola para pensar. Se sentía insegura, incómoda. La velada con los McGregor le había afectado tanto que tuvo el extraño de deseo

de salir corriendo y esconderse de Jordan.

Tenía que aclararse las ideas antes de permitir que Jordan Kyle la sedujera nuevamente.

Miró el pasillo que llevaba a su dormitorio y consideró la posibilidad de encerrarse en él. Jordan saldría de la cocina en cualquier momento; y sabía que, en cuanto la tocara, estaría total y absolutamente perdida.

Giró en redondo y se alejó. Sólo había dado un par de zancadas cuando la voz de Jordan la detuvo en seco.

—¿Adónde vas? —preguntó con humor.

Ella cerró los ojos con resignación antes de darse la vuelta y abrirlos otra vez.

Él estaba en la puerta de la cocina, con una botella de coñac en una mano y dos copas en la otra, mirándola con deseo.

—Jordan…

—¿Sí, Alyssa?

—Esta noche necesito dormir sola.

Jordan caminó hasta el sofá del salón, se sentó con elegancia, dejó las copas a un lado, abrió la botella, se sirvió un par de dedos y echó un traguito. Todo ello, sin apartar la vista de los ojos de Alyssa.

Ella no sabía qué hacer.

Se sentía atrapada, a merced de sus deseos.

—¿Y bien? ¿A qué estás esperando? ¿Acaso necesitas que te dé permiso para irte a la cama? —se burló él—. Márchate cuando quieras.

—Pero…

—No te preocupes por mí; esta mañana he visto que guardas las sábanas y las mantas en el armario del pasillo. Dormiré en el sofá. Buenas noches.

Jordan se comportaba de un modo tan natural y despreocupado que a ella le irritó.

—¿Y qué vas a hacer aquí, tú solo?

—Disfrutar de este coñac excelente.

—Disfrutar del coñac… —repitió ella, incrédula.

—Y después, acostarme —declaró—. Descuida, sé cuidar de mí mismo; lo llevo haciendo toda una vida.

Alyssa entró en el dormitorio, se sentó en la cama y soltó un

suspiro que debería ser de alivio, pero no lo fue.

Se empezó a desnudar e intentó tranquilizarse. Sin embargo, no dejaba de prestar atención a los sonidos procedentes del salón; se preguntó qué estaría haciendo y si estaba decidido a emborracharse solo. Le pareció una posibilidad tan triste que sintió el deseo de volver a su lado y animarlo.

Pero, efectivamente, Jordan sabía cuidar de sí mismo. La que necesitaba consuelo era ella. Su presencia en Ventura seguía siendo un peligro para su forma de vida.

En ese momento habría preferido que Jordan se hubiera quedado en Las Vegas; era lo más seguro para los dos. Pero por otra parte, sabía que él tenía razón: no podía estar yendo y viniendo entre los dos mundos, creyendo que uno era real y el otro pura ficción.

Debía tomar una decisión. Si quería que su relación con Jordan durara, tendría que hacer algo al respecto.

Y quería que durara.

Se metió en la cama y se dedicó a mirar el techo durante un buen rato. Jordan había dejado claro que no estaba dispuesto a permitir que lo relegara a su mundo de fantasía, y ella ni siquiera estaba segura de querer relegarlo. Aunque hubiera sido capaz de separar radicalmente los dos mundos, no podría mirar a otro hombre durante la semana sin pensar que Jordan la estaba esperando en Las Vegas.

Se había dejado atrapar en una situación muy complicada y no encontraba la salida. Incluso entonces, en ese mismo momento, el rehén era ella; había insistido en dormir sola y, sin embargo, no dejaba de preguntarse por Jordan.

Lo deseaba más de lo que había deseado a ningún hombre. Lo deseaba tanto porque se había enamorado de él.

Alyssa se quedó atónita con la revelación. Se había enamorado. Por increíble que pareciera, era tan evidente que no lo podía negar.

Y eso complicaba más las cosas.

Un segundo después, la puerta se abrió.

Ella sintió miedo y excitación a la vez, pero se quedó completamente inmóvil, con los ojos entrecerrados, fingiendo estar dormida.

La luz procedente del pasillo iluminó la habitación. Alyssa no

pudo distinguir bien sus rasgos, pero notó su energía.

—Acabo de descubrir que detesto beber solo.

Ella contuvo la respiración y se preguntó si estaría borracho. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que lo dejó en el salón y entró en el dormitorio; sólo sabía que, en algún momento de ese lapso, había llegado a la conclusión de que estaba enamorada.

Él se acercó a la cama y la miró.

—También he descubierto que no quiero dormir sólo cuando la mujer que me pertenece se encuentra a pocos metros de mí.

Alyssa encontró fuerzas para hablar, aunque en voz muy baja.

—¿Estás seguro de que te pertenezco, Jordan?

Él la miró con intensidad y preguntó:

—¿Lo dudas?

Alyssa extendió un brazo hacia él. Jordan la tomó de la mano.

—No, Jordan. Esta noche no lo dudo en absoluto.

—Cómo podrías, cariño mío. Sabía que estabas nerviosa después de lo que pasó durante la partida de *bridge*, pero supuse que no podrías rechazarme mucho tiempo.

Jordan se tumbó en la cama, con ella, y la abrazó.

Alyssa se entregó a su calor y a su fuerza con un gemido de placer. Estaba con el hombre que adivinaba sus pensamientos incluso cuando estaban jugando. Parecía conocer tan bien su cuerpo y su mente como las cartas y los dados.

Pensó que entregarse a un hombre que la conocía hasta ese punto era peligroso. Pero también irresistible.

Se prometió que el lunes por la mañana, cuando ella volviera al trabajo y él regresara a Las Vegas, encontraría la forma de arreglar el desastre que había causado al permitir que la realidad y la fantasía se mezclaran.

Capítulo 17

El lunes no llegó con más claridad de pensamientos. Alyssa se sintió todo el día como si estuviera en un sueño y tuvo que hacer verdaderos esfuerzos por simular normalidad delante de sus clientes y sus compañeros de trabajo.

Pero la normalidad había estallado en pedazos.

Había estallado el sábado por la noche, cuando reconoció la verdad de sus sentimientos hacia Jordan.

Sentada en su despacho, alcanzó la hoja de papel que había encontrado el domingo, después de que Jordan le diera un beso de despedida y se marchara a Las Vegas. Al descubrirla, medio oculta en el sofá blanco del salón, supo a qué se había dedicado la noche de la partida de *bridge*, cuando se quedó solo con la botella de coñac.

Había dibujado un triángulo de Pascal, cuyas filas de números eran una forma clásica de calcular probabilidades. Cada número era la suma de los dos que estaban encima de él.

Se preguntó si habría intentado tranquilizarse con la lógica clara y rotunda de las matemáticas y sonrió al imaginarlo en el sofá, bebiendo y calculando para resistirse al deseo de entrar en su dormitorio.

Pero, al final, había caído en la tentación.

Dobló la hoja de papel y la guardó en el bolso. Algunas personas atesoraban las fotografías de sus amantes y las miraban de vez en cuando con cariño; pero ella no tenía fotografías de Jordan, de modo que tendría que contentarse con aquel triángulo hasta que

subiera al avión que la llevaría de regreso a Las Vegas.

De hecho, antes de subirse a su coche, Jordan le había hecho prometer que iría a verlo el viernes siguiente.

—Tengo trabajo que hacer. Puede que no sea un trabajo muy respetado, pero se paga bien y es mi forma de vida —declaró él—. ¿Llegarás en el vuelo del viernes por la noche? Prométeme que esta vez no habrá sorpresas.

Ella asintió.

—Estaré en ese vuelo.

Se había enamorado de él y no sabía cómo decírselo. Ni siquiera estaba segura de que quisiera saberlo. A fin de cuentas, Jordan no le había pedido amor; sólo le había pedido que fuera suya.

Alyssa era un mar de dudas. Independientemente de la profundidad de sus emociones, tenía que encontrar una manera de afrontar su relación con él. Más tarde o más temprano, la gente sabría que era un jugador profesional y su mundo cuidadosamente organizado saltaría por los aires.

Alcanzó la calculadora e intentó seguir trabajando, pero no lo consiguió.

Sin embargo, se dijo que se estaba preocupando por cosas que no habían pasado todavía. Su vida seguía como siempre y no había ningún motivo por el que no pudiera disfrutar de los dos mundos.

Además, cabía otra posibilidad.

Al pensar en el triángulo de Pascal, se había dado cuenta de lo que ese dibujo significaba. Jordan lo conocía porque conocía las matemáticas a fondo; lo suyo no era simple intuición y capacidad de cálculo.

De hecho, el domingo por la tarde lo había descubierto con uno de sus libros sobre probabilidad; cuando se acercó a él e hizo un comentario sobre uno de los teoremas que contenía, se llevó la sorpresa de que lo conocía bien.

Definitivamente, Jordan era algo más que un jugador de cartas y dados.

Tenía la habilidad y los conocimientos necesarios para que ella le ofreciera un empleo. Un empleo de verdad, lejos de las mesas de juego. Un empleo perfectamente respetable para la mayoría de la gente.

Y si lo aceptaba, cabía la posibilidad de quisiera casarse con ella.

Aún le estaba dando vueltas al asunto cuando Hugh Davis entró. Alyssa se concentró en su problema inmediato y miró a su rival. Desde la noche de la fiesta, desconfiaba más de él.

—¿Qué tal el fin de semana, Alyssa?

Hugh se sentó sin esperar a que lo invitara.

—Muy bien, gracias. ¿Y el tuyo?

Alyssa se recostó en el sillón y empezó a dar golpecitos de impaciencia con el bolígrafo que tenía en la mano.

—Bueno… ha sido un fin de semana interesante. Muy interesante —respondió él, sonriendo como un depredador—. Mi esposa lloró mucho la noche de la fiesta.

Ella frunció el ceño.

—Eso es culpa tuya, Hugh. Cometiste un error al mirarme como si estuvieras coqueteando conmigo.

—Sí, es posible que sí, pero ése no fue el problema.

—No te entiendo…

—Digamos que tenía otros motivos para estar deprimida.

—¿De qué diablos estás hablando, Hugh?

—De que le hice creer que tú y yo mantenemos una relación —respondió con indiferencia.

—¡Dios mío! ¿Se puede saber por qué has hecho eso?

—Porque quería proteger a la mujer con quien mantengo la aventura de verdad, naturalmente —respondió, encogiéndose de hombros—. Le he dejado pistas falsas a propósito, Alyssa… y debo decir que tu costumbre de marcharte de Ventura todos los fines de semana me ha resultado muy útil.

—¿Útil?

—Pues claro. Ahora cree que te ibas conmigo.

Alyssa se quedó boquiabierta, sin saber qué decir.

—No me mires así, querida —continuó—. Tú habrías estado relativamente a salvo si a mi esposa no le hubiera dado por investigar lo que hacíamos los fines de semana.

—Sigo sin entenderte, Hugh. ¿Qué quieres decir con eso?

—Mi esposa es una mujer celosa y muy posesiva, pero tiene una característica peculiar… no me culpa a mí por mis relaciones extramatrimoniales; culpa a mis amantes. Supongo que, al demonizar a una tercera persona, se siente mejor porque de esa manera no tiene que enfrentarse conmigo… —explicó—. Pero la

conozco bastante bien y sabía que intentaría encararse con mi amante, así que te utilicé para protegerla.

Hugh se detuvo un momento y añadió:

—Como ves, me has sido extraordinariamente útil.

—Sí, ya me lo imagino —dijo, furiosa—. Ahora entiendo todo… tu esposa cree que me marchaba contigo todos los fines de semana.

—En efecto. Pero no te preocupes, Alyssa; le he dicho que lo nuestro ha terminado.

Alyssa se acordó de las extrañas llamadas telefónicas que había recibido los últimos días, cuando descolgaba el teléfono y no había nadie al otro lado de la línea.

Obviamente, había sido Cari Davis.

—¿Puedo saber por qué me lo cuentas ahora, Hugh?

—Porque esta vez, mi esposa ha ido más lejos de la cuenta.

Alyssa se mantuvo en silencio, esperando a que se explicara.

—Te creyó una amenaza tan terrible para ella que contrató a un detective privado para que te siguiera dos fines de semana —continuó él—. El detective le ha presentado un informe interesante… por supuesto, le ha dicho que tú y yo no estamos juntos, pero también ha mencionado a qué dedicas tu tiempo libre. Parece que tienes muchos más vicios de los que imaginaba, Alyssa.

Capítulo 18

Alyssa no movió ni un músculo. Se limitó a mantener el mismo silencio de antes.

—El viernes por la noche, cuando mi esposa me contó lo sucedido, conseguí sacarle el nombre del detective privado. Ayer me dediqué a buscarlo, lo localicé y le dije que ahora trabaja para mí.

—¿Y tu esposa?

—Hasta la noche de la fiesta, seguía convencida de que el dinero que le pagaba al detective estaba bien gastado. Creía que yo me acostaba contigo —respondió—. De hecho, le faltó poco para organizarte un escándalo… pero te vio con Kyle y su presencia la desconcertó hasta el punto de hacerla dudar. Tienes suerte. Cari había bebido mucho y se pone absolutamente insoportable cuando bebe.

Hugh la miró un momento y siguió con su historia.

—Al final, sé que mi esposa terminará por creer lo que yo le diga. Ella es así. No tiene el menor sentido común; si lo tuviera, le habría pedido al detective que me siguiera a mí en lugar de seguirte a ti. Era lo más lógico.

—Pero se equivocó.

—En efecto; se equivocó por completo. Y ayer, cuando hablé con el detective y me amplió la información, descubrí algo por lo que debería dar las gracias a mi esposa… precisamente me ha llamado hace una hora para decirme que ha localizado a Jordan Kyle en el hotel de uno de los casinos más importantes de Las Vegas. Pero

supongo que eso no tiene nada de particular. A fin de cuentas, tu amigo no es investigador, ¿verdad?

Alyssa no dijo nada.

—Según dice el detective, Kyle se levanta muy tarde y no tiene más ocupación aparente que apostar en las mesas de juego. Sólo es un jugador profesional con el que te liaste durante tu última escapada.

—Te has vuelto loco… —bramó.

—¿Cuánto dinero has perdido desde que te dedicas a jugar? Y no digas que no has perdido nada, porque todo el mundo pierde a medio plazo. ¿Qué ocurre? ¿Acaso te has convertido en una ludópata?

—No sabes de qué estás hablando.

—Bueno, en realidad, da lo mismo; sospecho que a David McGregor le gustará saberlo.

—Ah, ahora lo entiendo todo.

—Descuida, no es lo que crees. Estoy dispuesto a mantener en secreto la información; pero sólo con ciertas condiciones.

—¿Puedo saber qué condiciones? —preguntó ella.

—Que le digas a McGregor que ya no quieres ese ascenso.

Hugh se levantó, caminó hasta la puerta, se detuvo y le dedicó una sonrisa.

—Lo sé, lo sé, te estoy extorsionando. Sin embargo, el mundo es así; todos hacemos lo necesario por salir adelante —declaró—. Me pasaré esta noche por tu casa para que me des una respuesta… ¿No te parece irónico? Estaré contigo, pero después de lo que ha pasado, mi esposa creerá que estoy con otra.

Hugh salió del despacho y cerró la puerta.

Alyssa estaba horrorizada. Ya no había esperanza alguna de mantener separados sus dos mundos. Su vida se derrumbaba a su alrededor.

De repente, se acordó del comentario de Jordan sobre la gente de Las Vegas y las personas como los McGregor. El tenía razón; en el mundo del juego no se jugaba ni tan duro ni tan sucio como en el mundo del trabajo.

Alyssa salió de la oficina algo más temprano que de costumbre. Se sentía extrañamente tranquila, como si la perspectiva del desastre inminente la hubiera inmunizado de algún modo.

Cuando llegó a su casa, dejó caer el bolso en la silla del vestíbulo y se sirvió una copa. La necesitaba.

Después, caminando tan cuidadosamente como si tuviera miedo de pisar algo, cruzó el salón y se sentó en el sillón que se encontraba junto al teléfono.

Durante varios minutos, no hizo otra cosa que contemplar el aparato, preguntándose si existía la posibilidad de que Jordan estuviera en la habitación de su hotel.

Todavía era pronto. Seguramente se estaría vistiendo para bajar al casino.

Pero no sabía qué decir.

Súbitamente, cayó en la cuenta de que su inseguridad no se debía a tener que confesar que Hugh Davis la estaba extorsionando. En realidad, ésa era la parte fácil del asunto. La difícil era otra: que ni siquiera estaba segura de que le importara.

Echó un trago y se lamió los labios. Lejos de estar preocupada, se sentía más aliviada que en mucho tiempo. Paradójicamente, se sentía libre.

Sacudió la cabeza, confundida, y se dijo que necesitaba hablar con alguien y que ese alguien sólo podía ser Jordan, el hombre en el que confiaba, el hombre en cuyos brazos se sentía a salvo.

Marcó el número con dedos firmes. Estaba prácticamente convencida de que ya se habría marchado, así que se sobresaltó al oír su voz.

—¿Dígame?

—¿Jordan? —dijo ella en un susurro.

—¿Alyssa? ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado, cariño? —preguntó, preocupado, al notar su inquietud.

—Esta tarde he recibido una visita muy interesante de Hugh Davis. ¿Te he dicho alguna vez que ese tipo es un cerdo?

—Lo supe en cuanto lo vi. Pero cuéntamelo todo.

Alyssa se lo contó con todo lujo de detalles; sin embargo, Jordan la interrumpió con instrucciones antes de que ella pudiera llegar a la última parte, a la confesión de que no sabía si le importaba de verdad.

—Sólo son las cuatro y media de la tarde. Tomaré el próximo vuelo a Los Ángeles y luego iré a Ventura en coche. Si Davis llega a tu casa antes que yo, entretenlo; haz lo que sea para que no se

marche, ¿entendido? Y no te preocupes, cariño; repararé el daño que te he hecho.

Jordan colgó sin darle la oportunidad de decir que no sabía si quería que lo reparara y que, además, ni siquiera era culpa suya. Él no había hecho nada malo; simplemente, se había dejado atrapar en las complicaciones de su vida.

Al final, los dos hombres llegaron casi al mismo tiempo. A las ocho y media de la tarde, en el momento preciso en que Hugh Davis estaba llamando a su puerta, Jordan entraba en el vado de la casa.

Cuando Hugh lo vio, dijo a Alyssa:

—No te va a servir de ayuda, querida mía. No es más que un jugador profesional —declaró con desprecio.

Alyssa pensó que Jordan era mucho más que eso, y se sintió aliviada cuando bajó del coche y subió los escalones de la entrada.

Aquél era el hombre de quien se había enamorado.

—Jordan…

Se arrojó a sus brazos sin dudarlo; él encajó el impacto de su cuerpo y le acarició suavemente la espalda.

—Oh, Jordan… —insistió—. No era necesario que vinieras.

Él la besó en la frente y dijo:

—Por supuesto que lo era. Me perteneces, ¿recuerdas? Tengo todo el derecho del mundo a cuidar de ti.

—Vaya, vaya, es la escena más romántica que he visto nunca —se burló Hugh—. Quién habría imaginado que Alyssa sería tan estúpida como para encapricharse de un individuo como tú, Kyle. Pero bueno, hay gustos para todo.

Jordan soltó a Alyssa y caminó hacia Hugh con una mirada de ira.

—Entra en la casa, Davis —ordenó con frialdad—. Será mejor que solucionemos este asunto cuanto antes.

Alyssa lanzó una mirada de incertidumbre a Jordan, que se limitó a acompañar a Hugh al salón. No sabía lo que pretendía.

Su rostro era absolutamente impenetrable. Pero le alegraba que estuviera allí.

Cuando miró a su compañero de trabajo, notó que estaba nervioso. Parecía haberse dado cuenta de que había cometido un error al enfrentarse con Jordan.

—No sé qué haces aquí pero, en cualquier caso, esto no es

asunto tuyo, Kyle —afirmó Hugh, intentando pasar a la ofensiva—. Sólo nos concierne a Alyssa y a mí.

—Todos los asuntos de Alyssa son asuntos míos, Davis.

—Está bien, como quieras. Le he ofrecido la posibilidad de mantener en secreto su problema. Es evidente que no reúne las condiciones necesarias para conseguir el ascenso; si se retira ahora, me callaré lo que sé. Tan sencillo como eso.

—Tan sencillo como la extorsión —puntualizó Jordan—. O tan sencillo como librarse de un vulgar chantajista.

Hugh entrecerró los ojos.

—¿Me estás amenazando, Kyle? Ten cuidado con lo que dices, porque si acudo a la policía, las cosas se van a poner muy feas para vosotros. Además de perder el ascenso, Alyssa podría perder el trabajo.

Jordan se sentó en uno de los taburetes de la barra que daba a la cocina americana. Llevaba unos pantalones de vestir, oscuros, y una camisa negra. Alyssa pensó que parecía un diablo de ojos dorados.

—No te estoy amenazando, Kyle. Todavía no he empezado a amenazarte. Primero quiero saber si eres capaz de entrar en razón.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Me han dicho que has utilizado a mi mujer para engañar a la tuya. ¿Me equivoco?

Hugh no dijo nada.

—Ya veo… —continuó Jordan—. Y no puedo decir que me parezca mal… comprendo que quisieras proteger la identidad de tu amante, aunque los medios que has utilizado sean muy poco honorables.

—Kyle, si no cierras la boca y te marchas de aquí ahora mismo, me aseguraré de que Alyssa pierda su empleo. ¿Quién te ha dado permiso para intervenir? No eres más que un jugador de segunda.

—Sí, soy un jugador. Eso es indiscutible. Pero no te has dado cuenta de que los miembros de mi profesión tenemos habilidades muy útiles.

—¿Habilidades?

—Sí. Sabemos calcular los riesgos en cualquier apuesta —respondió—. La profesión de jugador es complicada; para sobrevivir, no tienes más remedio que aprender a medir bien a los hombres. Cuando te conocí en la fiesta, supe que eras un canalla.

Supongo que tu pobre esposa se dará cuenta uno de estos días, pero eso es irrelevante en este momento. En ti no hay ni una sombra de caballerosidad.

Hugh soltó una carcajada.

—¿Y eso te parece una desventaja? —se burló.

—Puede que sí y puede que no —respondió Jordan—. Pero si estamos de acuerdo en ese hecho, podemos sacar una conclusión… sólo un caballero de verdad es capaz de actuar sin más interés que el de proteger a otra persona. Como tú no eres un caballero, te mueves exclusivamente por amor a tu propio pellejo. Y desde luego, serías capaz de hacer cualquier cosa por él.

Alyssa tragó saliva al comprender las implicaciones de la afirmación de Jordan. Había permitido que Kyle la engañara. No la había usado a ella para ocultar la identidad de su verdadera amante. Él jamás se habría preocupado por eso; al fin y al cabo, había engañado a su esposa varias veces y nunca se había molestado con sutilezas parecidas.

—No sé adónde quieres llegar, Kyle.

—¿No? Yo diría que es evidente. Para empezar, ya hemos acordado que eres un canalla incapaz de mover un dedo por proteger a una amante, a no ser que…

—¿A no ser? —preguntó Alyssa.

—A no ser que la identidad de la amante sea tan importante para él que no tenga más remedio que protegerla —respondió.

De repente, Jordan cruzó la habitación con la velocidad de un rayo, agarró a Hugh por el cuello de la camisa y lo estampó contra la pared del fondo.

—¿Qué voy a descubrir sobre la misteriosa mujer a quien proteges? —bramó a escasos milímetros de su cara—. ¿Qué me va a decir el detective privado al que voy a contratar esta misma noche, Davis? ¿Quién es ella?

Hugh Davis debió de comprender que estaba perdido, porque cambió de actitud.

—¡Suéltame! Te prometo que no hablaré con McGregor; no le diré nada de Alyssa. Pero suéltame de una vez.

—¿Pretendes que me fíe de ti? Ya hemos quedado en que no eres un caballero. Y, obviamente, no se puede confiar en los tipos como tú.

—Te doy mi palabra. No diré nada.

—Creo que contrataré a ese detective privado de todas formas. Conozco a uno muy bueno, de Los Ángeles. Juega a las cartas conmigo de vez en cuando. Es un hombre en quien se puede confiar.

—Maldita sea, te aseguro que mantendré la boca cerrada —insistió—. ¿Qué más quieres de mí? No diré lo que sé de Alyssa.

—Quiero la verdad —dijo Jordan, implacable—. Y la voy a conseguir de un modo u otro. Si no me das su nombre esta noche, me lo dará el detective dentro de un par de días… Tú sabrás lo que haces, Kyle. Si me ahorras la molestia de tener que llamar a mi amigo de Los Ángeles, nadie conocerá la identidad de tu amante. Intercambiaremos información, por así decirlo, y nos mantendremos silencio.

Por fin, Davis pronunció el nombre.

—Es Marilyn Crawford.

Alyssa se quedó atónita.

—¿Marilyn Crawford? ¿Estás saliendo con Marilyn Crawford? —Acertó a preguntar.

—¿Quién es? —preguntó Jordan, que soltó a Hugh.

—La presidenta de una empresa rival. No me extraña que quiera mantener su nombre en secreto. McGregor se pondría furioso si supiera que uno de sus empleados está saliendo con ella —respondió—. Yeoman Research y la empresa de Marilyn son enemigas declaradas. Luchamos por los mismos contratos y por los mismos proyectos.

—Ya decía yo…

—Pero hay algo más; según tengo entendido, el padre de Marilyn odiaba a David McGregor y consiguió que su hija heredara el mismo odio. Si McGregor se entera, despedirá a Hugh de inmediato. Creerá que le está pasando información y, seguramente, estará en lo cierto —afirmó Alyssa.

—¡Eso no es verdad! ¡Jamás le diría nada importante a esa bruja! —protestó Hugh.

Jordan arqueó una ceja.

—Definitivamente, no eres ningún caballero, ¿eh? Mira que llamar bruja a la mujer con quien te acuestas…

—Ya no me acuesto con ella —se defendió—. Marilyn me

mintió; me prometió un puesto en su empresa si las cosas no me iban bien en Yeoman…

Hugh no terminó la frase al darse cuenta de que estaba hablando demasiado. Pero Jordan se limitó a asentir.

—Así que quería sacarte información. Y cuando la consiguió, se libró de ti.

—¡No consiguió lo que quería! Yo no le he dicho nada importante de Yeoman Research.

Por la vehemencia de Hugh, Alyssa supo que decía la verdad.

—Y te dejó por eso, ¿verdad?

—Sí. Nos separamos ayer mismo. Me dijo que sólo había estado conmigo porque quería sonsacarme.

—Hay una cosa que no entiendo, Hugh —intervino Alyssa—. ¿Por qué te liaste con ella? Es una mujer muy hermosa, pero debías saber lo que pasaría si David McGregor se llegaba a enterar…

—Lo sabía perfectamente. Pasaría lo mismo que si descubriera que te dedicas a jugar en Las Vegas y que sales con un jugador profesional —contraatacó.

—Eso es cierto. Pero yo te puedo decir por qué empecé a jugar… Empecé porque me gusta. Y no pierdo más de lo que me puedo permitir.

Hugh le lanzó una mirada de desafío y dijo:

—Puede que yo empezara a salir con Marilyn por las mismas razones. Era excitante y peligrosa… incluso pensé que podría aprender algo de ella y usarlo para impresionar a McGregor. Luego me ofreció un puesto en su empresa si yo no conseguía el ascenso, y me sentí agradecido. Pero ayer me dijo que yo no le servía de nada y que me fuera al infierno —le confesó.

—Comprendo. Y de repente, el ascenso volvió a ser prioritario para ti —declaró Alyssa—. Por eso me has querido extorsionar.

Hugh no dijo nada. Simplemente, lanzó una mirada llena de resentimiento a Jordan, que sonrió.

—No vuelvas a molestar nunca a mi mujer, Davis. Si intentas hacer algo que no sea saludarla en la oficina cuando te cruces con ella, te aseguro que te arrancaré las entrañas. Y si se llega a saber lo del pasatiempo de Alyssa, sabré que has sido tú y me las pagarás. ¿He sido suficientemente claro?

—Desde luego —respondió Hugh mientras caminaba hacia la

puerta—. Tu chica y yo mantendremos el secreto, ¿verdad, Alyssa?

—¿Sabes una cosa, Hugh? Te has preocupado por nada. No quiero ese ascenso. Es tuyo —respondió ella.

Jordan se giró hacia Alyssa y la miró con asombro.

—Es verdad. Voy a retirar mi candidatura —continuó.

—¿Pero por qué…?

—No entiendo nada.

Alyssa no supo cuál de los dos hombres habló primero, pero sus ojos no se apartaron en ningún momento de los de Jordan.

—He decidido que no me importa ese trabajo. La gente de mi mundo juega demasiado duro y demasiado sucio. Lo voy a dejar.

—Pero Alyssa… ¿Qué estás diciendo? No… no puedes hacer eso —declaró Jordan.

Ella sonrió y se giró hacia Hugh.

—Buenas noches. Cierra la puerta al salir. Jordan y yo tenemos que mantener una conversación privada.

—No dirás ni una sola palabra de todo esto, ¿entendido, Davis? —rugió Jordan—. Alyssa no piensa con claridad esta noche. Estoy seguro de que mañana por la mañana habrá cambiado de idea y querrá ese ascenso.

Hugh asintió, salió de la casa y cerró la puerta.

Jordan agarró a Alyssa de los brazos y la miró a los ojos.

—Cariño, hoy has tenido un día muy difícil. No tomes decisiones importantes en estas condiciones. Recuerda que estás hablando de tu futuro.

Alyssa sonrió.

—No necesito que me lo recuerdes. Lo sé de sobra.

—¡No puedes renunciar a tu trabajo así como así! Sé que significa mucho para ti; me lo has dicho mil veces.

—Ese trabajo significaba mucho para mí porque no tenía nada más interesante que hacer y porque quería demostrar algo a mi padre y a mi ex marido, pero eso ya no importa.

Jordan gimió y la abrazó con fuerza.

—Cariño, escúchame antes de tomar una decisión apresurada. Sé que mi mundo te parece apasionante, pero no te gustaría si estuvieras en él todo el tiempo. Ni siquiera me gusta a mí… No puedo permitir que tires tu vida por la borda. ¿Por qué crees que me he tomado la molestia de subirme a un avión y conducir hora y

media para llegar a tu casa y sacarte del lío en que te metí?

—Tú no me metiste en ese lío. Fui yo misma, sin ayuda de nadie. De hecho, tú has sido una víctima más.

—Vamos, Alyssa… no digas tonterías. No quiero que te arrepientas de nada ni que te preocupes. Si Davis te vuelve a dar problemas, te lo quitaré de encima.

—Estoy segura de ello. Esta noche lo has puesto en su lugar. ¿Cómo sabías que ocultaba algo?

—No estaba seguro, pero decidí arriesgarme. Debía tener un motivo importante para utilizarte como escudo ante su mujer, y una simple aventura no podía ser el motivo real. Si no le preocupaba que su esposa se enterase, ¿por qué le iba a preocupar que averiguara el nombre de su amante? Simplemente, aposté a que su historia tenía aspectos ocultos.

—Y ganaste. Como de costumbre.

—Y gané.

—A veces me das miedo, Jordan. Ya veo que mi mundo no es el único donde se juega duro —dijo.

—No tengas miedo de mí.

—No, no lo tengo.

—Cariño, antes hablaba en serio. No dejes tu trabajo.

—¿Temes que quiera vivir a tus expensas? —bromeó.

Él sacudió la cabeza.

—No se trata de eso… aunque, si de mí dependiera, te mantendría durante el resto de tu vida. Te mantendría, te protegería y te haría el amor todo el tiempo.

—Bonitas palabras. Recuérdamelas cuando aparezca en Las Vegas mañana por la noche, por favor.

—Está bien, Alyssa, haz lo que consideres oportuno; pero prométeme que lo pensarás con detenimiento. Somos personas inteligentes y avispadas; podemos pasar indefinidamente de un mundo a otro.

—Pero no quiero, Jordan.

Alyssa se apartó de él.

—¿Quieres tomar un coñac antes de que nos acostemos? —añadió.

—No.

—¿No quieres una copa?

—No, porque no me voy a quedar contigo. Me vuelvo a Las Vegas.

—Oh…

—Quiero darte tiempo para pensar —declaró mientras se pasaba una mano por el pelo—. Si nos quedamos juntos, mañana por la mañana serías capaz de hacer cualquier locura.

—Ésa es una forma educada de decir que me olvido de todo cuando estoy entre sus brazos —comentó ella—. Y es verdad.

Él entrecerró los ojos.

—A mí me pasa exactamente lo mismo, Alyssa. ¿Por qué crees que vine a buscarte cuando supe que no podrías ir a Las Vegas aquel viernes? No podía concentrarme en el trabajo; sólo podía pensar en ti.

Alyssa se dijo que ya sólo faltaba una cosa, que Jordan sacara las conclusiones adecuadas de su afirmación y se diera cuenta de que estaba tan enamorado de ella como ella de él.

—El viaje a Las Vegas es demasiado largo para que lo hagas ahora, Jordan…

—No tanto. El viaje de vuelta se me hará más corto que el de ida. Estaba tan furioso con lo que Davis te había hecho que me pareció interminable.

—Intenté decirte que no era necesario que vinieras, pero ya habías colgado el teléfono —se excusó.

—Créeme, sí era necesario. Independientemente de lo que decidas mañana sobre tu trabajo —afirmó él.

Jordan la miró a los ojos con una expresión vulnerable y ella deseó abrazarlo y animarlo con sus caricias.

Pero sabía que en ese momento no podía hacer nada.

—Buenas noches, Jordan. Nos encontraremos en el casino. Supongo que llegaré entre las siete y las ocho.

Jordan se acercó, se inclinó sobre ella y la besó apasionadamente. A continuación, dio media vuelta y desapareció en la noche.

Capítulo 19

Alyssa entró en el casino con el vestido negro de ribetes plateados que se había puesto la noche en que conoció a Jordan.

Parecía una mujer de mundo, una mujer refinada y misteriosa. Su cabello rubio brillaba a la luz de los candelabros y la tela del vestido se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel.

En las profundidades de sus ojos había un destello prometedor que llamó la atención de muchos hombres mientras avanzaba entre la multitud; pero todos se dieron cuenta de que su mirada era para otro.

Ella ni siquiera se dio cuenta. Iba decidida a encontrarse con el hombre del que se había enamorado. Y no se había sentido tan libre en toda su vida.

Siempre había seguido los designios de otras personas; primero de su padre, que quería que tuviera éxito en el mundo académico, y después de su ex marido. Como no estaba a la altura de sus expectativas, decidió labrarse un futuro en el mundo de los negocios y demostrarles que ella también tenía talento; pero en el fondo le disgustaba tanto que se había buscado la fantasía de Las Vegas para sentirse mejor.

Sin embargo, ya no tenía que demostrar nada a nadie. Estaba enamorada de Jordan y dispuesta a hacer cualquier cosa por ese amor.

Pero no sabía si el sentimiento era recíproco.

Vio a Jordan en la mesa de blackjack y se limitó a observarlo en silencio durante unos momentos.

Se había puesto un esmoquin negro y una camisa blanca. Tenía un aspecto frío y elegante que se volvió inmensamente cálido cuando notó su presencia, se giró y clavó en ella sus ojos dorados.

Ni siquiera esperó a terminar la partida. Recogió sus ganancias, que todavía eran escasas, y se dirigió hacia ella. Se detuvo a un metro de distancia y la observó con detenimiento, como si estuviera leyéndole el pensamiento.

Sin embargo, ella no se sintió incómoda.

A fin de cuentas, también podía adivinar el suyo.

—Permítame que lo invite a una copa —dijo Alyssa.

El sonrió. Era una de las primeras cosas que él le había dicho cuando se conocieron.

—No se preocupe. No trabajo para el casino —continuó ella.

—¿Ah, no? —preguntó él, acercándose un poco más.

—No. Puede venir a tomar una copa conmigo. No correrá ningún peligro, de verdad.

—De eso no estoy tan seguro… —ironizó—. Esta noche tienes un aspecto francamente peligroso.

Jordan la tomó del brazo y la llevó hacia el bar.

—Pero es verdad que no trabajo para el casino; de hecho, ya no trabajo para nadie… Es una de las cosas que quería contarte. Finalmente, he dejado mi empleo.

Se sentaron a una mesa y él la miró con intensidad.

—Bueno, no te preocupes. Yo cuidaré de ti. Siempre.

Ella sonrió.

—Te lo agradezco mucho, pero no es lo que tenía en mente.

Él alcanzó la mano de Alyssa y le acarició la muñeca.

—¿Y qué es lo que tienes en mente, cariño?

—Una profesión nueva para los dos, Jordan. Una profesión respetable, justo lo que tanto te gusta.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—Fundar una asesoría juntos, la Chandler-Kyle; o si lo prefieres, Kyle-Chandler. Ofreceremos servicios estadísticos y análisis de probabilidades para el mundo de los negocios. Estoy segura de que tendríamos éxito.

—¿Y si no funciona?

—Entonces, siempre podemos volver a las mesas de juego —respondió—. De hecho, creo que deberíamos jugar una temporada y

sacar el dinero suficiente para fundar la empresa y empezar con buen pie… aunque también sería una forma perfecta de pasar nuestras vacaciones.

—En otras palabras, lo que propones es que tengamos lo mejor de los dos mundos.

Ella asintió.

—Sí, pero con nuestras propias condiciones. Sin trabajar para personas llenas de prejuicios sobre nuestra forma de vida.

—¿Crees que yo podría trabajar en una empresa?

—He conocido a tantos matemáticos que reconozco el talento cuando lo veo. Créeme, Jordan, tú puedes hacer eso y mucho más. Aunque no tengas un título universitario, tienes una gran experiencia. Formaremos un gran equipo. Entre los dos, tenemos las habilidades necesarias.

—Las habilidades necesarias para parecer respetables —puntualizó él.

—Sí, también para eso.

—¿Y seguro que podremos volver a nuestra fantasía de vez en cuando?

—Si quieres…

Él sonrió de forma encantadora.

—Tú idea me gusta muchísimo, cariño. Mi mundo me parecía mucho más divertido cuando no me sentía atrapado en él.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Trato hecho, Alyssa Chandler. Y en cuanto al nombre de la empresa, lanzaremos una moneda al aire y dejaremos que la suerte decida.

—Está bien, pero yo lanzaré la moneda.

Jordan echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¿Es que no confías en mí, cariño?

—Te confiaría hasta mi vida.

—Oh, Alyssa…

Él la apretó contra su cuerpo y le dio un beso lleno de esperanza y de compromiso que terminó de borrar todas sus dudas.

—Alyssa, Alyssa, mi dulce jugadora… —continuó—. Si estás dispuesta a arriesgarte conmigo, te prometo que jamás te dejaré en la estacada. Te daré todo lo que tengo, todo lo que soy.

—¿También me darás tu amor, Jordan? ¿Un poquito de tu

amor?

Él se estremeció.

—¡Oh, Dios mío! ¿Pero aún no sabes que lo tienes entero, desde el primer día? —preguntó.

Alyssa suspiró.

—¿Lo tengo? ¿De verdad? Sé sincero conmigo, porque te amo tanto que…

—Anoche, cuando dijiste que estabas decidida a dejar tu trabajo, albergué la esperanza de que te hubieras enamorado de mí —la interrumpió—. Pero tenía tanto miedo de llevarme una desilusión…

—No sé de qué tenías miedo, cariño. Tus apuestas siempre salen bien.

—El juego de la vida es más complejo y más duro que el de las mesas de los casinos, Alyssa. Los juegos de verdad son terribles. Pero, si verdaderamente me amas…

Alyssa lo miró. Sorprendentemente, parecía nervioso.

—Por supuesto que te amo —aseguró.

—En ese caso, tengo que hacerte una oferta. Tú me has hecho una que me convertirá en un hombre respetable, y ahora quiero devolverte el favor.

—¿Convertirme en una mujer respetable?

—¿Quieres casarte conmigo, Alyssa?

Ella contuvo la respiración durante un par de segundos.

—Pero si decías que no estás hecho para el matrimonio…

—Y no lo estaba, pero ahora lo estoy —puntualizó—. Cásate conmigo. Te prometo que seré el mejor marido del mundo.

—Trato hecho —susurró.

Capítulo 20

Jordan se negó en redondo a casarse con ella en Las Vegas. Alyssa le recordó que, si se casaban allí, podrían pasar la noche de bodas en la habitación roja decorada como un burdel antiguo, pero no sirvió de nada. Jordan estaba decidido a parecer respetable desde el primer día y se empeñó en celebrar una boda tranquila en la pequeña localidad de Oregón donde tenía su residencia.

Tres días más tarde, cuando ya se habían casado en el Registro Civil y volvían la casa de Jordan, ella comentó:

—Bonito coche…

Jordan sonrió sin apartar las manos del volante de su Porsche plateado.

—Ah, es verdad. Había olvidado que querías comprarte un Porsche rojo con tus ganancias… Bueno, no te preocupes. Yo te regalaré uno.

Ella rió.

—No creo que necesitemos dos en la familia. Puedo usar el tuyo. A no ser que temas que te lo estropee…

—Me arriesgaré a prestártelo —declaró, sonriendo a su vez—. A fin de cuentas, no corro demasiado peligro. Si lo estropeas, sólo tienes que viajar unas cuantas veces a Las Vegas o a Reno para comprarme otro.

—Serás un marido de lo más comprensivo —bromeó.

Él la acarició un momento antes de volver a llevar la mano al volante.

—Mi esposa. Mi propia esposa —dijo él, visiblemente

emocionado.

Aparcó el coche delante de la casa, que se alzaba en lo alto de un acantilado de la costa. Después, salieron del coche, la tomó de la mano y avanzaron por un camino de losetas de piedra.

Justo antes de abrir la puerta y de entrar en la elegante y moderna casa de chimenea gigante y ambiente cálido y acogedor, Jordan la alzó en brazos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella entre risas.

—Se supone que es una tradición de los recién casados, ¿no es así? —respondió, cerrando la puerta con el pie—. Dicen que da suerte.

—Y yo te he dicho una y mil veces que la suerte no existe.

—Y yo te he dicho otras tantas que te equivocas —dijo él, sonriendo—. Además, soy un jugador y me gusta arriesgarme.

La llevó a una escalera de caracol y subieron al piso de arriba, donde estaban los dormitorios.

—No estarás pensando que casarte conmigo es un riesgo, ¿verdad? —le preguntó, súbitamente preocupada.

Él se detuvo en lo alto de la escalera y la miró.

—Alyssa, casarme contigo es lo más inteligente y seguro que he hecho en toda mi vida. Te amo.

Ella le acarició los labios.

—Y yo te amo a ti —replicó.

Cuando entraron en el enorme dormitorio y él la dejó en la cama, Alyssa se dio cuenta de que estaban tan emocionados que los dos temblaban ligeramente.

Y entonces supo que siempre sería así, que podrían afrontar cualquier cosa porque siempre se querrían y confiarían el uno en el otro.

Jordan se quedó de pie, a los pies de la cama, y la miró.

—No sé cómo pude sobrevivir mientras esperaba a que aparecieras.

Después, se tumbó a su lado y le desabrochó la chaqueta de color champán y la falda a juego que se había puesto para la ceremonia nupcial. Entretanto, ella hizo lo mismo con su ropa.

—Tienes unas manos preciosas —declaró Alyssa.

Jordan, que se había apartado un poco para quitarse los zapatos, pareció sorprendido.

—¿Mis manos? ¿Te gustan mis manos?

—Adoro tus manos.

Él gimió, se inclinó sobre ella y besó sus pezones, que se habían endurecido. Alyssa se arqueó contra su boca, anhelando el contacto de su lengua.

Jordan empezó a acariciarla por todo el cuerpo, redescubriendo sus lugares más vulnerables. Alyssa sintió su dureza y se maravilló ante la intensidad de su deseo. Se sentía más querida y deseada que nunca; y por si eso fuera poco, sabía que podía darle tanto como él le daba a ella.

Pasó las manos por su pecho y jugueteó con su vello antes de descender hasta sus piernas. Una vez allí, acarició su erección y Jordan la premió con un gemido de placer.

—Me atormentas tanto que casi me vuelves loco…

—¿Sólo casi? —bromeó ella, coqueta.

Inmediatamente, él introdujo una mano entre sus muslos.

—Oh, Jordan…

Al sentir el mágico contacto de sus dedos, Alyssa empezó a retorcerse y arquearse en un gesto de ruego e invitación.

Jordan la admiró y pensó que era perfecta, que no necesitaba nada más y que cuidaría de ella pasara lo que pasara.

Alyssa no se arrepentiría jamás de haberse casado con él.

—Eres tan hermosa… —declaró mientras la besaba en el vientre —. Tan cálida, tan acogedora… Logras que me sienta querido.

—Tú logras lo mismo conmigo, Jordan. No me extraña que nos encontremos irresistibles.

Alyssa le acarició los hombros y llevó las manos a su pelo.

—Hagamos el amor, cariño. Te necesito.

—Lo haremos. No lo dudes; lo haremos.

Él la acarició un poco más y ella se retorció de placer.

—Ahora, Jordan…

—Espera un momento. Sólo un momento más.

Jordan le besó el cuello y aspiró su aroma. Sus sentidos exigían que la tomara de inmediato, pero quería saborear aquellos segundos y aumentar el deseo y la necesidad de Alyssa hasta donde le fuera posible.

Alyssa supo lo que estaba haciendo, pero sólo pudo dejarse llevar. Arqueó las caderas hacia arriba, ardiendo en deseos de

fundirse con él. Podía sentir el sexo de Jordan a escasos milímetros del suyo.

—Ven a mí, cariño —le susurró, excitada—. Ven y hazme tuya.

Como siempre, ella ganó la batalla. Jordan la penetró y se empezó a mover con energía y necesidad.

Y, como siempre, él se sintió perdido. Las barreras que había entre ellos se derrumbaron y los atraparon bajo una ola de amor.

Alyssa cerró las piernas sobre su cintura y pasó los brazos alrededor de su cuello, sin dejar de susurrar su nombre una y otra vez. La espiral del deseo fue ascendiendo poco a poco, empujada por los movimientos de Jordan, ganando en intensidad.

—¡Jordan!

Al oír su voz, ligeramente quebrada, él supo que estaba a punto de alcanzar el orgasmo.

—Sí… déjate llevar. Entrégate por completo.

Las palabras de Jordan fueron todo lo que ella necesitaba para alcanzar el clímax. Su cuerpo se estremeció entre espasmos de placer que la dominaron por completo y la llevaron a clavarle las uñas en la espalda. Justo entonces, él alcanzó el mismo punto y ya no pudo refrenarse más.

—¡Alyssa! Mi Alyssa…

Ella se aferró a sus hombros con todas sus fuerzas, mientras él daba las últimas acometidas.

Cuando todo terminó, entrelazó las piernas con las de Jordan y le acarició la espalda lentamente.

Unos segundos después, abrió los ojos.

Él la estaba mirando.

—Hola, señora Kyle.

—Hola —susurró ella.

—Te amo. Amo que seas mi esposa… Pero, dime, ¿podemos decir que somos una familia? Sólo somos dos.

—Sí, creo que podemos decirlo. Pero si quieres que seamos más…

—Me gustaría mucho. Aunque, a decir verdad, me gusta cualquier cosa que te incluya a ti —confesó.

—Y además, lo de tener hijos suena muy respetable, ¿no te parece? —declaró ella en tono de broma.

—Bueno, te confieso que lo de parecer respetable no me

importa; pero es una sensación extraña, como cuando sabes lo que va a pasar en la siguiente mano de cartas… Por cierto, ¿sabes una cosa? Nuestra boda ha solventado el problema de la moneda —dijo con malicia.

—¿Qué moneda?

—La que teníamos que arrojar para decidir el nombre de la empresa.

—Ah, esa moneda…

Alyssa frunció el ceño y añadió:

—¿Y por eso te has casado conmigo? ¿Para que no haya discusión sobre el nombre?

—Ahora eres la señora Kyle, ¿no? Podemos tener una empresa que se llame
Kyle-Kyle
.

—Prefiero Chandler-Kyle —insistió.

—¿Qué te parece Kyle Consulting, sin más? —contraatacó él.

—Juraría que detecto un tono de ego masculino en todo esto. ¿Acaso tienes algo en contra de mi apellido?

Él tomó la mano donde se había puesto el anillo de casada y se la besó.

—Ni mucho menos, Alyssa. El nombre de la empresa no me importa; sólo estaba bromeando. Lo único que quiero es que estés conmigo, y haré lo que sea para retenerte —afirmó.

—No tienes que hacer nada. No siento el menor deseo de escapar de ti.

—Oh, mi dulce Alyssa —murmuró, sacudiendo la cabeza—. ¿Te das cuenta de la suerte que tenemos de habernos conocido? ¿Te das cuenta de la increíble buena suerte que tuve cuando me crucé contigo en aquel casino de Las Vegas?

—Ya te he dicho que los expertos en la teoría de la probabilidad no creemos en la suerte —le recordó.

—Y yo también te he dicho que los jugadores profesionales creemos en ella y sabemos que hay que respetarla —insistió él.

Alyssa suspiró.

—Bueno, parece que vas a llevar una perspectiva muy original al mundo de los negocios…

Jordan se apoyó en un codo y sonrió.

—Aún tenemos la botella de champán y el paté que compramos esta tarde —dijo él—. Si no recuerdo mal, se suponía que después de la boda vendríamos a celebrarlo y nos daríamos un pequeño banquete.

—¡Lo dices como si fuera culpa mía! —protestó ella, indignada—. No he sido yo quien te ha traído a ti a la cama… ¿Qué pasa? ¿Que te ha entrado hambre tras ejercer tus derechos como esposo?

Él tardó un momento en responder.

—No estoy muy seguro. Tengo hambre de comida, sí, pero también de ti.

Ella se sentó en la cama con ojos brillantes.

—Ah, no, nada de eso… A comer.

Alyssa se intentó levantar de la cama, pero él la alcanzó y se lo impidió.

—Espera un momento. Lanzaremos esa moneda y dejaremos que la suerte decida por nosotros.

Jordan la obligó a permanecer en la cama mientras él buscaba una moneda en el bolsillo de sus pantalones.

—Eres imposible —dijo ella.

—Tal vez, pero tienes que elegir…

—Está bien. Si sale cruz, nos quedamos en la cama; si sale cara, vamos a tomar paté y a beber champán.

Un segundo más tarde, la moneda cayó sobre el colchón.

Incapaz de resistirse a la curiosidad, Alyssa se acercó para ver lo que había salido.

—Cruz —anunció él con satisfacción más que evidente—. Eso significa que nos quedaremos en la cama y satisfaremos mi hambre de ti en primer lugar.

Jordan la atrajo hacia él.

—¿Es que tú siempre ganas? —preguntó Alyssa, justo antes de que Jordan la besara en la boca.

—Sí. Siempre.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.